AL CALOR DEL TROPEL

LA UNIVERSIDAD NACIONAL CRÓNICA DE UNA DÉCADA

CARLOS MEDINA GALLEGO

Vicerrectoría de Investigación y Extensión
Instituto de Investigación Sociojurídica "Gerardo Molina" - Unijus
Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales
Sede Bogotá

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Al calor del tropel

La Universidad Nacional,
crónica de una década

Al calor del tropel

La Universidad Nacional, crónica de una década

Carlos Medina Gallego

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Instituto de Investigación Sociojurídica
"Gerardo Molina" - Unijus
Bogotá D. C., 2023

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Medina Gallego, Carlos, 1954-

Al calor del tropel : la Universidad Nacional, crónica de una década / Carlos Medina Gallego. -- Cuarta edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales. Vicedecanatura de Investigación y Extensión. Instituto de Investigación Sociojurídica "Gerardo Molina" (UNIJUS), 2023

290, páginas : ilustraciones en blanco y negro, fotografías. -- (Estudios y Debates Sociales Políticos y Jurídicos ; 02)

ISBN 978-958-505-252-9 (impreso). -- ISBN 978-958-505-253-6 (e-book). -- ISBN 978-958-505-254-3 (impresión bajo demanda)

1. Universidad Nacional de Colombia -- Historia -- Bogotá --1970-1980 -- Crónicas 2. Hospital San Juan de Dios -- Aspectos sociales -- Bogotá -- Colombia -- 1970-1980 -- Crónicas 3. Crónicas colombianas -- 1970-1980 4. Movimientos estudiantiles -- Bogotá (Colombia) -- 1970-1980 -- Crónicas 5. Estudiantes universitarios -- Asistencia institucional -- Bogotá (Colombia) -- 1970-1980 -- Crónicas 6. Educación pública – Finanzas -- Bogotá -- Colombia -- 1970-1980 7. Luchas sociales -- Bogotá -- Colombia -- 1970-1980 I. Título II. Serie

CDD-23 070.4493781981 / 2023

© Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá

© Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales

© Vicedecanatura de Investigación y Extensión

© Instituto de Investigación Sociojurídica «Gerardo Molina» - Unijus

© Carlos Medina Gallego

© Colección Fotográfica Archivo Central e Histórico Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, para todas las imágenes

Primera edición: 1992

Segunda edición: 2002

Tercera edición: 2016

Cuarta edición: 2023

Dolly Montoya Castaño

Rectora Universidad Nacional de Colombia

Hernando Torres Corredor

Decano Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales

Alejo Vargas Velásquez

Vicedecano de Investigación y Extensión

Preparación editorial

Instituto de Investigación Sociojurídica "Gerardo Molina" - Unijus

Alejo Vargas Velásquez

Director Unijus

Hernando Sierra

Coordinador editorial

Ana María Jaimes Martínez

Asistente editorial

Sandra Milena Méndez Niño

Asistente administrativa en procesos editoriales

Carolina Bedoya

Diagramación

Juan Sebastián Bazzani Delgado

Finalización de archivos y diseño de cubierta

Colección Fotográfica
Archivo Central e Histórico
Universidad Nacional de Colombia
sede Bogotá

Imágenes

A Consuelo Ramírez
que apareció un día en mi vida
para motivarme a escribir esto
y desapareció sin dejar rastro.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE CONMEMORACIÓN

La publicación de esta nueva edición de *Al calor del tropel*, al cumplirse treinta años de su primera edición, esta vez a cargo de la Universidad Nacional de Colombia, y en particular de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, me llena de orgullo y satisfacción, porque este libro, nacido en los corredores, los salones, las residencias, la cafetería y, en general, en el campus universitario, y que ha acompañado la lucha estudiantil en las últimas décadas, debe servir para orientar la lucha de los jóvenes en un deslinde con su pasado y en la construcción de un nuevo horizonte de realizaciones que debe comenzar con la recuperación juiciosa del espíritu que inspiró el surgimiento del movimiento y la lucha estudiantil y su programa mínimo.

El camino recorrido por el activismo estudiantil en el último medio siglo está cargado de sueños y esperanzas, de escuelas cotidianas de formación que se confrontan con las viejas y ancladas prácticas de movilización, que se reinventan y se colorean de los entusiasmos con el que siempre está vestida la legítima protesta juvenil.

A comienzos del siglo xxi, una nueva generación de liderazgos se puso al frente de la lucha por una educación pública al servicio de las necesidades del país, que esté financiada con suficiencia y oportunamente por el Estado, que sea gratuita y con la oferta de bienestar necesario para garantizar que los ambientes y las atmósferas universitarias proporcionen el aire suficiente y sano para que los futuros conductores de la nación se formen al más alto nivel y con las mayores oportunidades.

Esta nueva generación tiene un orden de motivaciones distintas a las que nos movieron a nosotros desde finales de los sesenta hasta comienzos de los setenta, en un universo global que los pone frente a nuevos retos personales y colectivos. Pese a esto, en su corazón habita el pálpito de la rebeldía, un humanismo que se niega a desaparecer en el abismo del pragmatismo económico, y residuos del altruismo que llevó a miles de jóvenes de otras generaciones a asumir grandes sacrificios con el convencimiento de estar haciendo lo correcto. Esta nueva generación debe hacer la lectura correcta de su tiempo, encontrar la razón de ser de su forma de existir en lo colectivo, abrigar pequeñas y grandes luchas reivindicativas con la mayor objetividad posible y en el marco de logros alcanzables. Debe moverse con mayor inteligencia que la nuestra, porque son mayores los retos, más grandes los obstáculos, y no por ello insignificante el mundo de las oportunidades. Deben, como comunidad, hablar una sola lengua, la de la unidad, y salirse de la torre de babel de las ideologías, sin abandonarlas como fundamento, pero haciendo especial énfasis en lo político, que es lo que realmente transforma; hay que dejar hablar a la práctica que une y callar a la palabra que distancia.

Estamos entrando a un momento histórico complejo, cargado de grandes incertidumbres y expectativas donde, inevitablemente, los jóvenes de hoy van a tener que jugar un papel determinante en la construcción de una sociedad más digna, libre y democrática.

Estamos tratando de cerrar un largo ciclo de violencia que se niega a morir y que sigue consumiendo la vida de los más humildes en la voracidad acumulativa de poder de los más poderosos. El camino de construcción de paz no es nada fácil, porque no desaparece de un día para otro la discordia que alimentó décadas de odio y de venganza. Pero los jóvenes universitarios de hoy tienen que tomar en serio su papel, sacar suficiente distancia del pasado y proyectarse cargados de amor por la vida en una ruta de reinvención del país de sus padres y abuelos. Tienen que poner fin a esa costumbre despreciable que establece que los hijos de los pobres vayan a los campos de batalla para que los hijos de los poderosos vayan a las zonas francas y a las zonas rosas.

A esta altura de mi existencia no soy nadie para recomendar nada, pero si pudiera reiniciar mi vida, sin arrepentirme de nada de lo hecho —que fue lo que le correspondió a los jóvenes de mi tiempo, cuyo espíritu se ve reflejado en este libro—, comenzaría por prestar mayor atención a mi formación profesional y humanística, compensar de mejor manera los sacrificios de mi familia, estar más cerca de las necesidades de la gente que de las de mi organización política, y construir conjuntamente con los otros una ruta de realizaciones pequeñas de las que pudiera dar razón al cabo del tiempo. Acompañaría más a los liderazgos naturales que a los liderazgos impuestos y me formularía como propósito hacer de mi país un territorio en el que cada uno de sus habitantes tuviese garantizado los derechos fundamentales.

Este país necesita de muchos y bellos profesionales para que lo habiten del lado de la gente y los territorios; estoy convencido de que un buen ingeniero, un buen médico, un agrónomo, cualquier profesional ejerciendo humana y justamente su oficio, cargado de amor por los seres humanos y por su patria, es, por ese solo hecho, un auténtico revolucionario.

Si hoy pudiera comenzar de nuevo, mi programa político sería sencillo y contundente: lucharía para que en mi país la vida se respetara a cabalidad y tuviera una connotación sagrada; para que nadie, ni institución alguna, se considerara con derecho a poner fin a la vida de un ser humano. Trabajaría del lado de los ambientalistas en la defensa de los patrimonios comunes de la humanidad: el agua, los páramos, los bosques, las selvas, el aire, la iluminación solar, la biodiversidad, el planeta como recurso de vida; por la utilización adecuada y racional de los recursos y por una cultura sustentable de las relaciones del ser humano con la naturaleza.

Buscaría por todos los medios que se garantizara a plenitud el derecho a la alimentación, la seguridad y la sustentabilidad alimentaria de la nación soportada en el desarrollo pleno de las economías campesinas; que en todos nuestros hogares la gente tuviese derecho a sus siete comidas diarias y que los niños y niñas, además, lleven repletos de frutas y dulces sus bolsillos cuando corran tras las mariposas y los sueños. Trabajaría para que todas las familias tuvieran una casa lo suficientemente amplia donde dar cabida a la solidaridad y a la sonrisa de las mujeres y de los trabajadores, una casa que tuviera más espacio y luz que cosas innecesarias y asfixiantes. Una casa que, además, estuviese construida desde nuestras tradiciones pluriétnicas y multiculturales.

No economizaría el menor esfuerzo por conseguir para todos una educación de calidad desde el vientre hasta la muerte, en la vida y para la vida, cargada de las pertinencias y necesidades del país y repleta de oportunidades para todas las condiciones sociales; una educación capaz de orientar los talentos y condiciones de cada uno, en la que los programas tengan en consideración las capacidades y limitaciones de cada ser humano, potencien las primeras y vayan llenando con paciencia el reloj de las segundas.

Volvería a marchar sin la menor duda por el hospital de La Hortúa y por el derecho a una salud de calidad, preventiva y curativa, a cargo del Estado. Por el derecho al trabajo digno, bien remunerado, de calidad, que tenga todas las garantías y seguridades laborales y prestacionales, la mayor estabilidad. Un trabajo que les permita a todos los ciudadanos y las ciudadanas del país reproducir sus condiciones de existencia y las de sus familias, con calidad, sin angustias ni incertidumbres.

Acompañaría las luchas de las mujeres y de las comunidades LGTBI por sus derechos; saldría a marchar en tacones si fuese necesario, sin el menor escrúpulo ni la menor vergüenza. Levantaría en alto la bandera de la no violencia contra la mujer y la no exclusión por ninguna causa. Me sumaría a la lucha de los defensores de los derechos humanos, a las de las comunidades afrodescendientes e indígenas y la de los sectores populares; volvería a marchar cuantas veces fuese necesario para demandar derechos y trabajaría para hacerlos efectivos.

Luchar por el derecho a la vida digna, la alimentación, la vivienda, la educación, la salud, el trabajo, la cultura, el ocio y la recreación sería —o seguiría siendo— mi nuevo programa de lucha política.

Hoy pienso que los jóvenes estudiantes tienen una mayor responsabilidad política, y que deben participar decidida y organizadamente en los escenarios de la lucha política democrática por los cargos de elección popular en todos los espacios posibles. Deben hacer a un lado los impedimentos ideológicos, políticos y morales para cumplir con la obligación ética y moral de servir con integridad y honradez a su sector social y a su país.

La historia del movimiento estudiantil colombiano ha sido la lucha por la construcción histórica de un sujeto social, el cual se ha hecho sujeto derecho y se ha asumido en defensa de su interés

como sujeto político, protagonizando hechos trascendentales de la vida social, política y cultural del país, en los que dirigió sus esfuerzos por demandar en principio una reforma universitaria democrática al servicio de la nación.

Lejos de todo dogma político y sectarismo enceguecedor, sobre una profunda reflexión histórica del papel que está llamado a jugar en las actuales condiciones del mundo, el movimiento estudiantil colombiano viene buscando una manera práctica de articularse a las luchas juveniles, sociales y políticas a través de nuevas y dinámicas formas de organización y los mecanismos comunicación que le permitan adelantar la lucha inaplazable de la defensa de la universidad pública contra los procesos de privatización y mercantilización neoliberal de la educación y la cultura.

El sector estudiantil universitario tiene en este periodo que volver hacer reingeniería organizativa, superar nuevamente la acidez erosiva del grupismo dogmático, sectario, exhibicionista, arrogante y sin perspectiva de futuro, que le hizo perder la lucidez que le dio origen y le permitió constituirse en referente continental de la lucha estudiantil.

La participación de sectores de estudiantes en las jornadas de protesta del 2019 y el 2020, en la explosión social y popular contra las políticas represivas y lesivas del gobierno del momento, ha sido expresión de nuevas formas de organización que dieron origen a las llamadas *primeras líneas,* reconocidas y valoradas en alta estima, pero igualmente perseguidas, judicializadas y reprimidas por los servicios de inteligencia del Estado y la justicia colombiana.

La particularidad del movimiento estudiantil que participó en las protestas que configuraron la explosión social y popular es la de haberse articulado a un movimiento de protesta social fractal, entendida esta como una particular forma de la protesta social

legítima que, en el marco de los problemas estructurales de la sociedad, repite de manera semejante el mismo patrón de protestas a diferentes escalas y con diferente orientación, dependiente en lo esencial de las especificidades de los territorios y de las poblaciones, así como de la multitud de agendas reivindicativas y transformadoras expresadas en una coyuntura específica frente a un problema particular que adquiere distintos componentes conforme se va transformando en sus propósitos y en sus dinámicas.

Este modelo de resistencia y movilización fractal tiene unas dinámicas particulares que irrumpen con fuerza a través de la movilización multitudinaria y pacífica, acompañada de explosiones de inconformidad popular por fuera de todo ordenamiento que constituye una fuerza de no fácil control y coordinación realizada, con desiguales niveles de intensidad en los territorios, por parte de los pobladores articulados a distintas expresiones de organización e intereses, y que se disuelve y reactiva de manera permanente a través de distintas expresiones de movilización pacífica cargadas de imaginación, creatividad, fiesta, arte y poesía, con bloqueos y hechos de violencia aislada. Si bien este movimiento de protesta tiene un valor mayor, no se puede señalar que sea por sus características de fundamento universitario, sino, en lo esencial, de naturaleza social y popular.

Hoy los jóvenes universitarios tienen que retomar el duro trabajo de la unidad en torno a un programa mínimo y luego avanzar hacia la construcción de una vigorosa Federación Universitaria Nacional, capaz de mantener cohesionado a la totalidad de las organizaciones estudiantiles del país y a las formas dispersas de existencia del movimiento universitario, atrapado en el universo de las redes virtuales, las cuales, bien usadas, pueden convertirse en herramienta de organización y movilización de un auténtico movimiento social que

responde de manera adecuada a las nuevas y complejas realidades del sector y entienda que su lucha esta de manera definitiva unida a las luchas de los sectores sociales y populares de nuestro país.

Carlos Medina Gallego
Diciembre 12 de 2022

PRIMERA PARTE

El tropel es una concepción de vida
que implica movimiento y transformación permanente...
es semilla que crece y se confronta
hasta hacerse fruto, es la manera de eclipsar la ignominia
y madurar la libertad

MANUEL

Manuel se cruzó la bufanda alrededor del cuello, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, miró a lado y lado de la calle antes de atravesarla y se encaminó lentamente hacia la puerta de la Universidad. Habían transcurrido dos meses desde la última vez que estuvo allí, dos meses lejos de un medio que cada día sentía más ajeno. Contempló las consignas escritas en las paredes y sintió nostalgia: algunas parecidas había plasmado él mismo cinco o seis años atrás, durante su época de activista. Pensó que las cosas allí no cambiaban mucho; las pintas se repetían con cierta periodicidad sobre los muros, como si un aguacero lavara las paredes y dejara las consignas limpias. Se dijo a sí mismo, como para consolarse, que si los problemas seguían siendo los mismos no tenían por qué cambiar las consignas. Ocupó el puesto que le correspondía en la larga cola de estudiantes recostada sobre las paredes de la cafetería y se quedó observando rostros y comportamientos.

Hay días —pensó— en los que la angustia se mezcla con la noche que empieza a precipitarse y le da a la cola un aspecto nostálgico. «Los rostros dicen más de la gente que lo que ella misma puede decir-mentir con sus palabras», le había dicho una vez Omaira y

allí, contemplándolos, pensaba que era cierto; cada uno un mundo aparte, distinto, formado de los mismos elementos, de las mismas necesidades, pero distinto, cada cual cargando su úlcera y sus amarguras.

Compañeros, monstruos de la intelectualidad llenos de académica ignorancia, tratando de mostrarse como más y sintiéndose como menos, al borde del desequilibrio emocional preámbulo de la locura, «perseguidos» por deformados maestros petrificadamente científicos, que allanan con sus conocimientos teóricos el paraíso de sus sueños convirtiéndolo en el infierno de sus pesadillas, con sus ojos mirando este infinito mundo interior de sus crisis existenciales, afirmando con su desespero el «pienso, luego me resisto» hasta el día que dejan de pensar.

Compañeros dueños de la verdad absoluta de su militancia política, parados sobre su pedestal, cargando a sus espaldas pesadas camándulas de sectarismo, predicando con dogmático oscurantismo una verdad que la mayoría de las veces no alcanzan a entender, con una respuesta para cada pregunta, con una cita en cada página, con la solución teórica para cada problema y un problema para cada solución, prefabricando revoluciones, trasladando esquemas incuestionables, enmarañando el camino, perdidos en los maravillosos mundos del radicalismo verbal, combatiendo con demagogia la demagogia, parados como porteros a la entrada del proceso, gritando que se encuentran agotadas las localidades de un lugar que se encuentra vacío.

Compañeros suscriptores de Partido: los que defienden la legalidad a medias y la combaten a medias, los que marchan a la zaga de los acontecimientos inventándose organismos para cada reunión, una plataforma para cada discusión, una discusión para cada acuerdo. Los que piensan que las cosas andan bien si son ellos quienes las dirigen, los de las retiradas tácticas, los dueños de la

representatividad, los suicidas del paracaidismo, los que siempre están donde no deben estar y se ausentan de donde los necesitan.

Compañeros anarcos, que le dieron a la discusión forma de piedra, de llama, de orgasmo destructivo, que no están con nadie ni con nada, que creen que la organización sobra y se visten de una valentía sin límites, valentía de carnaval, los hombres fósforo, los de «ya y ahora», los que creen que la política tiene su centro de operaciones en los cojones, los de ni Dios, ni Estado, ni mierda.

Los señaladores, los orejas largas, los cazadores de sospechosos, los que están en la nómina del servicio secreto estatal destinados a perseguir el hambre y la miseria por subversiva, los que intimidan la poesía y la música, desnudan conciencias, espían romances y lechos, los que amamantan el engaño, saben dónde están los desaparecidos y dónde los que hay que desaparecer, los que entristecen madres y novias y arrebatan a los niños las caricias de sus padres, sus besos y sus promesas.

Los compañeros de lucha, que organizan y combaten, pedazos de Guevara y de Camilo que sienten el hambre ajena como propia, que no soportan la ignominia de los barrios y de las fábricas; constructores de mañanas reivindicando niños y mujeres, sembrando la vida de ilusiones y esperanzas, que no simpatizan con el sectarismo ni los dogmas, los que se sabe que están, pero no se sabe dónde.

Todos ahí, pegados a la pared, caminando en el mismo sentido, unidos en su desunión por la única coyuntura capaz de agruparlos tres veces al día: el hambre.

Manuel los miró, creyó distinguirlos en los indicios que le dejaban sus comportamientos, sus palabras, sus gestos. Pensó que se equivocaba, que no era cierto lo que pasaba por su mente, que no podía haber tantas divergencias frente a un mismo problema. Buscó explicaciones distintas a las tradicionales de los libros y no las encontró.

Una mano en el hombro lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Hola, Manuel, hace días que no venías a comer!

—¡Qué hubo, hermano! Sí, he estado ocupado.

—Tampoco vienes a clase.

—Ya no tengo que hacerlo, estoy preparando el trabajo de grado y para eso no hay necesidad de venir a la Universidad, acá es muy poco lo que se hace y es más el tiempo que se pierde.

—De todas formas, la Universidad no es solamente las clases y el trabajo de grado, es también Omaira... Con ella no creo que se pierda el tiempo... Te ha estado preguntando. Cuando te pierdes tanto tiempo, como lo has hecho ahora, ella se afana.

—Lo sé, más tarde voy a ir a buscarla, hace días que no la veo y la he extrañado.

—No más que ella.

—Es posible...

—Mira, Manuel, no me gusta meterme en tus cosas, ni en tu relación con ella, pero la he visto últimamente tan bajita de ánimo... Pienso... sería bueno que reflexiones un poco sobre lo que estás haciendo, creo que debes parar, dedicarle tiempo a la Universidad, a Omaira, a tus amigos y a ti mismo. Andas en unos trotes tan extraños, a toda hora de afán, medio comiendo, medio durmiendo... Yo no sé qué es lo que tanto haces que no te deja tiempo para nada...

—Trabajo...

—Dos tiquetes... Gracias. ¿En qué?

—Por ahí, en lo que aparezca.

—¿Ganas bien?

—No, no es un trabajo remunerado.

—¿Cómo así?

—Estoy trabajando en los barrios, con la gente, organizándola, colaborándole en lo que uno puede, aportándole ideas, haciendo

cositas, ellos no pueden pagarle a uno, porque por esas cosas no se paga, pero uno se siente bien.

—¡Ah! Qué bueno... ¿Y entonces de qué vives? ¿De la caridad?

—No... de la solidaridad.

—Bueno, es tu vida y puedes hacer de ella lo que quieras, pero es una lástima que una persona como tú se desperdicie.

—Lo mismo digo yo de ti.

La cola avanzó lentamente por las escaleras hacia el segundo piso. Álvaro y Manuel guardan silencio durante un rato, el olor de la comida inunda el ambiente. No es un olor agradable, es más bien empalagoso. La segregación de saliva se une a la producción de gases, la proximidad de la comida estimula la acción natural del organismo, un nudo se hace en el estómago y la angustia de la espera es más intensa. La banda mecánica sube las bandejas con comida desde la cocina, allí los estudiantes las esperan ansiosos. Manuel trata de distraerse, no le gusta sentir esa sensación, le parece desagradable, le resta alientos.

—Háblame de la Universidad —le dijo a Álvaro—, ¿cómo van las cosas?

—A trancones. Hace unos días los compañeros de la salud comenzaron a moverse por el hospital de La Hortúa. Como que el gobierno quiere entregarle el hospital a la Universidad, pero en una crisis financiera que apenas lo tiene medio funcionando. La Beneficencia de Cundinamarca quiere descargarse de la responsabilidad... no conozco muy bien el problema... pero estos días la agitación ha sido intensa, tienen preparada una marcha desde la Universidad hasta el hospital, marcha de batas blancas o algo así.

—¡Qué bien! ¿Y las demás facultades qué piensan?

—Hasta ahora se han mantenido al margen, pero tengo entendido que el próximo jueves hay una asamblea general en el auditorio... deberías asistir.

—Voy a hacer lo posible. Solucionar en parte el problema de la salud es importante, aún cuando lo cierto es que nuestro pueblo no tendrá salud hasta que no haya cambiado el sistema.

—¡Nunca entonces!

—Sí, algún día, por eso trabajamos, ¿no?

—Seguramente...

—Los tiquetes.

Tomaron las bandejas y se dejaron escurrir por entre las mesas a buscar puesto en alguna de ellas, se sentaron al pie de uno de los ventanales que deja ver la entrada de la calle 26.

—La comida todos los días está peor —comentó Manuel.

—Es cierto, pero la necesidad nos obliga a comer acá. La gente vive enferma... a veces deja de comer para descansar... pero no habiendo más... o mejor, no habiendo cómo... uno termina aceptando esto.

—¡Cuánta resistencia tiene el pudor y la dignidad humana! En los barrios donde estoy, la mayoría de las veces la comida es muy modesta, en ocasiones ni siquiera la hay, pero cuando se consigue, sin ser abundante, es muy rica, la preparan con cariño, con calor de hogar.

—Claro, eso lo sabe todo el mundo, la mejor comida que existe es la del restaurante mamá... Mira quién viene allá.

—Ya la vi... Está muy linda, ¿no?

—Podría estar mejor, pero tus ausencias la acaban.

—Es una buena china.

—No me lo cuentes a mí que la conozco.

Omaira se aproximó a la mesa, venía vestida como a Manuel le gustaba, «disfrazada de hombrecito», con bluyin de pana, una camisa de cuello sobre la que amarraba un buzo de lana que únicamente se colocaba cuando el frío de la noche comenzaba a entumecerla y sus botas de goma de amarrar.

—¡Hola, Manuel! ¿Cómo has estado? —saludó al llegar.

—Más o menos, china.

—Álvaro.

—¿Qué hubo?

—¿Salen ya? —sugirió más que preguntó.

—Sí —respondió Álvaro mientras acomodaba la loza en la bandeja.

—Vamos entonces —dijo ella y echó a andar adelante.

Entregaron la loza y bajaron despacio las escaleras. Manuel se detuvo a leer uno de los carteles que estaban pegados en la pared y luego se reunió con ellos en la puerta.

—Bueno, yo los dejo —dijo Álvaro—. Manuel, hermano, no te pierdas, déjate ver con más frecuencia, ven a la pieza para que conversemos.

—Allá iré a tornar tinto, deja que me desocupe y los visito.

—Hasta luego Omaira... y sonríe, que como ves no se ha muerto. Omaira sonrió y Álvaro comenzó a alejarse. Caminaron despacio, en silencio, muy cerca, pero sin tocarse. La noche se tornaba fría y oscura, los inmensos árboles de la Universidad, como monstruos prehistóricos, parecían observarlos, los estudiantes se escurrían entre el humo de sus cigarrillos rumbo a Gorgona, cargados de promesas, de deudas académicas, de añoranzas, de risas y palabras, de esperanza. Entre la sombra cómplice de alguna esquina las parejas le robaban besos a la vida, compañía, calorcito humano, promesas de amor, de orgasmos y sudores; las manos inquietas apresaban la carne en la eternidad de una caricia reprimida.

—Manuel, te quiero... te extraño mucho y me afano cuando no apareces.

—Lo sé, china, para mí los días son interminables cuando no te veo.

—A veces pienso que no es así, que solo represento para ti algo sin valor, que soy tu compañera de raticos agradables, pero no más... me siento un estorbo.

—Pero, ¿qué dices, china?

—Míralo así, nunca compartes tus cosas conmigo, siempre estás de afán, nunca conversamos de lo que tanto te angustia y preocupa, yo quisiera ayudarte, que me ayudaras, tengo tanto que decirte, tanto que contarte.

—Es que...

—Sí, es que yo no sería capaz de entenderte, de acompañarte, ¿no es eso?

—No...

—A veces pienso que me menosprecias.

—No, no es cierto, lo que pienso es que aún no estás preparada...

—¿Preparada para qué? ¿Para aceptar tus cosas? ¿Para correr tus riegos? ¿Para compartir tus hambres y tus miedos? Claro que no estoy preparada y nunca lo voy a estar si me quedo acá esperando que tú me ayudes.

—Pienso que debes ir despacio... sin afanarte, ya llegará la hora.

—Sí, claro, y mientras tanto... ¡Angústiate! Deja que las ideas se te metan en la cabeza y te llenen de temores. Manuel, tú eres lo más importante que ha pasado en mi vida y no quiero perderte sin disfrutarlo, sin haber aprendido de ti toda esa cantidad de cosas que tienes para enseñarme. Yo no te quiero para mí por siempre... no. Mira que ni eso te pido, yo sé que tus cosas te exigen tiempo, dedicación, pero creo que también hago parte de ellas, que tengo los mismos derechos, yo también quiero tus palabras, tus besos, tu compañía, no me puedo apagar cada vez que te vas, para encenderme cuando regresas... te necesito.

A Manuel no le salieron palabras; ella se le arrimó más y le tomó la mano, la llevó a los labios y la besó tiernamente, dejó que dos

lágrimas se le escaparan de los ojos y se precipitaran sobre la planicie rosada de sus mejillas hasta desembocar en la palma de la mano de él. Manuel sintió la humedad como una herida y solo atinó a decir:

—China...

—Te quiero, Manuel, te quiero, me siento sola, me haces mucha falta. Sé que no debería quererte así, pero no puedo evitarlo.

—Lo sé, linda... lo sé.

Caminaron sobre una nube de incertidumbre, atravesaron las distintas facultades hasta llegar a la concha acústica para tomar la carretera amplia y recta que conduce a Gorgona, esa mole de concreto inmensa y fantasmagórica que sirve de residencias a los estudiantes. Subieron la escalera y dejaron que la luz tenue de los pasillos los iluminara, cruzaron el edificio y se dirigieron a las residencias «Camilo», donde Manuel tenía su cuarto individual. Al entrar, él encendió la luz y el desorden apareció en la pieza. Omaira miró a Manuel y sonrió.

—Si no te queda tiempo para arreglar la pieza, menos para mí, ¿verdad?

—Un descuido, pero ya le pongo orden.

—No, deja, yo lo hago.

—¿Estás tratando de conquistarme?

—Estoy tratando de ayudarte.

Manuel la miró, se le acercó sonriendo, la tomó por los hombros, la pegó a su cuerpo y la besó tiernamente. Ella se aferró a ese beso con todas las fuerzas acumuladas en la espera.

—Creí que no lo ibas a hacer —le dijo luego.

—Creí que no tenía derecho —respondió él.

—Tonto.

—Te amo, de verdad que te amo, lo que pasa es que no sé como hacértelo comprender, pienso que te lo podría decir en dos palabras,

así de fácil, pero tendría que correr el riesgo de que no me lo creyeras. Ahora, para mí resulta mejor demostrártelo con los hechos, pero igual me tocaría correr el riesgo que no me entendieras... Te quiero, te lo digo así con palabras y te lo voy a demostrar con hechos.

—No tienes necesidad, yo te creo —repuso ella.

La besó de nuevo, dejó que sus manos se escurrieran por su espalda hasta aferrarse a su cintura como un par de tenazas, la apretó con fuerza para sentir su estremecimiento, para saborear la tierna diferencia de sus cuerpos, para sentirla suya y sentirse de ella. Dejó transcurrir un par de segundos antes de iniciar la anhelada excursión a través de su naturaleza femenina. Comenzó por aflojar las manos y ordenarles recorrer las parcelas conquistadas, la recostó contra la pared y, como si la pieza se hubiese vuelto cómplice, se oscureció de pronto.

—Déjala encendida —dijo ella. Hoy quiero verte por todo el tiempo que voy a dejar de hacerlo.

La tomó en los brazos y la condujo a la estrechez de la cama, la dejó descansar en ella y retomó para encender la luz. Se recostó contra la pared y se quedó observándola. Omaira no era una de esas mujeres de las que se puede afirmar que es bonita, pero de las que sí se tiene la seguridad de que es atractiva, capaz de halar miradas y arrancar suspiros. Era su compañera y eso le bastaba.

—¿Qué van a pensar tus compañeras si no llegas esta noche?

—Que estoy contigo.

—¿No te importa?

—¿Te importa a ti?

—No.

—A mí tampoco. ¿Sabes qué creo? Que son prejuicios muy tontos para una persona como tú.

—Pienso en ti.

—Gracias... Pero, ¿por qué no me regalas una noche bien linda, que es otra forma de pensar en mí?

—Sí, es cierto, perdona... ¿Quieres que deje la luz encendida?

—¡Claro! quiero inventariar cicatrices.

—Tonta...

El reloj marcó la hora del acelere, los segundos se hicieron caricias, los minutos inventariaron poros y paisajes, las horas transcurrieron a la velocidad de un orgasmo. Él pudo por fin recorrer todas sus planicies, escalar todas sus alturas, sumergirse en cada uno de sus abismos y experimentar el cambio de sus temperaturas. Sintió el termómetro de su cuerpo aproximarse al éxtasis y ahogó sus explosiones en el vértice de un beso que le supo a eternidad.

—Manuel...

—¿Si?

—¿Qué es para ti el amor?

—¿Qué?

—Que para ti, ¿qué es el amor?

—¿El amor?

—Sí...

—El amor eres tú.

—No, en serio.

—¿Crees que lo digo en broma? Para mí el amor eres tú.

—Bueno, pero defínelo.

—Amor, dos puntos, uno sesenta y siete de estatura, ojos claros, cabellos largos, doscientos kilos de peso...

—Manuel...

—El amor es algo muy concreto, es una relación como la nuestra que es real, tangible, son nuestros besos, nuestras caricias, nuestras tristezas y alegrías; es saber que me extrañas y te agrada estar conmigo, es tu solidaridad y tu compañía, es tu sudor y tus olores; son

cosas como esas que uno puede medir y sentir... El otro es el amor de los poetas, el ininteligible.

—¿Un mordisco es amor?

—Si viene de ti, sí.

—Entonces, ¿te puedo morder?

—Me puedes amar.

—¿Me puedes amar? ¿No es mejor nos podemos?

—Eso quise decir.

—Me gusta mucho estar aquí contigo.

—Me gusta más a mí.

—No te me pierdas.

—Solo cuando haga falta.

—Manuel... Gracias.

—¿Por qué?

—Por quererme.

—¿Por quererte? Creí que habíamos quedado en que nos amábamos.

—Según tus conceptos, no los míos.

—Bueno, ¿qué es entonces el amor para ti?

—Besarte, pero besarte así... acariciarte así... sentirte así... no extrañarte ahora ni nunca, sentirme tuya y saberte mío.

—Bueno, ¿cuál es la diferencia?

—Ninguna.

—Y entonces...

—Es un pretexto.

PROBLEMAS

Simón sacó de la camisa un cigarrillo y lo encendió. Tomó el jarro con tinto y bebió un poco; quería comenzar a hablar, pero pensó que no era el momento oportuno. Juan no terminaba de leer, acostado sobre la cama parecía estar ausente. Reinaldo planchaba la ropa que habría de colocarse al día siguiente.

—Estoy de acuerdo con lo de la marcha —dijo Juan suspendiendo la lectura—, pero creo que no puede ser solo de batas blancas, es necesario articular a ella a toda la Universidad.

—¿Cómo? —preguntó Reinaldo, y agregó: —la Universidad está en un período de dispersión del que es muy difícil sacarla.

—Es un problema de despertar en las demás facultades interés de lucha por sus propias reivindicaciones —repuso Juan.

—¿Quién hace ese trabajo? —preguntó Reinaldo, mientras le hacía señas a Juan para que se acercara.

—Nosotros —exclamó Juan.

—¿Nosotros? No sabemos nada de los problemas de otras facultades, alcanzamos escasamente a comprender los nuestros —intervino de nuevo Reinaldo.

—Es que no vamos a hablar de sus problemas en particular, sino de los que nos competen a todos, de la crisis que vive la Universidad, y vamos a hacer que ellos sientan la necesidad de discutir sus propios problemas.

—Juan ve todo muy fácil, pero venga, le digo una cosa: por más buena voluntad que uno tenga para organizar y movilizar la gente en tomo a sus propias reivindicaciones, está de por medio el problema político. ¿Cuántas organizaciones cree usted, hermano, que se mueven en la U?

—No sé, unas diez, pienso.

—¿Y cuántas divisiones existen en cada una? ¿Y cuántos grupos de «independientes»?

—No sé...

—Pues le voy a decir una cosa, compa, en la U parece ser que cada activista es una organización, cada cual plantea lo que cree que es correcto y si no sabe lo que cada grupo propone, entonces bombardea el trabajo para que las cosas no salgan bien.

—Tampoco se puede ser tan escéptico, yo creo en el movimiento estudiantil.

—Yo también, pero el movimiento estudiantil no es un ser abstracto. No es Dios para que usted crea a ciegas, es algo concreto donde se mezclan multitud de intereses sociales, políticos, culturales, y eso es lo que lo hace ser como es. No todo el mundo marcha en el mismo sentido, ni está dispuesto a hacerlo.

—De todas formas, hay que ampliar la base del movimiento, y en quién sino en los estudiantes podemos encontrar apoyo.

—Eso es cierto... Se trata de buscar fórmulas de organización que, sin ser totalmente representativas, sí lo sean en alguna medida. Hay que devolverle al estudiantado la confianza en sí mismo, en su capacidad de organización y movilización... Hay que superar la crisis del 71. El problema es, ¿cómo?

—Deberíamos probar la representatividad —intervino Simón—, la organización debe nacer en las discusiones de cursos, de carrera, de facultades, en las cuales se nombren representantes a una coordinadora general de la Universidad que cuente con el respaldo de todo el estudiantado.

—¡No, compita! —repuso Reinaldo—. Es más fácil unir a la izquierda o sentar en la misma mesa de discusión a trotskistas y estalinistas, debemos comenzar creando un organismo que aglutine a todos los activistas que, por más criterios encontrados que tengan, estén dispuestos a llegar a acuerdos sobre la base de una discusión amplia y profunda.

—Yo no estoy muy de acuerdo con esa forma de concebir las cosas —objetó Simón—. Eso equivale a separar la cabeza del cuerpo, por eso es que nosotros marchamos en un sentido y la base en otro. Nosotros trazamos planes de lucha sin consultar con la gente, solo la utilizamos... Hay que construir la organización, pero hay que hacerlo por la base y al calor de la lucha... Esta coyuntura nos brinda esa oportunidad.

—Cuando una organización se construye al calor de la coyuntura, dure lo que dure la misma, es tanto como entregar las banderas a corto plazo. Es necesario superar el coyunturalismo para crear la organización permanente, estable, que no sea el resultado de la necesidad de darle respuesta a un problema que surge de repente, sino a todos los problemas que van apareciendo a lo largo de los años. Yo estoy de acuerdo con que se construya por la base de curso en curso, de departamento en departamento, de consejo en consejo, de facultad en facultad, hasta que se dé como resultado una organización fuerte que cuente con el respaldo de la mayoría de estudiantes —dijo Juan.

—Para mí lo fundamental es politizar a las bases —intervino Reinaldo—, que estas entiendan que la organización somos todos y no la dirección del movimiento...

—¡Bueno, compa! —interrumpió Simón—, ahí está parte de la solución, usted mismo la plantea, hay que trabajar políticamente a la base, hay que educar a los estudiantes en la necesidad de la organización, eso no es una tarea para después, sino para ahora.

—¿Y cómo propone usted que se haga? ¿Con una cátedra alterna? Educar al estudiantado en la defensa de sus intereses es un trabajo largo como usted lo insinúa. Mire lo que está pasando con los comunicados, los compañeros los cogen, los miran, observan quién los firma, los doblan y los meten en el bolsillo de atrás esperando estar solos para deshacerse de ellos... Uno mismo lo hace, la pereza para la lectura nos está devorando, compa.

—Bueno, pero entonces, ¿usted qué propone? —pregunta Juan a Reinaldo, mientras se toma el tinto que le acaba de traer Simón.

—Lo que ustedes han propuesto ya, solo pienso que no va a dar resultado.

—Tanto escepticismo no nos lleva a ninguna parte —reprochó Simón—. Yo pienso que, si de todas maneras no va a salir de acá una propuesta de organización que llene todos los gustos, sí es importante que nos ubiquemos en el momento que estamos viviendo. Hay un problema por resolver, es el de la salud y una base por ganar, que es el conjunto del estudiantado. Veamos qué es lo que se puede hacer...

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Juan. Nosotros tenemos una enfermedad, es como un tumor canceroso, gastarle tiempo a discusiones que no aportan mucho y sí retardan el trabajo.

—Si para ustedes no es importante discutir las cosas —interrumpió Reinaldo poniéndose de pie—, para mí sí, no creo en el practicismo irracional, lo que no es meditado y es resultado del espontaneísmo la mayoría de las veces no conduce por el camino del triunfo, sino de la derrota.

—Creo, hermano, que nos malinterpreta. Ni Simón ni yo estamos en contra de las discusiones, estamos en contra del empantanamiento de las mismas. Si nosotros sabemos que usted no va a cambiar su forma de concebir las cosas porque considera que esa es la forma correcta de hacerlo, ¿qué sentido tiene que nosotros tratemos de convencerlo de lo contrario y usted a nosotros? Cuando las dos partes creen tener la razón, lo mejor es ponerse de acuerdo en cosas que se puedan realizar al margen de ellas...

—¿Qué tal si miramos más bien la forma de ganar el movimiento estudiantil para resolver el problema de la salud? De pronto, ¿quién puede decir lo contrario? Resuelto de paso el problema de la organización.

—Hay que empezar agitando el problema curso por curso, invitando a reuniones de departamento que desemboquen en asambleas de facultad y estar a la vez en una gran asamblea general de la Universidad para el día que se tenga programada la marcha —anotó Simón, que buscaba evitar el enfrentamiento entre Juan y Reinaldo.

—¿Quiénes van a hacer la agitación curso por curso? —preguntó Reinaldo.

—Usted ya lo había anotado, convoquemos antes a una reunión de activistas, clarifiquemos puntos y distribuyamos el trabajo —respondió Simón. Reinaldo accedió con la cabeza.

El tropel es una cruzada
desde la inteligencia
contra la barbarie
es una forma particular
de llegar al conocimiento
y de ejercer el poder

ADIÓS A LAS LEYES

En los costados de la plaza Francisco de Paula Santander, los estudiantes le maman gallo a su inmadurez y aburrimiento. Son algunos de los que bautizaron esa misma plaza «Che Guevara». No obstante, allá sobre el pedestal de concreto —como una venganza— el general los mira y se ríe, parece tener a flor de labios la frase célebre: «Las armas nos dieron la independencia, las leyes nos darán la libertad». Una libertad que los estudiantes vemos cada día más lejos, más difícil de alcanzar porque el único presupuesto con que se cuenta para ello es el hambre, el analfabetismo, la insalubridad, el frío que produce la falta de vestido y vivienda. Y coma mierda, con eso nadie construye nada, ni una revolución porque se necesita además «tener ideas», había dicho Antonio una tarde sentado en uno de los costados de la plaza. Ese muchachito tierno, apenas despuntando a la vida, cambió la academia por la política para convertirse con el tiempo en una carga de conciencia para aquellos que fueron sus amigos de conspiración, pero que no quisieron convertirse en sus compañeros de lucha.

«Porque, hermano, una cosa es trompiar acá con la policía y la otra es irse a mamar hambre al monte, nosotros no estamos para eso,

hay cosas en las que uno no se debe meter y esa es una de ellas, acá uno tiene el «merco» y un cuarto donde arruncharse, allá se tiene a toda hora la «repre» a las espaldas», aseguraba el Santandereano una noche discutiendo en residencias sobre cuál debía ser el papel del estudiante en el proceso de cambio social.

—Mire, Antonio —le dijo—, yo creo que uno cumple su papel acá a través de la denuncia y la agitación. El monte es para verracos, no para nosotros que somos unos habladores de mierda que hacemos cosas para cumplir con nosotros mismos, pero hay veces que hasta una pedrea nos queda grande...

—Yo no estoy diciendo que nuestra participación en el proceso tenga que ser necesariamente en el monte, no. Nosotros podemos participar acá desde la Universidad, pero tenemos que hacerlo correctamente, creo que debemos pasar de la edad de piedra a la edad de la razón... hay que crear en la gente necesidad de organización, sentimientos de unidad.

—No, hermanito... lo que pasa es que usted se nos está mamertiando.

—Pues si plantearse el problema de la organización es mamertiarse... me mamertié y listo.

Después de aquella noche nadie lo volvió a ver. Una tarde llegó el Negro hasta el sitio en que acostumbraba a reunirse el grupo, un árbol inmenso en una de las esquinas de la plaza. Allí, en torno a la sombra que producía se sentaron a conversar; traía el periódico debajo del brazo y se le veía consternado, todos comenzaron a hacerle bromas que él pasó por alto, de repente dijo:

—Mataron a Antonio —y les entregó el periódico. —Los que nos mamertiamos fuimos nosotros, completó mientras miraba a Santander que parecía no importarle lo que sentía.

Días después llegó un juglar a la plaza, traía el rostro pintado de color blanco y rosado, llevaba el overol con que acostumbraba

trabajar. Los estudiantes comenzaron a acercarse al lugar que escogió para la función: una plataforma de concreto en mitad de la cual se levantaba el pedestal que sostenía al Santander de bronce. Comenzó el espectáculo con un par de mimos que arrancaron carcajadas a los estudiantes... la plaza se fue llenando cada vez más.

La Mona descolgó la bocina, introdujo la moneda y marcó un número telefónico que tenía apuntado en un papel pequeño.

—Aló, ¿Automóvil Club de Colombia? Sí, mire, señor, por qué no me hace un favor, me quedé varada acá en la autopista El Dorado, frente al ICA y no quiero dejar el carro por acá botado, porque está cerca a la Universidad y usted sabe cómo son los estudiantes.

¿Usted sería tan amable de mandarme una grúa para llevar el auto al taller? Sí, sí señor, claro que estoy afiliada... ¿De verdad? ¡Ay! Qué alegría, no sabe cuánto le agradezco, es usted muy amable. Sí, yo la espero. ¿Tarda mucho? ¡Ah! bueno, muchas gracias, hasta lueguito —colgó la bocina y caminó dos cuadras hasta encontrar otra cabina telefónica y marcó un nuevo número.

—Aló. Sí, mire, señor, usted sería tan amable de enviarme una grúa a la calle 26 con carrera 40... Sí, frente al JCA, bueno yo la espero, muchas gracias.

La Mona colgó el auricular y miró justo al frente de donde se encontraba: un pequeño grupo de estudiantes estaba sentado sobre el prado conversando animadamente. Atravesó la calle y fue hasta ellos, al llegar al sitio comentó:

—En diez minutos deben estar llegando.

El juglar trepó al pedestal y se colocó sobre los hombros de Santander, sacó un pañuelo y se hizo el que lo sonaba, luego metió el dedo en la oreja y lo agitó como para remover la cera, mímicamente se dio a la tarea de llenar un tarro con la cera que supuestamente iba extrayendo de los oídos del General.

—Ahí viene —señaló la Mona.

Los estudiantes se incorporaron. Ella se adelantó para hacerle el pare; la grúa se detuvo y en cuestión de segundos el chofer se vio rodeado de estudiantes que le obligaron a abandonar el volante del carro con la amenaza de «armas» que insinuaban debajo de periódicos y chompas. Un estudiante tomó la cabrilla y condujo el vehículo con el conductor hasta el interior de la Universidad. En el momento que la grúa irrumpió en la plaza, el juglar tenía de caballito a Santander. Los estudiantes reaccionaron sorprendidos al ver la grúa desplazarse sobre la plaza hasta localizarse cerca de la estatua. Un estudiante le envió un lazo al juglar para que la amarrara, este la ató por el cuello y descendió del pedestal. El carro comenzó a halar. La cabeza de Santander con leyes y todo se vino al piso, pero el cuerpo quedó en el lugar en que se encontraba. El juglar subió nuevamente y amarró las cadenas de la grúa a la cintura de Santander, el chofer tomó el mando del vehículo y comenzó a halar lentamente hasta que Santander se vino al suelo, «sáquenlo a la 26», gritaban los estudiantes, y así lo hicieron. Santander fue izado en el puente peatonal de la Universidad sobre la autopista El Dorado y la plaza dejó de llevar su nombre para llamarse «Che Guevara». Nadie volvió a ver al juglar, algunos afirmaban que era el Negro que ahora tenía en sus ojos el brillo de los de Antonio.

—¡Suéltela, marica, que la enteca!

—¡Bígamo! ¡Impotente! ¡Hambriento!

—Camine como un hombre, güevón, ¿o es que le pesa el culo?

—Nacho, ¡saludes de mi hermana: que vaya a recoger el niño o a llevarse los pantaloncillos!

Son algunas de las frases con que atropellan los estudiantes a los que pasan por la plaza después de la hora de almuerzo, así matan su aburrimiento y maduran su inmadurez.

SEMILLA

Clara fue a sentarse al lado de Omaira en la salita de estudio de residencias femeninas, sacó de su bolso un libro y lo colocó encima de la mesa.

—Casi no lo consigo —dijo—, la gente de toda la carrera está detrás de él.

—¿Hasta cuándo tenemos para regresarlo a la biblioteca? —preguntó Omaira tomando el libro en las manos.

—Mañana a las siete de la mañana debe estar de regreso a su hogar —repuso Clara.

—De modo que no hay forma de evadírsele hoy al trabajo.

—No hay forma —dijo Clara, colocándose de pie—. Lo mejor es que vayamos a comer temprano y nos regresemos a trabajar.

—Sí, es lo mejor.

Salieron de la salita y se enrumbaron a la cafetería central, atravesaron la facultad de Ciencias Humanas que a esa altura de la tarde ya estaba completamente vacía, pasaron por frente a Sociología y desde ahí observaron la cola de la cafetería.

—Está corta —dijo Clara, y aligeró el paso.

Fueron a ocupar puesto cerca de los ventanales de las salas de ping pong. El frío obligaba a que los estudiantes, en forma inconsciente, lucieran la cola más recogida.

—Álvaro me comentó que te habías encontrado con Manuel hace unos días.

—Sí, la semana pasada —repuso Omaira— estuvimos hablando largo rato.

—Bueno, me imagino que aprovecharías para decírselo, ¿no?

—No, no pude...

—Pero ¿por qué?, él tiene derecho a saberlo.

—Sí, pero no ahora. Está muy ocupado y tiene mucho en qué pensar... no puedo afanarlo además con esto.

—¡¿Además?! ¿Cómo así? ¿Luego no es esto lo más importante para ti?

—Para mí sí...

—Bueno, pues para él tiene que serlo.

—Nunca hablamos de los hijos... creo que llegamos a un acuerdo tácito de ignorarlo... de no conversar de eso como problema.

—Es que no es un problema.

—Ya lo sé... pero no quiero molestarlo. Las cosas no andan muy bien.

—Tampoco andaban bien cuando supe lo de José y yo no se lo oculté, se lo dije en el mismo momento en que lo supe.

—¿Qué te dijo él?

—Nada, me besó y me dio las gracias.

—Manuel es un buen hombre, yo sé que se va a poner muy contento, aunque, como es lógico, se preocupará también.

—Los primeros días son difíciles... de ahora en adelante vas a tener que cuidarte, comer bien, dormir bien y sobre todo vas a tener que dejar de preocuparte.

—Ese es el problema, cada vez que Manuel desaparece por algún motivo, yo siento que enviudo... vuelvo a la vida cuando regresa. Por eso lo amo con tanta intensidad cuando podemos compartir, él a veces se confunde... «¿Qué te pasa, china?», me pregunta cuando me ve llorando. «Estoy reivindicando el sentimiento», le contesto... ¿Sabes que no me he podido acostumbrar a la militancia? Yo sé que esto es lo que quiero, que mi vida no tendría sentido si la ordeno de otra forma, me siento bien trabajando, siento que aporto... pero no sé, algo me falta...

—A todos nos pasa lo mismo al comienzo, después uno se acostumbra y la angustia se vuelve cotidiana, termina uno aprendiendo a vivir con ella... así tiene que ser, pienso yo.

—Dime una cosa, Omaira, ¿tú tienes pesadillas?

—Sí, claro. Al principio, ahora ya no, ya no son pesadillas, sino sueños. A veces se las comentaba a él y ¿sabes lo que hacía? escribía con ellas un cuento y me lo mandaba por correo, después estaba pendiente de mi comentario. Terminaron así siendo parte de mi vida. Y tú, ¿tienes pesadillas?

—No, hace ya tiempo que dejé de tenerlas, cuando él se fue las tenía seguido, después ya no.

—¿Lo extrañas?

—A veces me siento sola, pero el vacío que dejo él lo llena nuestro hijo.

—¿Por qué se fue? Nunca me hablaste de eso.

—No tiene importancia, se fue y eso es lo que cuenta.

—Bueno, pero debió haber un motivo.

—Por política, pienso. Tal vez por el alineamiento internacional... Una mañana se quedó mirándome fijamente y dijo: «Clara, yo sé que ahora no vas a entender esto pero con el tiempo lo harás, te amé mucho y te amo todavía ¿entiendes? Pero debo irme, no quiero

seguir viviendo contigo, el amor que siento por ti no es suficiente para casar nuestras organizaciones... yo los respeto a ustedes pero no me identifico con su forma de actuar. Cuando estoy contigo siento como si pesara sobre mí una doble militancia, y yo no puedo sino con una». Y se fue. Él va a volver, yo sé que él va a volver algún día.

—Y... ¿no quisiste probar con alguien de nuevo?

—Sí, lo intenté un par de veces con compañeros muy buenos, pero no sé, no resultó... creo que soy demasiado fiel... y que lo amo a pesar de todo.

—Es lindo amar de esa forma, ¿no?

—Sí, pero... bueno, ¿se lo vas a decir o no?

—Sí, creo que lo haré.

—Va a ser hermoso, ya verás cómo todo sale bien.

La cola siguió su recorrido y arrastró con ellas. Omaira medio probó la comida, la necesidad de ver y hablar con Manuel le quitaba el apetito.

—Tienes que comer —le dijo Clara—, acuérdate que ahora tienes que hacerlo por dos.

Omaira sonrió, pero la angustia no la dejó dibujar la mueca sobre el rostro, se quedó a la luz de un parpadeo. La noche fue larga, el estudio la absorbió por completo y solo un momento antes de dormirse en la madrugada volvió a recordar a Manuel y con él al hijo que tomaba forma en sus entrañas.

El tropel es la poesía
que carga en el bolsillo
el grafitero para dispararla
en la noche contra la blanca
pared contra la que se fusilan
los sueños de la gente

A PESAR DE TODO

La universidad fue despertando lentamente a la movilización: Economía, Derecho, Ciencias Humanas, las Ingenierías y las otras facultades comenzaron a discutir sus respectivos problemas. El Departamento de Educación reaccionaba ante el cierre que se le venía encima. Poco a poco se fue haciendo un inventario general de problemas, con el fin de estructurar un programa de lucha que aglutinara a todo el estudiantado. Las asambleas comenzaron a darse en forma permanente, se fomentaba la discusión tratando de evitar en ellas el enfrentamiento político cargado de sectarismo dogmático.

—Yo particularmente pienso que eso es imposible —anotaba Simón frente a los planteamientos que hacía Reinaldo de evitar hasta donde fuera posible la participación de las organizaciones políticas de lucha. Dejemos que participen, pero que se sometan a lo que disponga la Coordinadora del área de la salud.

—Eso es una utopía —replicó Juan a lo que acababa de anotar Simón—. Los activistas de los diferentes partidos buscarán por todos los medios abanderarse del movimiento... Ahora mismo esto está siendo jalado por los eme-eles, ningún movimiento que se produce al interior de la Universidad es huérfano, ni es generado por el

espíritu santo, detrás de todo agite hay una organización que lo produce y eso es lo que está pasando ahora.

—A mí no me interesa quién esté detrás de todo esto —interrumpió Reinaldo—, a mí lo que me preocupa es que se pongan los intereses de los estudiantes por debajo de los intereses particulares y partidarios de los que jalonen.

—¡Ah! eso es distinto —intervino Simón—, que no se piense que porque una persona milita en equis organización tiene que marginarse de los movimientos que se producen en el sector en que se mueve... Lo que sí me parece impreciso es que se afirme que esto lo están jalonando los eme-eles, porque más amplitud de participación para dónde.

—No, no hay tal amplitud —discrepó Reinaldo— a la gente del Partido, lo mismo que a la de la Unión Revolucionaria se les ha bombardeado; ayer no más en economía casi se pasa de la palabra al hecho.

—Lo que pasa, compita —quiso aclarar Simón— es que esos compañeros trabajan por criterio de partido... Si no le ponemos freno vamos a caer en lo que usted mismo hace un momento decía que debía evitarse, este movimiento no es patrimonio de nadie, es de todos y así debe entenderse...

—Es más, compa —continuó Juan— es tal la magnitud de este movimiento que de él depende que el hospital más importante de Bogotá, si no del país, permanezca abierto y en servicio. Total, esta lucha no la tienen que adelantar únicamente los estudiantes, sino que tiene que articularse a ella toda la ciudadanía.

—Cuando yo digo que deben mantenerse las organizaciones al margen, digo que en lo posible —quiso explicar Reinaldo—, yo sé que resulta muy difícil hacerlo, entiendo que el debate se tiene que dar, que tienen que adelantarse discusiones y llegar a acuerdos, pero no es de ayer para hoy que se consigue. ¿Quién une al MOIR con el

Partido? ¿O a este con aquel?, aun cuando sea un escéptico... Es que es así porque eso no depende de nosotros, ni siquiera de ellos, ese problema tiene su raíz en el orden político internacional... y hasta allá nuestras buenas intenciones no alcanzan... Debemos trabajar la asamblea, diseñarla de tal forma que no se vaya a empantanar con los discursos políticos, sino que se realice dentro de las posibilidades que ofrece el marco de lo que se discute.

—Yo pienso —intervino Simón— que debíamos mirar la posibilidad de sacar la marcha después de la asamblea, contando con que haya disposición de ánimo y buena asistencia...

—En caso de que podamos iniciar la asamblea a las diez de la mañana como está programada, lo posible es que esté terminando a las dos de la tarde, si es que antes el almuerzo no la descompone —comentó Juan.

Que los compañeros de cooperación hagan lo que les sea posible para no repartir el almuerzo hasta cuando haya terminado la asamblea. La autorización para utilizar el auditorio central ya la tenemos, nos hace falta el sonido. ¿Cómo están nuestras relaciones con el sindicato?

—Así —dijo Reinaldo, abanicando la mano— los compañeros tienen sus propios problemas, pero nosotros no hemos podido llevarnos bien con ellos, los compas nos colaboran, pero no sé, algo pasa...

—A nivel personal nos llevamos bien con algunos compañeros —repuso Juan—. Yo pienso que podemos conseguir con ellos un megáfono.

—Es difícil —interrumpió Simón—, ellos tienen preparada una marcha por toda la Universidad agitando la defensa del pliego.

—¡Otra! —exclamó Reinaldo— ¡Va a abrir hueco!

—¿Ve, compa? Por eso es que los compañeros asumen esa posición que tienen frente a los estudiantes.

—Era por tomar del pelo —dijo Reinaldo como justificando lo que acababa de decir.

—Ni en broma —anota Juan.

—Bueno, ¿cómo vamos a solucionar lo del sonido? —preguntó Simón, y comentó— porque si no conseguimos nada nos toca utilizar el de cooperación.

—Listo... yo propongo que se elaboren, para la asamblea mañana por todas las facultades, algunos carteles invitando al auditorio y que se distribuya una chapola.

—¿Quién firma? —interrogó Reinaldo con cierta preocupación.

—El Comité de la salud —contestó Simón.

—Estoy de acuerdo.

CAFETINES

Tanto en la cafetería de sociología como en la de Ciencias Humanas los estudiantes conspiran ilusiones y transpiran angustias; ubicadas en la parte más baja de las edificaciones parecen sótanos sin serlo. Allí entre cigarrillos y tinto, palabriteros y crucigramas, discusiones de tácticas y estrategias, noticias y horóscopos los estudiantes viven, sienten y padecen la vida universitaria. Los cafetines son el sitio más importante de la Universidad, allí se aprende tanto o más que en los salones y las bibliotecas, se comentan los textos, se reflexiona sobre los problemas académicos y políticos y se mata el tiempo entre clases en forma productiva.

—¿Leíste a Gramsci? Qué aburrido, me parece esquemática su posición sobre el partido. Es mil veces superior lo de Trotsky, y te advierto que no soy trotskista.

—A mí el marxismo no me interesa ¿sabe?, me parece que hay que superar esa concepción tan estrecha de la vida... ¿No cree que no podemos seguir viviendo con ideas que fueron expuestas hace más de un siglo? El capitalismo de hoy es otro, es el siglo xx, casi del xxi, hay que estudiar las nuevas corrientes del pensamiento, este no se estancó con Marx.

Se escucha comentar a dos estudiantes rodeados de compañeros que respaldan y rechazan opiniones. En las mesas de enseguida se entrecruzan parlamentos de distintos temas.

—Weber es muy objetivo, yo me atrevería a afirmar que con él la sociología se encamina por donde debe ir...

—Estuve leyendo a Onetti. Lo conoces, ¿no?

—¿Qué es para ti el amor? ¿Un atado de mierda? Hay que matricularse en la ternura, el tecnicismo no puede matar el sentimiento.

—A mí no me llama la atención el suicidio, creo que a pesar de todo es mejor la tortura.

—Mire, mija, la verdad es que yo prefiero abortar que planificar... el riesgo del embarazo me sirve de afrodisíaco... es como jugando a la ruleta... unas veces ganas y otras veces abortas.

—Ayer la monté en el trencito del olvido, pero se me descarriló el hijo de puta.

—El profe dice que nosotros somos los futuros científicos de las ciencias sociales. ¿Cómo diablos puede uno convertirse en científico tomando tinto e inventariando culos?

—Los países de América Latina si bien presentan diferencias en su formación y evolución padecen los mismos males: concentración del ingreso, analfabetismo, desnutrición, dependencia, etcétera...

—Definitivamente si las mujeres manejaran los destinos del mundo las cosas no andarían así.

—Esa es una posición machista.

—A mayo del 68 no lo derrotó la policía sino el exilio de los brasieres.

—Y después de la revolución qué vamos a hacer con las putas, los maricas y los mendigos. ¿Se los mandamos a Gardeazábal para que los organice o a Vargas Llosa para que los indemnice?

—¿Qué hubo, le cortaron el préstamo de la Caja Agraria?

—Ahora estoy viviendo en La Candelaria, es un barriecito muy acogedor ¿sabe? Bohemio, hay gente de toda clase, escritores, poetas, músicos, teatreros y claro, también ladrones y congresistas.

A través de los ventanales la gente vigila sus parcelas en el jardín de Freud. Allí entre las facultades de Ciencias Humanas, Sociología y Derecho, acostados sobre el pasto, le crean emboscadas al amor, al hambre y a la muerte, construyen poemas y canciones, aplauden y se gozan a los compañeros que se han vuelto locos y deambulan de salón en salón, de cafetería en cafetería, mostrando lo que es capaz de hacer la academia. Como un cáncer que padece la Universidad, los hijos del putas adoran con incienso el sacrificio de sus mentes, se sientan y escuchan una canción que canta el «delfín» en un inglés rolo acompañado de una guitarra desafinada y rota. Consumen largos cigarrillos de marihuana empacados en Marlboro a los que se les ha decapitado el filtro, después hablan de Rotherdam, Shakespeare, Dante, Sartre, Gibran o cualquier otro que resista un comentario sin ofenderse. Nunca comentan de los vivos porque uno no sabe qué pueda pasar con ellos. Los más malitos, los que no resisten conversación alguna se entretienen rascándose las güevas o mirándose el pene que parece haberse muerto de nostalgia. Sus compañeras los miran y dejan escurrir lágrimas como en un velorio, en el último brillo de sus ojos se alcanza a percibir que les miran las manos como negándose a perder las esperanzas. Uno quisiera sentir lástima pero no puede, ellos piensan que es mejor la lástima que la rabia, es más rentable dicen, «es mejor que le digan a uno cieguito y no tuerto hijueputa», ¿no le parece, compañero?

—¿Tiene un cigarrillo?

—Nikolás Ostrovski me volvió mierda, es un libro muy pesado para los que no hacemos nada.

—El jueves hay pedrea, seguro que la hay porque si no la hay yo la armo. Acá la gente no se mueve si no le queman el culo.

—Yo no creo el cuento ese de la crisis existencial. Es un problema de inseguridad heredado del complejo de Edipo, es que muchos, aunque ya no estén pegados a la teta, todavía maman.

—¿Quién le dijo a usted que el marxismo era un fusil?

—¡Qué bien! Después de leerme setecientas páginas de Bourdieu, Chamboredon y Parsenon sobre el oficio del sociólogo, acabo de comprender que me equivoqué de profesión.

—Estoy leyendo a Rafael Pombo, es fantástico.

—Sin tanto protocolo, ¿quiere ser mi novia?

—No.

—Ayer soñé que me moría, esta mañana cuando desperté estaba muerto.

—¿Por qué no usas preservativos? Vienen en colores... Así no te equivocas: los azules para Rosalba, los amarillos para Teresa, los rojos para Nidia.

—Todo era tan bello... Yo la amaba ella me amaba; yo la quería ella me amaba; yo la acompañaba ella me amaba; yo la repudiaba ella me amaba; hasta que un día me dije «no joda, me voy, esta mujer no evoluciona».

—¿Vas a ser sociólogo? ¿De qué vas a vivir?

—Yo no soy celosa ¿sabe?, creo que los celos son inmadurez.

Sí, es Foucault: *Vigilar y castigar*.

—A mí lo único que me hace reír es un payaso.

—Cómo me hubiera gustado vivir en la Edad Media, todo era tan romántico...

—Sí, hermano yo le creo, pero me regala seis pesos para almorzar...

—Sin Bakunin la vida no tiene sentido.

—¿Vamos a clase?

—¿Tiene un fósforo, compa?

—No, los foquistas son los de la otra mesa.

—Sí, leí a Juan José Sebreli: *Buenos Aires: vida cotidiana y alienación*; esos argentinos son la cagada.

—No sé por qué cuando camino por la Séptima pienso en Malthus.

El tropel es la pintura
del arco iris plasmando
sobre el lienzo de la vida,
el carnaval de la tolerancia

LA CUIDAD

—Mira lo que escribí sobre la ciudad:

Antes se podía decir que socialmente Bogotá estaba dividida en dos grupos: los del norte y los del sur. Ahora toca hablar de tres: los que comen, los que trabajan y los que aguantan. El viejo esquema de los cinturones de miseria ya no funciona, la ciudad entera se ha convertido en un estómago vacío. Los niños caminan como borrachos por las calles tratando de atar la anhelada imagen del pan para que no se les vuele en la cometa del costo de la vida. La pregunta que se formulan ahora los nutricionistas no es cuántas calorías tiene un roscón, sino cuántas tiene una botella de gasolina. Las cajas de cartón y los periódicos asaltan la ciudad y sus corredores, convirtiendo cada rincón en un lecho de miseria. Los puentes descongestionan el tránsito y brindan habitación, eso debe ser lo que los urbanistas llaman completa utilización del espacio. Los inquilinos se pelean con los casatenientes que se confabulan con jueces y policías para producir desalojos relámpago. Las salas de espera de los hospitales se amplían, los cuartos se reducen al mismo ritmo que crecen los ofrecimientos de lotes en los cementerios con novísimos sistemas de pago. Las funerarias progresan bajo la administración de curas tradicionales, obispos y cardenales han perdido la vergüenza. Las cárceles se politizan.

Los raponeros y ladrones van a mitades con la justicia: los unos trabajan, los otros los roban. Los fabricantes de mentiras elevan la dictas y frenan los salarios. El país entra en la era espacial, gracias al costo de la vida. Las huelgas proliferan por todas partes al margen de la ley. Se prohíbe sonreír por optimismo, se requisa la tristeza. En el hipódromo ministerial el gran derby lo gana el desempleo. Las quiebras las pagan los obreros de las fábricas, las escuelas se cierran, es más importante sostener los batallones que darle muerte a la ignorancia. Un inmenso y espeso mar de mierda e inmundicia inunda los barrios residenciales en forma de perfumes, collares, coloretes y abrigos de visón. Autos último modelo corren veloces en los autódromos apostando el sudor de los obreros, los premios están preñados de droga, coitos y menstruaciones de seda, vino y hoteles elegantes, putiaderos cinco estrellas. Los niños montan en sus patines, bicicletas, motos o amiguitas nuevas, mientras los choferes montan en las señoras viejas para cuadrar salarios. Allí levantaron un monumento al dinero, acá, uno al bostezo. La gente calla, acumula ira en su mirada, enmudece su hambre, maldice sus enemigos, pero... permanece quieta... espera y aguanta...

—¿Qué te parece?

—Que estás loco.

EL BARRIO

—MANUEL, ¿te has dado cuenta cómo se está llenando el barrio de locos?

—Sí, vienen a buscar comida al basurero, luego no tienen aliento con qué irse.

—¿No crees que son un peligro?

—Todo ser humano con hambre lo es.

—Sí, pero es que con ellos es distinto, ya se desquiciaron, ahora se vuelven agresivos con mayor facilidad, no se controlan, la violencia es su mecanismo de defensa.

—No solamente en ellos, en todo el mundo. Lo cierto es que hay que hacer algo, sobre todo por los niños. Ya veremos qué se puede hacer... Dime una cosa, ¿cómo va lo de las estufas?

—Bien, la gente está muy contenta, se han clavado los tubos al piso y los gases están subiendo... ¿Cuánto crees que dure el depósito de gas?

—No sé, lo que dure la basura en descomponerse completamente... pienso... de todas formas creo que esto es mejor que cocinar con baterías, ¿no?

—Sí, claro, además el combustible es permanente y no hay Esso ni Texaco que lo cobre, a no ser que pidan una concesión del basurero municipal para la explotación de gas natural.

—Dime una cosa, Negro, ¿cómo sigue el hijo de Marina?

—Ya no sigue, el viernes lo enterramos.

—¿Lo mató la pulmonía?

—No... bueno, sí y no. Mira, hermano, te nos perdiste el martes y hasta hoy vuelves a aparecer; el niño empeoró el miércoles, lo llevamos a La Hortúa con Marina, pero allá había un problema y no pudimos entrar, fuimos a la Samaritana y allí medio lo miraron, había que hospitalizarlo pero no tenían camas, fuimos al San José, al San Ignacio, al Lorencita y el mismo cuento, que no tenían camas. Toda la plata que teníamos nos la tiramos en bus. Me acordé de la doctora, esa amiga tuya, la llamé y no estaba. Hermano, hay días en que la vida se ensaña con uno, nos tocó venirmos para acá de nuevo, yo la dejé en la casa y me fui a buscarte a ver si nos podías ayudar, no te pude hallar. Volví por la noche a la casa de Marina, la oí llorando, le pedí que me abriera la puerta y no quiso, me dijo que me fuera que el niño ya no necesitaba nada, que estaba bien. Hermano, yo estuve toda la tarde con él, sabía cómo estaba, no me iba a comer el cuento de que estaba bien. Le dije que si no me abría la puerta la echaba abajo. Comenzó a gritar, a decirme que me fuera, que no la jodiera más, que la dejara tranquila... Como pude derribé la puerta. Manuel, hermano, ¡con lo que me encuentro! Ella estaba en la cama, casi calva de halarse el pelo, con los dedos en la boca y los ojos desorbitados mirando al niño. Lo reventó contra el piso hermano, contra el piso...

Los dos guardaron silencio. El Negro se había alterado y ahora trataba de equilibrar la respiración. Caminaron un par de calles más sin decirse nada. Manuel sintió que la rabia de la impotencia se iba apoderando de él, sentirse inútil lo molestaba, eran tantas las necesidades del barrio y tan especializados sus conocimientos que se

sentía imposibilitado de cualquier cosa. Se necesitaban odontólogos, médicos, arquitectos, ingenieros, abogados, enfermeras, y aunque él se había esforzado en ser todo eso, había terminado siendo la esperanza de todo el mundo y su propia desesperanza.

—¿A dónde vamos? —preguntó el Negro.

—Ya no sé —respondió Manuel.

El tropel es la manera sencilla
de aprender la matemática
de la unidad,
la que respeta diferencias
y suma identidades

DESEO

Cuando Ismael llegó al cuarto que compartía en las residencias «Camilo», el sol comenzaba a ocultarse. Venía sudado, había terminado la tarde en el gimnasio como era costumbre. Entró, se desvistió y bajó a uno de los baños a ducharse. Al subir la escalera se encontró con Gloria, ella le hizo dos bromas y siguió de largo, a él se le alegró la tarde. Gloria significaba algo especial, aunque nunca había salido con ella y su relación no pasara del saludo, él se sentía atraído. A veces la esperaba hasta altas horas de la noche para verla pasar antes de dormirse. Le disgustaba sentirse extraño los días que, esperándola, no llegaba. Le agradaba la forma descomplicada de vestirse, sus bluyines desteñidos, las camisas grandes de hombre que se ponía, su ruana carmelita, sus zapatos de pana con suelas de goma y su bufanda. Le llamaba la atención el hecho de que no se pintara y anduviera siempre con su mata de pelo amarrada a la espalda. En momentos en que la libido lo sorprendía, la imaginaba desnuda caminando por su cuarto. En ocasiones, espiaba con disimulo a través de las aberturas de la camisa la redondez de sus senos, para recordarlos en los momentos en que apagaba la necesidad instintiva de su apetito sexual en algún rincón de su soledad. Después

se odiaba por haberlo hecho y pasaba un largo tiempo sin esperarla, para castigarse. Nunca la miraba a los ojos, pues temía que ella descubriera algo en los suyos. Una noche de esas en que los compañeros confidenciaban sus historias de irresistibles seductores, Javier le había preguntado por el eterno silencio que guardaba siempre que se tocaban temas de esos, si le gustaba alguien en especial, él los miró y un poco apenado dijo que por ahora el gran amor de su vida era su madre, todos lo miraron extrañados. El Mono se atrevió a preguntar en broma cuándo se pensaba casar, Ismael lo miró con ira y le dijo: «Pirata hijueputa, el día que enviude la tuya». El Mono no le dio importancia, apenas sonrió y exclamó: «El compañero es muy sensible, se disgusta con nada».

Ismael salió de la pieza y caminó casi hasta media noche, a su regreso abrió la puerta tratando de hacer el menor ruido posible, se acercó al colchón que había tirado en el piso en el que dormía el Mono, lo movió con una mano, cuando el Mono abrió los ojos se echó hacia atrás y le preguntó qué pasaba.

—Quiero pedirle disculpas —dijo.

—Tranquilo hermano, yo no tengo nada de qué disculparle.

—Lo de pirata —dijo Ismael—, acá todos somos piratas.

En ese momento Javier encendió la luz, Ismael y el Mono voltearon a mirarlo y él les dijo:

—¿Por qué no se dan un beso? Se ven tan tiernitos.

—Parranda de maricas —dijo Juancho desde debajo de las cobijas—, no dejan dormir, uno esperando golpes y ellos parecen un par de novios... Acabemos de espantar el sueño con un tinto.

Después de aquella noche los tres compañeros de pieza de Ismael supieron lo de Gloria.

—Es una buena china —le dijo el Mono—, no tiene sino un solo problema, tiene compañero.

Total, además de su timidez, eso lo había mantenido alejado de ella.

—Ismael... Ismael...

—¿Qué pasa hermano?

—Necesito que me haga un favor.

—¿De qué se trata?

—Hermano voy a traer una compita esta noche acá a la pieza y bueno... es muy verraco delante de ustedes.

—Sí, fresco. ¿A qué hora puedo llegar?

—Después de las doce, hermano.

—Listo. ¿Habló con Juancho y el Mono?

—¡Claro! ¿Cómo cree?

Ismael fue a comer, se llevó con él un libro y se sentó después a esperar en el *hall* de Gorgona a que fueran las doce de la noche. Estuvo viendo televisión un rato y luego se puso a leer. Los estudiantes venían e iban al cafetín, las luces de las habitaciones se fueron apagando poco a poco, solo los noctámbulos se quedaron con su insomnio a cuestas, leyendo y caminando. La lectura lo consoló por largo rato. De pronto escuchó que alguien se acercaba. Levantó la cara y vio a Gloria.

—Hola —dijo ella—, ¿leyendo?

—Sí, un poco —contestó Ismael.

—¿Qué lees?

—A Hermann Hesse, *Siddhartha*.

—¡Qué bien! ¿Te gusta Hesse?

—No sé, creo que es para leer en un momento especial.

—Es lo mismo que ocurre con Kafka, ¿lo has leído?

—*Carta al padre*, no más.

—¿Te gustó?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, voy a ver si ya llegó el compa, dejé las llaves adentro.

—¿Quieres que te acompañe? Claro, si él no se molesta.

—¿Por qué habría de molestarse?

Caminaron hacia la habitación. En el trayecto se cruzaron con Javier, que salía con su compañía.

—¿De dónde eres? —preguntó Ismael.

—Del Líbano.

—¿Del Líbano?

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. Allá terminé mí bachillerato.

—Soy del Líbano, pero siempre he vivido en Ibagué, mis padres se trasladaron allá después del 57.

—¿Perseguidos?

—Digamos que expropiados, papá tenía una finca y bueno, ya sabes cómo fueron las cosas en esa época. Yo era muy pequeña, cumplía los dos años cuando me llevaron.

—¿Por qué no estudiaste en la Universidad del Tolima?

—Lo hice, pero me echaron.

—¿Por qué?

—Haces muchas preguntas.

—¿Te molesta?

—A veces, es una larga historia. Algún día te la cuento.

—¿Habrá otro día para nosotros?

—Claro, ¿por qué no?

Gloria subió las escaleras y golpeó varias veces en la puerta del cuarto, dejó notar un gesto de desagrado, pero lo acompañó enseguida de una sonrisa que Ismael agradeció.

—No ha llegado —dijo.

—¿Será que no viene esta noche? —preguntó Ismael.

—Humm —repuso ella—, voy a tener que ir hasta las femeninas a quedarme allá.

—Si quiere —trató de decir Ismael, pero se cortó, solo atinó a exclamar— ¡No!

—¿No qué? —preguntó Gloria.

—Una estupidez que iba a decirle.

—Dila, a mí me gustan las estupideces.

—No, pues pensé que podías quedarte en la pieza de nosotros.

¿No te parece un atrevimiento mío?

—No, ¿por qué?

—Allá vivimos cuatro, claro, ahora no hay nadie, pero no demoran en llegar.

—¿Tienes cama?

—Claro.

—¡Listo! Nos acostamos los dos.

—¿Los dos?

—Sí, ¿por qué no? No vamos a hacer nada.

—Bajemos entonces.

La pieza estaba vacía, la ventana abierta había permitido que la brisa entrara a barrer el olorcito de amor que habían dejado Javier y su compañera. Ella repasó con su mirada todos los rincones, se detuvo en cada uno de los afiches, ojeó por un instante los libros y luego lo miró.

—¿Cómo te llamas?, no quiero dormir con un desconocido.

—Ismael. ¿Y tú?

—Gloria.

—Bonito nombre.

—Religioso pienso yo. ¿Cuál es tu cama?

—Adivina.

—La del rincón.

—Sí, es esa.

—A mí me gusta dormir contra la pared, ¿y a ti?

—A mí también.

—Bueno, yo soy la invitada.

—Tranquila, hay dos colchones, yo puedo dormir en el suelo.

—¿Lo harías?

—Claro. Voy a bajarlo.

—No, déjalo ahí. No vamos a pelear por el rincón ¿no?

—No, claro que no.

—¿Te importa si me desvisto? No puedo dormir con ropa.

—Humm, qué tonto soy, voy a bañarme los dientes y a vigilar que nadie entre. ¿Quieres ponerte mi pijama? Puedo dormir en pantaloneta.

—Te lo agradecería.

—Toma, ya regreso.

Ismael salió con el corazón que se le salía del pecho. Entró al baño y se enjuagó los dientes, calculó el tiempo que ella podía gastar en ponerse su pijama y regresó a la pieza. Abrió la puerta y la encontró entre las cobijas, se había soltado el pelo y tenía los brazos cruzados al pecho. Ella se quedó mirando cómo la miraba y sintió él que lo perturbaba, la vio inmensamente bella. Terminó de cerrar la puerta y se acercó para sentarse a los pies de la cama.

—Eres muy bonita —le dijo.

—Eres muy amable —respondió ella.

La contempló un instante y luego comenzó a desvestirse, se sintió incómodo y ella se dio cuenta.

—¿Cierro los ojos? —preguntó, y él no supo qué contestar.

Se puso la pantaloneta y se metió en el campo que ella le había abierto. Sintió su cuerpo tierno y caliente pegarse al suyo. Sintió unas ganas inmensas de besarla, pero se detuvo. Apagó la luz.

—¿A qué hora vendrán tus compañeros?

—No sé.

—¿No se molestarán?

—No, son buenos compañeros.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Claro.

—¿Tienes compañera?

—No.

—Eres un buen compañero... lo intuyo.

—Me esfuerzo por serlo.

—Hasta mañana.

Él no durmió, dejó que su imaginación trabajara mientras ella dormía. Disfrutó segundo a segundo su calor, su presencia, su visita.

El Mono, Javier y Juancho no llegaron esa noche.

SEGUNDA PARTE

El tropel es el camino
en el que se construye el porvenir
en el que el hombre alcanza
la dimensión humana que se requiere
para vivir en esta maloca
que es la Tierra

ESPERA

Manuel y Omaira se habían citado esa tarde en la esquina de *El Tiempo.* Ella llegó cinco minutos antes de la hora, se paró frente al edificio y miró el inmenso reloj electrónico. Luego volteó la cara a mirar el de la iglesia. Notó que se llevaban una diferencia de diez minutos, pero en ninguno de los dos eran las seis. Estuvo observando la gente, le entusiasmaba verla esperando, andando, meditando, conversando, le brindaba la oportunidad de sentir que sus angustias eran compartidas. Miró nuevamente el reloj y pensó que el tiempo se estaba acabando, que tendría que decirle a Manuel lo del niño ese día, que pronto no lo podría seguir ocultando. Pensó cómo hacerlo, los términos que usaría, lo ensayó una y otra vez como si se tratara de una función de teatro. Esperó el cambio del semáforo y atravesó la calle en el preciso momento en que el reloj marcaba la hora de la cita. Se paró en frente de la puerta del edificio y comenzó a observar para todo lado, esperando descubrirlo en la multitud que transitaba.

El día había sido largo, las horas se le habían hecho eternas, nunca había estado tan ausente en las clases. La cita con Manuel había resultado ser lo más importante del día y al fin estaba allí,

en el lugar y hora señalados, dejando que sus ojos miraran para descubrirlo.

¿Cómo vendrá hoy?, se preguntó. ¿Alegre, triste, meditabundo como la mayoría de veces? ¿Habría dormido lo suficiente? ¿Se estaría alimentando? Hacía una semana que no lo veía, por eso cuando Álvaro le dijo, la noche anterior, que lo esperara allí sintió que el calorcito de su presencia la poseía. No debe demorar —pensó—, es muy cumplido, se enoja cuando uno llega tarde, nunca dice nada, pero se le ve en la cara que no le agrada esperar.

La noche comenzó a extenderse lentamente, las luces se fueron apropiando de la ciudad, los avisos luminosos rompieron su silencio iniciando su fiesta de colores. El tránsito se congestionó, los paraderos se fueron llenando de usuarios que brotaban de los edificios con la angustia de haber cumplido. Los lagartos de la Gobernación de Cundinamarca se enrumbaban con la esperanza del mañana a consumir cigarrillos y tinto en los cafetines de la carrera Novena o a buscar los billares de la Trece, para conseguir algo más para llevar a la casa, además de la amargura del desempleo. Los trajinados esmeralderos tiraban las últimas monedas al piso buscando «enguacarse» en el bolsillo de alguno de sus compañeros. La Escuela Distrital de Teatro abría la puerta a los Quijotes de la cultura, los sótanos de la Jiménez, como una inmensa ratonera oscura y húmeda, los convertía en artistas bohemios cuya única paga a su esfuerzo era el hambre que vestían con la aureola de superioridad del ser artista. Omaira vio escurrirse el reloj entre los segundos, lo vio pasar de los cinco a los diez minutos y pensó que ya no vendría. Esperó otro poco, sintió que un sentimiento de soledad se iba apropiando de ella, acompañado de una angustia mayor. Trató de darle explicación a la demora, de excusarlo, pero un torrente de lágrimas que comenzaba a nublarle los ojos la obligaba a moverse. Cogió la Séptima hacia el norte, una ola de calor se fue apropiando de su cuerpo, quiso refrescar su rostro

y aceleró el paso para hacerse cerca de la fuente luminosa del parque Santander con la intención de que el agua la humedeciera. Se sintió más fresca y tranquila, con ganas de andar un rato, tomó nuevamente la Séptima y dejó que sus pensamientos se fueran apoderando de su espíritu; no se percató del recorrido que hacía y apenas si se daba cuenta de las calles que estaba atravesando. Cuando llegó a la avenida Diecinueve se detuvo un momento mientras cambiaba el semáforo, de pronto sintió que una mano se depositaba en su hombro, se dio vuelta y se encontró con el rostro confundido de Álvaro.

—¿No vino? —preguntó él.

—No —contestó ella y le abrazó para ocultar el llanto que nuevamente se precipitaba por su rostro.

—Debió ser que se le presentó algo —quiso disculparlo, pero se dio cuenta que no había caso, que ya todas las disculpas estaban dadas. Trató de animarla.

—Ya que estamos acá, te invito a un cine, es la primera y tal vez la única oportunidad que tengo de salir contigo, a ver si nos distraemos hoy, mañana él va a aparecer te dará una explicación y todo seguirá como hasta ahora, ¿está bien?

—No, no está bien eso, es precisamente lo que no quiero. Que él mañana aparezca, me dé una explicación y todo siga como hasta ahora. Esto tiene que cambiar, Álvaro, no puede seguir igual, yo no puedo seguir esperando eternamente a que él se desocupe para ocuparse de mí y de nuestro hijo.

—¡¿Hijo?! —preguntó Álvaro sorprendido.

—Sí —dijo ella y miró la cara confusa de Álvaro, escondiendo la mirada en el semáforo que acaba de cambiar.

—Mira, esto sí que es una noticia nueva y grata, un hijo... es una gran responsabilidad. Qué dice él, estará feliz me imagino.

—No lo sabe todavía, hoy pensaba decírselo, pero como ves no se pudo.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—Dos semanas.

—¿Y por qué se lo vas a decir hasta ahora?

—No ha habido la oportunidad de hacerlo.

—Pues bien, mañana yo voy a buscarlo y te lo voy a enviar para que apagues tu angustia. Ahora me vas a poner atención, quiero ver en ese rostro lindo dibujarse una sonrisa, te ves muy fea cuando estás triste. Quiero que vayamos a comer, imagino que por cumplir la cita no alcanzaste a hacerlo en la cafetería; después nos metemos a la cinemateca, están en un buen ciclo de cine polaco y, por último, te llevo a residencias. Se acabó la tristeza. No quiero ver aparecer a mi ahijado con una mueca de nostalgia en el rostro... ¡comadre! —terminó de decir Álvaro y se quedó mirándola.

—Gracias, Álvaro —dijo ella y le apretó la mano.

—¿Entonces, no soy compadre? —preguntó Álvaro.

—Sí, claro que sí... el mejor compadre del mundo —repuso ella.

SOLO HUMO

De humo y consignas se fue llenando el auditorio. Las distintas facultades habían respondido positivamente al llamado. Los organizadores acomodados en la mesa esperaban el momento oportuno para iniciar la asamblea. Las consignas se entrelazaban unas a otras dándole forma a un programa de necesidades que se diluía en el aire. Activistas y grupos políticos repartían chapolas con informes, denuncias y análisis de la situación. Decenas de alternativas de acción fueron apareciendo.

El primero en intervenir en la asamblea fue un trajinado y querido profesor de medicina, envejecido en la lucha por un sistema nacional de salud al servicio del pueblo. Expuso con la claridad y seguridad propias de una cirugía el significado de las luchas que se adelantaban, la importancia que para la Universidad revestía la defensa de La Hortúa como hospital universitario y lo que este representaba para los sectores marginados de la población.

«Siempre que haya un estudiante de medicina de la Nacional en el hospital, no importa cuál sea el estado del mismo, ni el abandono en que lo tenga el gobierno, nuestro pueblo puede estar convencido de que allí, pese a todo, encontrarán gente joven cargada de

profunda sensibilidad social dispuesta, hasta donde le sea posible, a aliviar su dolor. Sin embargo, es una obligación del Estado sostener el hospital, como un derecho que tiene el pueblo de gozar de atención médica y hospitalaria. Nos hemos lanzado a este movimiento, convencidos de que contamos con el apoyo y el concurso no solamente de todos los estudiantes de la Nacional, sino de todo nuestro pueblo». Los aplausos acompañaban la intervención del maestro, las consignas le daban tiempo de respirar y el silencio le rendía un homenaje cada vez que continuaba su intervención. La convicción de sus planteamientos despertó entusiasmo y solidaridad.

Los estudiantes de la salud informaron de qué manera estaba funcionando el hospital, los problemas que existían con las directivas, la crisis presupuestal, la actitud de la Beneficencia de Cundinamarca frente a La Hortúa y a la Universidad.

«Mientras dure el movimiento —afirmaban los estudiantes—, Urgencias estará en servicio y nosotros responderemos por la vida y atención de los pacientes, pero no se puede seguir hospitalizando porque no hay con qué hacerlo. El gobierno está asesinando a La Hortúa». Se planteó la necesidad de articular toda la problemática universitaria a la coyuntura del área de la salud, pero... «debemos construir una organización fuerte que sea el resultado de la sentida necesidad de la base estudiantil. Una organización engendrada al calor de la lucha», proponía uno de los muchos estudiantes que se sucedían en las intervenciones; otro complementaba: «la organización no se construye al calor de la precipitud, debe ser el resultado de un trabajo largo y paciente, sin dogmas ni sectarismos de las organizaciones políticas que tienen activistas en el movimiento estudiantil».

En el ir y venir de los discursos se pasó el tiempo, se enfrentaron mil posiciones que hicieron la atmósfera cada vez más pesada, el bulto de anzuelos se echó a rodar.

«Nadie que se plantee seriamente el problema de la organización puede dejar de lado el problema de la representatividad que es, en últimas, la razón de ser de la misma» decía uno.

«Nosotros no podemos permitir que organizaciones políticas que se han caracterizado por bombardear la organización y entorpecer el avance del movimiento estudiantil vengan ahora a darse golpes de pecho», interrumpió otro.

«La organización es una utopía, hay que crear organismos intermedios que coordinen y dinamicen la actividad estudiantil, que tengan capacidad de convocatoria y movilización», discrepaba alguien.

«Hay que aprender de la experiencia histórica. Hay que extraer de ella lo mejor, descubrir qué ha funcionado y qué no lo ha hecho y por qué. Solo en esa medida podemos diseñar una estructura orgánica que se adapte a las necesidades y condiciones actuales del movimiento estudiantil, lo demás es hipotético preconcebido y en la dinámica de los movimientos no siempre funcionan esquemas de este tipo», exponía otro estudiante antes de ser interrumpido por los gritos cada vez mayores de ¡marcha! ¡marcha!, con lo que algunos comenzaban a presionar.

—Una moción de procedimiento.

—Una moción de suficiente ilustración.

—Una moción para que ya no haya más mociones.

—Es que no podemos, en aras del afán, castrar el debate porque...

—Yo propongo...

—Yo no estoy de acuerdo.

—¡Marcha! ¡Marcha! ¡¡Marcha!!

—¡Compañeros por favor! ¡Ah, qué verracos!

—¡Marcha! ¡¡Marcha!!

—¡Almuerzo! ¡¡Almuerzo!!

—¡Abajo la línea cuchuco!

—La mesa propone lo siguiente...

—Tercero, que el día lunes se realice una marcha de toda la Universidad hasta La Hortúa, en la que se pase por la Gobernación, donde se hará un gran mitin.

La asamblea llegó a su fin cuando una gran parte de la asistencia se había retirado. El largo camino de la «discusión» los hizo desertar. Los activistas todavía seguían perdiéndose en la engañosa fluidez de las palabras.

EXIGIMOS
ALMUERZO
DESAY
Y COMIDA

El tropel es un espacio para la lúdica,
la fantasía y la imaginación,
para el ejercicio de la democracia directa,
para reencontrarse con la utopía

DUDA

El Mono se reunió con el grupo de Antonio y el Negro en una de las piezas de Gorgona. El Santandereano lo había invitado «porque es que ese compa es un tropelero». Cuando Antonio entró, dejó dibujar en su rostro una mueca de desacuerdo con la presencia del desconocido. El Santandereano se apresuró a presentarlo y le explicó que él quería estudiar y trabajar con ellos. Antonio los contempló un rato, puso atención a la conversación que desarrollaban, se tomó un tinto que le alcanzó uno de los del grupo y luego, cuando vio que lo podía hacer, preguntó si alguno de ellos había asistido a la asamblea. Todos lo habían hecho, cada uno emitió su opinión sobre la misma, dejando notar en ella un gran entusiasmo por lo acontecido. Antonio le pidió al Negro que lo acompañara a traer cigarrillos y hacer una llamada. Bajaron al cafetín, allí se tomaron un tinto, mientras conversaban.

—¿Qué hace ese tipo en la pieza? —preguntó Antonio al Negro.

—El Santandereano lo llevó... él ya explicó, ¿no?

—Sí, pero es que nadie, además de los del grupo, debe ir a la pieza... eso se debe discutir antes.

—Bueno ¿y que vamos a hacer? Ya está allí. ¿Hay algo contra él?

—No, es que no es bueno que la gente se relacione sin antes saber con quién lo está haciendo. La Universidad está llena de tiras, gente que conoce la teoría, habla bien y están documentados, carnetizados mejor.

—Crees que el Mono es...

—No, no creo nada.

—Bueno, ¿y entonces?

—No sé, digamos que no me inspira confianza.

—Pues está hecho. Que él trabaje con su grupo y sostenga la relación con nosotros a través del Santandereano, hasta que nosotros encontremos a alguien de confianza que lo acredite. Es un anarquista, no creo que sea más.

—Bueno, encárguese de eso. ¿Qué se ha dicho de la marcha?

¿Cómo va a ser nuestra participación?

—No hemos hablado de eso. Lo estábamos esperando.

—Deshagámonos del Mono y conversamos.

—Está bien.

Regresaron a la pieza, el Negro se puso a hacer tinto en el pequeño reverbero eléctrico, mientras Antonio conversaba con el grupo.

—¿De dónde es usted, Mono? —preguntó Antonio.

—De Boyacá —le respondió.

—¿De qué parte? —insistió Antonio.

—Del norte.

—¿No son muy conservadores en esa región?

—Algunos pueblos, otros son liberales.

—¿De ese lado es que son los famosos chulavitas?

—No de la parte que vengo yo... Mire, compa usted no confía en mí, ¿no es cierto? ¿Por qué no me lo dice? A usted no le gustó encontrarme acá, se mide cada vez que habla y a uno le da la impresión de estar sobrando.

—Mire, compa, lo que usted dice es cierto, pero si el Santandereano confía en usted, yo también.

—Hace bien en desconfiar, no piense que me ofende, hay mucho tira en la Universidad. Así que lo mejor para su tranquilidad es que yo me vaya y eso es lo que voy a hacer.

El Mono salió sin mediar palabra; detrás de él salió el Santandereano, bajaron las escaleras en silencio, al llegar al primer piso el Santandereano dijo:

—Mono, lo invito a tomar tinto al cafetín antes de que se meta a su pieza.

—Listo.

—Qué cagada este incidente, ¿no?

—Fresco, no es nada.

—Siempre creí que se iban a llevar bien.

—Lo hacemos, creo que empezarnos mejor de lo que pensé.

Ahora, gracias a la desconfianza de él, puedo confiar en ustedes.

—Es un buen compañero.

—No lo dudo. Se preocupa de la seguridad y eso está bien.

—¿De verdad cree que hay tantos tiras como él imagina?

—Hay muchos más.

—Dos tintos, hermano. ¿Quiere fumar?

—Sí, el de irse a dormir.

—¿Qué van a hacer ustedes en la marcha del lunes?

—Nada. Protegerla hasta donde nos sea posible.

—¿Protegerla de quién?

—De los provocadores, vamos a evitar a toda costa el enfrentamiento.

—Creo que lo estoy oyendo mal. ¿Dice que van a proteger la marcha?

—Sí, eso dije.

—Bueno, pero ¿por qué?

—Porque cuando hay movimiento de masas, nosotros no vamos a ponernos al margen de él, ni vamos a permitir que por culpa nuestra, golpeen a los compañeros.

—¿Y los anarcos? ¿Usted cree que la brigada Llamarada se va a quedar con los brazos cruzados?

—No, claro que no.

—¿Cómo van a hacer para controlarla?

—Ya lo hicimos. La Llamarada no es una banda de pirómanos irracionales. Ellos van a estar con nosotros, ya está acordado. Los únicos que están por fuera aún son ustedes... y por lo visto el compañero Antonio no creo que esté de acuerdo con producir el enfrentamiento.

—No hemos conversado aún.

—Ya lo harán. Él sabe que en el tiempo en que se mueve la gente nosotros estamos vigilantes y cuando deja de hacerlo es cuando nosotros entramos a operar. Solo hay un grupo que nos preocupa, el de Los Burritos. Con ellos la única discusión posible son las trompadas. A ellos y a los tiras son a quienes hay que vigilar.

—Esa marcha va a salir bien, ya verá... Bueno hermano, me voy a dormir.

—Nos hablamos pues.

El Santandereano regresó a la pieza, el Negro le alcanzó un pocillo de tinto y Antonio le dio el cigarrillo que acababa de encender.

—Bueno, ya estamos completos. Ahora démosle curso a la reunión —dijo Antonio y tomó la palabra. Trató de explicar lo del incidente del Mono, pero el Santandereano le dijo que no era necesario, que él entendía.

—Siendo así —dijo—, lo que quiero que definamos acá es la participación en la marcha del hospital. Particularmente pienso que ella se debe reducir única y exclusivamente a acompañarla y a mantener el orden en la misma. Es un movimiento de masas y como tal hay que respetarlo. Nuestra acción debe estar destinada a evitar

cualquier provocación. No estoy de acuerdo con que llevemos absolutamente nada ni que tratemos de impulsar nada, estoy porque nos pleguemos a lo que el comité coordinador disponga.

Todos estuvieron de acuerdo. Se cuadraron los mecanismos de participación en los términos expuestos por Antonio y la gente se fue a dormir. El Santandereano se acercó a Antonio, que se había sentado a estudiar sobre la mesa de concreto de la pieza. La luz de la lámpara caía sobre el texto que leía.

—¿Quiere más tinto? —le preguntó.

—No, hermano, la úlcera me está jodiendo —le respondió Antonio.

—¿Cuándo va a ir al servicio médico?

—No sé, en estos días.

—No se descuide. Sáquele tiempo a la salud que ella se lo retribuye... Antonio, ¿Por qué no confía en el Mono?

—No, no es que no confíe, lo que pasa es que hay que tener cuidado.

—¿Sabe qué dijo? Que gracias a usted ahora podía confiar en nosotros, yo no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Pues que él parece saber más de usted que lo que sabemos nosotros.

—¿Por qué dice eso?

—Es que lo que dijo hace rato sobre la participación nuestra en la marcha fue lo que él me dio a entender que usted debía decir.

—Bueno, y ¿qué?

—No, pensé que... nada, hermano. ¿Por qué no deja eso para después? —le dijo señalando el libro— acuéstese a dormir que le hace falta.

—Sí, creo que tiene razón.

LO MÁS IMPORTANTE

Un par de manos tibias se interpusieron entre el libro y la vista de Ismael. Con un timbre extraño, una voz femenina lo invitaba a saber de quién se trataba: Ismael inventarió perfumes, sensaciones, trató de descubrir en la voz un indicio que lo orientara, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

—No, no sé —dijo—, me doy por vencido.

—Declinas muy pronto —habló ahora una voz que él sí conocía, la voz de Gloria.

—Hola, china, ¿cómo estás?

—Así —dijo ella mirando las otras mesas de la biblioteca como esperando ver a alguien.

—¿Qué haces por acá?

—Estoy buscando una compañera.

—Ah...

—¿Cómo te ha ido?

—Bien, estudiando como ves.

—¿Estás en exámenes?

—Sí, aunque la atmósfera general de la U es otra. El problema del hospital y la agitación no lo deja a uno concentrar.

—¿Qué piensas de lo que está ocurriendo?

—No sé, yo me meto poco en esas cosas, pero por los comentarios que escucho a los compañeros de pieza, parece que va bien.

—Sí, pero tú, ¿qué piensas al respecto?

—No sabría qué decirte, si los compañeros de la salud tienen problemas, pues está bien que traten de solucionarlos, yo no entiendo mucho de lo que está pasando.

—Sí, ya veo. Te invito a tomar tinto... bueno, si no interrumpo tu estudio.

—No, ya estaba para terminar. ¿Y tu amiga? ¿No la vas a esperar?

—Ya no creo que venga.

—Bien, vamos.

Salieron de la sala de estudio, atravesaron la plaza «Che» y tomaron el camino que lleva a la calle 45, se desviaron por el conservatorio para buscar El Rancho, un cafetín cerca de la facultad de Economía.

—¿Quieres tinto o gaseosa? —preguntó ella.

—Tinto nomás —repuso él.

Gloria se acercó al mostrador y pidió los dos tintos. Él se quedó contemplándola, no la veía desde la noche aquella en que se quedaron a dormir juntos. Le pareció más hermosa; sin embargo, le dio la impresión de que algo la afanaba.

Cuando ella regresó a la mesa se sentó frente a él, sacó del bolso un paquete de cigarrillos, encendió uno.

—No te ofrezco porque sé que no fumas, mira a ver si no se me fue la mano en azúcar, cucharada y media es lo que yo acostumbro.

—Así está bien —dijo él, y agregó—, no sabía que fumaras.

—No lo hago con frecuencia, solo cuando algo me preocupa.

—Bueno, ¿qué es eso que te preocupa que te tiene fumando?

—Nada de importancia.

—Desde que una cara tan hermosa como la tuya deja traslucir tanta angustia algo grave debe estar pasando.

—Ismael, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Las que quieras.

—En una relación sentimental, ¿qué es lo más importante para ti?

—La ternura y la sinceridad.

—¿En qué orden?

—No tienen orden, no pueden tenerlo. Deben darse al mismo nivel, no puedo aceptar una persona tierna pero mentirosa, como tampoco puedo aceptar la sinceridad en forma frívola, apartada de toda afectividad.

—Eso está bien.

—Para ti, ¿qué es lo más importante en una relación?

—Lo positivo que uno le pueda aportar al otro no importa cuánto dure, siempre que la sinceridad que tú pides y la solidaridad que yo reclamo estén presentes.

—Bueno, china, pero ¿a qué viene todo esto? ¿Tienes problemas con tu compa?

—Nada que no se pueda arreglar... No soporto la gente deshonesta, eso es todo.

—Por allá no me meto a escarbar y menos cuando veo esfumarse toda huella de alegría en tu rostro... te propongo una cosa, ¿por qué no dejas tus afanes para luego y me acompañas a una conferencia que van a dictar en Derecho? Creo que te puede servir, es sobre historia laboral.

—Me gustaría, Ismael, pero quedé de reunirme más tarde con unos compañeros y no puedo faltar. Pero ahora déjame proponer a mí algo. ¿Me permites acompañarte al gimnasio mañana por la tarde? Necesito prepararme para una pelea... ¿Quieres ser mi mánager?

—¡Qué dices!

—No, de verdad, quiero ir al gimnasio, ¿me llevas?

—Claro, pero que no sea para prepararte para una pelea, conversa con él y verás cómo todo se arregla.

—Que tonto... para pelear con él no necesito prepararme. Oye...
—¿Qué?
—Gracias.
—¿Por qué?
—No sé, por mirarme así.
—¿Cómo?
—Con ternura y sinceridad.

El tropel es un manantial de posibilidades
para confrontar y contrastar las iras
y los odios, para aniquilar engaños,
para enterrar la tiranía y el autoritarismo

SECTAS

La noche transcurrió al ritmo de las discusiones. Los representantes de los diferentes grupos políticos exhibieron lo mejor de su sectarismo, viejas peleas se revolvieron al calor de discursos desembolsados del viejo baúl de los rencores, nadie estaba dispuesto a ceder. La lucha era contra la unidad, el análisis de la situación se perdía en el señalamiento de hechos imperdonables. La historia una y otra vez retomada cumplía una función inversa a la propuesta.

«Algunos compañeros están dando a entender que el problema de la representatividad se mide en los marcos del poder cuantificar la militancia, que nuestra organización resulta ser más un archipiélago, que una organización de masas, para esos compañeros que no entienden que el problema no es cuantitativo, sino cualitativo, nosotros les informarnos que en el plano del desarrollo de la vida política resulta más gratificante y honesto ser un archipiélago en el mar tormentoso de la revolución, que Groenlandia en el pacífico mar del revisionismo. No es nuestro interés aparecer como cabeza del movimiento, porque tenemos la cualidad de ser capaces de aceptar posiciones ajenas pero claras, pero tampoco estamos dispuestos

a ceder un centímetro a aquellos que, a través de la maquinación, quieren imponer posiciones confusas y desviatorias».

«Es indudable que el compañero sabe hablar por las heridas y tiene madera para héroe, pero compañeros, de buenas intenciones y de héroes está empedrado el camino del infierno... A los problemas políticos hay que darles soluciones políticas, nuestro partido ha dado claras muestras de honestidad, de entrega incondicional a la causa de los pueblos y por eso contamos con una aceptación total de nuestra gente. Nosotros no nos escondemos para hablar, no llevamos vida de alcantarilla, representamos los intereses de las clases desposeídas y por eso se hieren tanto los politólogos de cafetín».

«Me parece, compañeros, que nos estamos alejando del objetivo de la presente reunión, y que este tipo de discusiones es insolucionable, agota al movimiento estudiantil, entraba su acción, el problema acá tiene que ser tratado en los términos en que él mismo se desenvuelve, hay que tratar de exiliar estas discusiones políticas, no porque no sean necesarias, sino porque no son convenientes. El compañero afirma que a los problemas políticos hay que darles soluciones políticas y yo estoy de acuerdo, pero también los compañeros estarán de acuerdo conmigo cuando afirmo que siendo el movimiento estudiantil un gremio, la solución que hay que buscar a sus problemas es gremial».

«Yo no sé por qué los compañeros le temen a la discusión política, me inclino a pensar que no cuentan con los elementos suficientes para afrontarla con responsabilidad. Ese gremialismo retardatario y arcaico es el que tiene al movimiento estudiantil como lo tiene. La falta de una visión política global de la situación nacional es la que mantiene al estudiantado al margen de los acontecimientos. En un enclaustramiento inexplicable. La necesidad de articular el movimiento estudiantil a la dinámica general de la lucha de clases en nuestro país está al orden del día, nuestro sector se ha quedado en la

denuncia, en la agitación, en la estrechez del ámbito universitario, pero la vinculación real a los distintos sectores de la población es individual e insignificante».

«¿Qué organización política seria, qué grupos o qué grupúsculos responsables se han dado a la tarea de la formación de cuadros integrales para el movimiento estudiantil? Ninguno. Los activistas son más el resultado de su propia inquietud que de cualquier otra cosa y lo cierto es que todas las organizaciones que vivimos al interior del movimiento estudiantil trabajamos sin programa, sin dirección, sin sentido, la rapiña y el oportunismo son la forma y los principios del trabajo y ahora tratamos de cambiar ese comportamiento, de asumir una actitud racional frente a la vida universitaria, recibimos a cambio el señalamiento y el bombardeo permanente al trabajo. Nosotros invitamos, no a descartar el debate político, sino a pasar del nivel de la palabrería al hecho y no es saliendo a correr a las calles a convencer a los buenos y malos vecinos de que los están explotando, a explicar a los humildes trabajadores el significado de la plusvalía, no, no es así, ningún sector depone sus propios intereses en aras de los otros. Sí resulta muy bonito y hasta romántico la vinculación del movimiento estudiantil a los sectores populares, incluso llego a pensar que es necesaria, pero ¿con qué criterios debe hacerse? Una cosa es la solidaridad y otra muy diferente es el trabajo político. Eso le corresponde a las organizaciones políticas, no a nosotros como sector social».

«Hemos reunido acá tal vez lo más formado que tiene el movimiento estudiantil de la Nacional, independientemente de la militancia política que se tenga. Hemos estado divagando durante horas sobre múltiples problemas, la coyuntura por la que atraviesa hoy el sector de la salud nos ha puesto a meditar sobre la situación de la educación y el movimiento universitario. No obstante, lo que sale a la luz no va más allá de lo que se tenía claro, a la entrada

teníamos el compromiso histórico de dirigir el desarrollo de una lucha que apenas empieza y no hemos sido capaces de darle objetivos concretos a la misma. No hemos estructurado una línea de comportamiento definida capaz de arrastrar a esa gran masa de apáticos que militan a nuestro interior y que nosotros asustamos y espantamos en cada reunión. El tiempo ha ido pasando en medio de elocuentes y sencillos discursos, que dicen lo mismo que se ha venido diciendo desde siempre».

«Mi intervención es más bien una moción de procedimiento. Van a ser las siete de la mañana, propongo que se suspenda la reunión hasta las seis de la tarde y que a esa hora se continúe con el orden del día».

Los estudiantes se dispersaron, algunos tomaron directamente el camino a residencias, otros se dirigieron a la cafetería. La noche había sido larga, tan larga que aún estaba por empezar.

EL COMPAÑERITO

Clara se encontró con Manuel a la entrada de residencias femeninas. Estuvieron conversando un momento. Ella le informó que Omaira había salido temprano para el hospital y que regresaría hasta bien entrada la noche. Manuel se despidió y fue a buscar al Negro en el cafetín de matemáticas. Tampoco lo encontró, resolvió entonces ir a dormir un poco, se sentía desalentado, en los últimos días las horas de sueño habían sido pocas y mucho había sido el trabajo. Recorrió la Universidad con paso lento. Reflexionó sobre su vida de activista estudiantil y la que llevaba ahora como militante, cuánta diferencia había entre la una y la otra. Cuando llegó a la puerta del cuarto buscó en el bolsillo la llave hasta encontrarla. Al entrar halló dos notas en el piso; las recogió, un solo vistazo fue suficiente para saber de quién procedían:

No alcanzas a imaginar
la necesidad que tengo de ti, de tu sonrisa, de tu angustia,
de tus palabras... Cuánto deseo
alimentar mi vientre con tu ternura
y apagar esta sed

que me produce tu ausencia.
Tu compa.

La leyó dos veces más. La dobló cuidadosamente y la puso sobre la mesa, se sentó en la cama y meditó un momento, luego abrió la otra nota y dejó que la vista se escurriera por entre las letras.

Fantasma de mis fantasías
razón de mis angustias
son tan largas tus ausencias
tan cortas tus estadías
que no hay tiempo para verte
y desearte, feliz día.
Tu compa.

Levantó la cara y miró el calendario pegado a la pared, hacía ocho días había pasado la fecha de su cumpleaños y apenas ahora, gracias a esa nota, se percataba. Pensó un momento en Omaira y se sintió agradecido. Ella era la que lo relacionaba con ese otro mundo de detalles intranscendentes pero necesarios. Comenzó a desvestirse, sentía la necesidad de bañarse antes de dormir y así lo hizo. Después de secarse, se metió en la cama y se tapó, solo fue necesario que pusiera la cabeza en la almohada para que el hada misteriosa del sueño se lo llevara.

Unos golpecitos tímidos en la puerta lo despertaron. Ya había oscurecido, se incorporó hasta quedar sentado en la cama, preguntó quién era. La voz de Omaira lo saludó detrás de la puerta, se apresuró a abrir. Al entrar ella se sentó en la cama.

—¡Vaya, por fin! Te busco hace más de diez días.

—Sí, lo sé, pero...

—No, no trates de justificar nada, yo entiendo, solo que no termino de acostumbrarme.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien ¿y a ti?

—Más o menos. Leí tus noticas hace rato. Muy lindas. Gracias.

—No hay de qué.

—¿Qué hora será?

—Van siendo las once.

—¿Las once?

—Sí.

—¿Quién te dijo que había llegado?

—Clara. Me dejó una notica en la portería, la leí y me vine, tengo que hablar contigo.

—Bueno, te escucho.

—¿No me das antes un beso?

—Sí, claro.

Manuel se acercó para besarla. Ella se recostó en la cama y le abrió campo para que lo hiciera.

—¿Esta noche la vas a pasar acá, no es cierto?

Él asintió con la cabeza, se dejó caer un poco sobre ella y la besó profundamente. Omaira lo apretó con fuerza, dejó que sus manos jugaran con su pelo y se proyectaran suavemente sobre su espalda desnuda, lo sintió estremecer. Manuel la encontró tierna, dispuesta, se desprendió del beso por un segundo para susurrarle al oído algo que a ella le sonó a «te quiero», luego la despojó de la ruana, del saco, le desabrochó la blusa, en búsqueda de la redondez maravillosa de sus senos para incursionar después en cada rincón de su belleza. Cada beso, caricia o palabra los fue cubriendo de desnudez. Omaira no puso trabas, ni desperdició caricia; estaba tan ansiosa de poseerlo que lo fue arrastrando lentamente a la cúspide indefinible

de la sensación suprema, tanta necesidad acumulada, cada espera tuvo allí su desfogue.

—Omaira —dijo él—, he estado pensando que sería muy lindo que pudiéramos estabilizar esta relación, yo sé que no es mucho lo que puedo darte y que de pronto todo se reduciría a un mundo lleno de angustias. Sin embargo, tengo tanta necesidad de ti que pierdo la vergüenza para ofrecerte nada. Quisiera estar más tiempo contigo, que pudiéramos estudiar y trabajar juntos, trazarnos un proyecto de vida y sacarlo adelante a como dé lugar... Mira, yo sé que es difícil, pero es que siento una necesidad de ti que me viene creciendo desde hace tiempo. Vas a pensar que estoy loco... que son ocurrencias mías, que... No sé, es decir sí, pero no sé cómo decirlo... Mejor dicho son dos cositas las que tengo que decirte. La primera, quiero que te vengas a vivir conmigo en una piecita que he estado preparando para ti y que ya se encuentra lista; y la segunda... Bueno, si es posible y estás de acuerdo... quiero que me des un compañerito...

A Omaira se le humedecieron los ojos, una sensación extraña y grata le recorrió todo el cuerpo, sintió que la alegría le transformaba el rostro y que, sobre él, Manuel descargaba una lluvia de besos. Le tomó la mano y la condujo lentamente hasta su vientre, se le escapó un beso y entre mordiscos y palabras le murmuró al oído: «Acá, hace días crece un compañerito». Manuel sintió entonces que su vida se diluía en la de ella dando paso a un amor cada vez más grande.

HUMO Y FRÍO

Dos horas después de haberse iniciado la reunión no parecía ir mejor que la noche anterior, los enconados debates levantaban los ánimos de los asistentes. Un complejo mundo de palabras y razones mil veces expuestas daban la impresión de estar enredándolo todo. Como si la reunión tuviese leyes propias, en cada periodo determinado de tiempo se producía un ciclo recurrente de discusiones que fue agotando a la gente. Algunos se fueron quedando dormidos para reemplazar posteriormente a los que se quedaban discutiendo, otros viajaron en naves de humo de cigarrillo a un mundo de fantasía, sin contradicciones, perfecto y siempre soñando. Cuando la primera hora del día comenzó a correr, se inició el concierto de los bostezos, la danza del acomode. Alguien, desde una esquina, entre dormido y despierto, tomó la palabra para decir el discurso que hacía rato había dicho; fue entonces cuando la voz de un estudiante que permanecía lúcido se escuchó diciendo: «Compañeros, no podemos seguir eternamente discutiendo sobre problemas que si bien son importantes no tienen una solución al alcance de la mano, yo creo que debemos intentar bajar de la nube de la especulación teórica y tomar con más responsabilidad los acontecimientos que se avecinan; de la

forma correcta como se planifiquen y se orienten depende en gran parte que el presente movimiento sea victorioso». En otras condiciones es posible que la protesta se hubiese manifestado en forma inmediata, pero el cansancio había ido haciendo mella en cada uno de los asistentes y la posibilidad de una salida rápida tuvo acogida. Las propuestas se fueron encadenando unas tras otras, la actividad comenzó a materializarse, se hizo una discusión formal del trabajo en la que todos se comprometieron a cumplir.

El frío penetrante de las tres de la mañana se entretuvo con el carraqueo y las bromas de los estudiantes que bajaban presurosos a dormir a residencias.

El tropel es una invitación
a vivir esta única vida intensamente
en forma colectiva y trascendente
a experimentar placer
con lo que se hace
a volverse adictos del saber
de la lectura crítica
amantes de las bibliotecas y los libros
leídos desde las necesidades de la gente

LEER, SOLO UN PRETEXTO

Sentada sobre la mesa de concreto, con la luz de la lámpara sobre el libro, Gloria leía en voz alta, mientras Ismael, que parecía estar atento, daba rienda suelta a su imaginación.

Su proximidad lo perturbaba, día a día el cariño que sentía por ella era mayor y a veces temía no ser capaz de controlarlo.

—Me parece que Marx acierta en la racionalización que hace de la Comuna, sin embargo... —comentaba Gloria sobre lo leído— creo que... ¡Ismael!

—¡Sí! ¿Qué?

—¿Me estás poniendo atención?

—Claro.

—Si estás cansado podemos dejar de leer.

—No, sigue.

—Mejor dejemos acá, te noto extraño. ¿Te pasa algo?

—No, nada. ¿Que podría pasarme?

—No sé, por eso te pregunto.

—¿Por qué no nos tomamos un tinto y conversamos?

—Claro, si eso es lo que quieres...

Ismael se paró de la silla en que se encontraba sentado, fue hasta el otro extremo de la mesa, sacó de debajo de ella una olla pequeña, conectó el reverbero eléctrico y salió a buscar agua. A su regreso colocó la olla sobre el reverbero y volvió a sentarse. Gloria, que había continuado leyendo, levantó la vista y se encontró con su mirada.

—Creo que empecé mal —dijo. Generalmente cuando uno comienza a trabajar a un compañero lo entusiasma con literatura de militancia, novelas especialmente, pienso que debería hacer lo mismo contigo. Llevamos tres días estudiando el Manifiesto y sé que si te hago alguna pregunta no sabrías qué contestarme... Claro, la culpa no es tuya, sino mía, no tengo método y cuando esto ocurre uno termina cansando a los compañeros... ¿Probamos de nuevo?

—No funcionaría de todas maneras, no porque no tengas método, sino porque no me nace estudiar eso, no le veo aplicación.

—Eres de una sinceridad que ofende. Claro, es muy difícil verle aplicación cuando se está estudiando solo por saber. Cuando se une al estudio el trabajo práctico, este adquiere sentido y lo que lo obliga a uno a estudiar son las necesidades que van surgiendo en él. Es muy difícil entender la plusvalía lejos de la vida de los obreros, el hambre lejos de los hambrientos, sentir frío cuando se tiene abrigo, ¿entiendes?

—Sí, creo que sí.

—A mí me gustaría, de verdad, poderte ganar para nuestro pueblo, pero no te puedo obligar a trabajar, si no quieres...

Ismael se quedó en silencio, la miró a los ojos y la vio triste, imponente, se sintió culpable pero no le nacieron palabras para decirle nada.

Gloria se incorporó, sacó del bolso un libro y se lo tendió:

—Léelo, de pronto te gusta —dijo. Él echó un vistazo rápido: *Pan duro y negro* leyó, la miró de nuevo y le dio las gracias.

—Creo que se me hizo tarde, tengo que ir hasta Diez de Mayo y siempre está lejos —dijo Gloria.

—¿Y el tinto? —preguntó él angustiado.

—Otro día —contestó ella.

—¿Te puedo acompañar?

—Si quieres...

Ismael desconectó el reverbero, apagó la luz de la pieza, pero dejó la lámpara encendida. Al salir se cruzó la bufanda, bajaron las escaleras en silencio, buscaron la puerta de salida. Atravesaron el *hall* de Gorgona y tomaron el camino espacioso que lleva hasta residencias femeninas. Ella lo cogió del brazo y se le pegó al cuerpo. «Está haciendo frío» murmuró, y él se sintió agradecido con el clima.

PARTIR

Omaira se encontró con Clara en residencias. Estaba totalmente transformada, como si alguien le hubiera inyectado vida que ella reflejaba en una alegría y entusiasmo contagioso.

—Nos vamos a ir a vivir juntos, Clara.

—No sabes cuánto me alegro, sobre todo por tu estabilidad emocional. ¿Cómo tomó lo del niño?

—Bien, ni siquiera tuve que decírselo, me pidió que le diera un hijo antes de que yo le comentara nada.

—¿Desde cuándo te vas a ir?

—Vengo por la ropa y los libros, él quiere que lo hagamos desde hoy.

—¿Por qué tan rápido?

—No, no es rápido. Él ya lo estaba preparando desde hace meses, solo que no había dicho nada.

—¿Vas a entregar la pieza?

—No. Quiero tenerla ahí por si se necesita para algo. Aunque creo que va a ser difícil que la pueda utilizar ahora que empiece a crecerme el vientre.

—¿Pero vas a seguir estudiando?

—Claro, ¿quién ha dicho que estoy enferma? Ahora tengo más vida que nunca. Voy a estudiar hasta el último día. Tengo que hacerme merecedora de Manuel, él ya no tiene que venir casi a la Universidad, está haciendo el trabajo de grado.

—A propósito, Omaira, ¿de qué van a vivir? Manuel sin haber terminado no va a conseguir trabajo fácil, si no se consigue siendo profesional mucho menos sin serlo.

—Él está trabajando unas horas en un centro de cálculo, le ha ido bien. Por ahora podemos vivir con lo que él gana y con lo que a mí me mandan de la casa, nosotros no necesitamos mucho.

—Ahora, pero cuando venga el niño...

—Para ese entonces Manuel ya habrá terminado... Yo tengo mucha confianza en que vamos a salir adelante a como dé lugar. Clara, yo lo único que necesito es su cariño y su compañía.

—Yo sé, Omaira, pero eso no alimenta... el cuerpo, digo yo, porque el espíritu se nutre bien con palabras, pero el organismo necesita de alimento.

—Te pareces a mi mamá cuando hablas así.

—Muy seguramente, pero es que tú no has vivido una crisis por necesidades económicas.

—Ya verás cómo se afronta.

—Omaira, me gustaría que me hicieras un favor, así muy personal... Si algún día llegas a necesitar de algo o de alguien no olvides recurrir a nosotros.

—Lo haré, Clara, gracias.

—¡Ah! Otra cosita, mientras yo te ayudo a empacar las cosas quisiera que fueras hasta Gorgona y te despidieras de Álvaro.

—¿Álvaro?

—Sí, a él le agradaría mucho que lo hicieras.

Omaira subió las escaleras de Gorgona hasta el tercer piso. Cogió el largo corredor y buscó la habitación que Álvaro compartía

con otros compañeros, vio que la puerta estaba entreabierta y la empujó suavemente. Álvaro se encontraba solo, sentado de espaldas a la puerta dándole la cara a la ventana. Estudiaba. Omaira caminó en la punta de los pies tratando de hacer el menor ruido posible, se le acercó lo más que pudo y le recubrió los ojos. No dijo nada. Instintivamente Álvaro levantó las manos para tomar las de ella.

—¿Clara? —preguntó, pero no encontró respuesta. Estuvo un momento en silencio tratando de adivinar de quién se trataba. No eran muchas las amigas que tenía que lo visitaran en la pieza, solo tres, pensó: Clara, Omaira y Ana.

—¿Omaira?

Las manos comenzaron a ceder y un beso se depositó en la mejilla.

—¡Hola! ¿Estudioso?

—¿Qué hubo? China, qué alegría verle.

—Lo mismo digo yo... ¿qué lees?

—Preparo un parcial... Academia.

—¡Ah! ¿Cuánto te falta para terminar?

—Contando con que no cierren la U, este semestre. Lo demás es el proyecto. Bueno, cuéntame, ¿has visto a Manuel?

—Sí, anoche estuvimos juntos, conversamos un poco...

—Qué bien, ¿cómo está?

—Bien... creo que bien, esa fue la impresión que me dio.

—Ven, siéntate, ¡qué falta de cortesía la mía! ¿No dijo si ya le había comenzado a trabajar el proyecto?

—Creo que sí, pero no hablamos de eso.

—¿Conversaron lo de mi ahijado?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Se puso contento.

—Era de esperarse... ¡Ah! Ahora que recuerdo, te tengo por acá un regalito. Me mandaron unas cosas de la casa y las quise compartir

contigo. Mira, son arepas de maíz con queso. Te van a gustar, las preparó la vieja y no hay en el departamento nadie que las prepare tan ricas como ella.

—Gracias, Álvaro.

—Además una cuajada, y estas ciruelas.

—¿Qué vas a dejar para ti?

—El cariño de mamá y el agradecimiento tuyo.

—Oye, sabes que hasta ahora me fijo en ti, bueno, digo en esa parte humana y solidaria que tienes, eres un buen amigo.

—Gracias por el cumplido.

—No, no es un cumplido, es un reconocimiento verbal. Álvaro, ¿dónde conseguiste este libro?

—¿Cuál?

—*La siembra de Camilo*.

—Me lo trajo una compañera, tú no la conoces, se llama Ana. Es inquieta y activa.

—¡Ah!

—¿Por qué?

—No. Solo que fue el primer libro que me dio Manuel.

—¿Te trae recuerdos?

—Sí. ¿Te gustó?

—No lo he leído. Pero en estos días voy a hacerlo antes de que empiece a tomarme la lección...

—Léelo, es bueno, muy formativo. Ahora tengo que darte una noticia que te va a alegrar mucho.

—A ver, de qué se trata.

—Me voy a vivir con Manuel.

Álvaro sintió que un nudito se le formaba en la garganta, un calor extraño se le subía a la cabeza y le nublaba los ojos, mil ideas atravesaron su mente a la velocidad de un relámpago. Caminó hasta

la ventana para esconderse de la mirada de Omaira, mientras fingiendo estar alegre exclamaba:

—¡Vaya! Eso sí es una buena noticia. ¿Cuándo lo decidieron?

—Anoche.

—Bueno, habrá que buscar un día para celebrarlo. ¿A partir de cuándo te vas?

—Ahora más tarde.

—¿Quieres que te ayude con algo?

—No, Álvaro, gracias. O sí, ¿me acompañas hasta femeninas?

—Ni más faltaba, vamos.

La brisa les golpeó la cara al salir. Álvaro se sintió respaldado por el ambiente, la perturbación fue dándole paso a la nostalgia que se hizo tan grande como la felicidad que ella sentía. Omaira habló todo el tiempo, hizo planes y promesas que él aprobó con una risa parecida al llanto. Un beso en la frente selló la despedida.

El tropel es la ciencia y la tecnología
en manos de guerreros altruistas
de incansables arquitectos
del paraíso a ganar
de bienestar y felicidad

DESEO Y COMPROMISO

Desde las seis y media de la mañana los buses comenzaron a descargar estudiantes sobre las entradas de la veintiséis y la cuarenta y cinco. La cafetería central y la vieja cafetería de las residencias Uriel Gutiérrez repartían el desayuno, aún no se vivía el ambiente de expectativa general que dos horas después se iniciaría. Juancho y el Mono se apresuraron a comprar los tiquetes y a coger las bandejas, buscaron una mesa donde sentarse y se dieron a la tarea de consumir el desayuno: dos huevos, caldo de papa, café y pan. Las variaciones eran intranscendentes de un día a otro: del café a la avena, de esta al chocolate, cuando más algún día por alguna equivocación aparecía a la hora del desayuno la carne, para recordar su existencia.

—Aquella china que está allá, es mucho gustarme —le dijo Juancho al Mono.

—Pues vaya dígaselo.

—¡No sea pendejo!

—El pendejo es usted que no se lo dice.

—¿Cómo quiere que se lo diga si no la conozco?

—Pues sencillo, se para, va hasta la mesa y le dice: señorita me presento, soy Juan, un profundo admirador de su belleza, encanto y colorido. La notifico de que usted me gusta. Eso es todo.

—Sí, ¡qué chiste!

—Entonces camine, se la presento.

—¿La conoce?

—¿Quién necesita conocerla?

—Mono, con usted no se puede hablar en serio.

Recogieron la bandeja y salieron de la cafetería. Caminaron despacio hasta el cafetín de Sociología, pidieron dos tintos y se sentaron en una de las mesas. El Mono encendió un cigarrillo, lo aspiró profundamente y formó con el humo una cadena de coronitas. Juancho se puso a mirar a través de la ventana el edificio de Ciencias Humanas, descubrió un par de consignas desconocidas pero la mirada la fue arrastrando el paso de la joven de cafetería hacia residencias.

—¿Cómo cree que va a salir la marcha hoy? —preguntó el Mono. Juancho estaba tan distraído que ni se percató de la pregunta, el Mono lo volvió a mirar y lo notó distante. Le entró la romántica —pensó— pero no volvió a preguntar.

La imagen de la joven se le perdió a lo lejos, volteó la cara y se encontró con la mirada inquisidora del Mono.

—¿Cree que la gente responda a la movilización? —preguntó.

—Eso mismo le acabo de preguntar, pero como anda recorriendo los caminos de Cupido, pensé que no le importaba. Yo creo que bien, se ha hecho bastante agitación.

—Esperemos que la gente responda.

—Lo va hacer.

—¿Mono, usted alguna vez se ha enamorado de una imagen?

—Sí, creo que sí. De mi maestra de física. Fue una vaina así como medio cagada. Me trajo muchos problemas. No me podía concentrar,

me volví torpe, nunca le dije nada, además... pues la idealicé, la concebí como no era.

—Sí, eso pasa generalmente. Uno quisiera a veces hablar de cosas que resultan pueriles para muchos, pero no lo hace por temor a que lo tomen por cursi. ¿Cree que el amor es cursi?

—El amor no, el ropaje que le ponen es el cursi.

—Yo sé que con usted puedo hablar de estas cosas, de pronto con Ismael, aunque es un mundo aparte del de nosotros. Pero dígame, ¿lo podría hacer con Antonio?

—Yo pienso que sí.

—No. Antonio considera todo tipo de relación ajena a lo político como un sobrante. Creo que uno no tiene que ser casto por tratar de ser revolucionario, el organismo mismo independiente de la voluntad tiene sus propias necesidades, que además son biológicamente naturales. ¿O cree que debo sentirme contrarrevolucionario porque se me produce una erección que trato de evitar y no puedo? Yo creo que no se puede vivir en ese estado permanentemente de represión sexual.

—Lo mismo pienso yo... Si cada compañero tuviese su compañera, el rendimiento del trabajo, el estudio y el de todas las actividades sería mayor.

—El problema está en conseguir tantas compañeras como compañeros haya y, además, que esa compañía tenga sentido, porque no es contar con compañía solamente, sino que haya unidad e identidad de criterios, de lo contrario la relación en lugar de ayudar, obstaculiza.

—Sí, eso es cierto. Una china pequeño-burguesa simpaticona lo puede poner a mirar a uno para el lado contrario. La línea colchón hace más daño que la represión.

—Claro, es un problema de formación, pero se da. ¿Qué valen los argumentos frente al hambre? Nada.

—Hay una frasecita del Che que apunta a esta situación, además de que reivindica el carácter del militante: «El revolucionario está movido por sentimientos de amor, unir a ese sentimiento una mente fuerte y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo». Nosotros solo hemos tomado la mitad de la frase a medias, hemos reprimido la sensibilidad en aras del sacrificio y eso no es en ningún momento correcto. El revolucionario merece amor más que nadie, pues la vida que lleva así lo exige.

El Santandereano y Antonio entraron al cafetín, fueron al mostrador y compraron cuatro tintos; cada uno portando de a dos fueron a sentarse al lado del Mono y Juancho.

—¿Listos? —preguntó Antonio.

—Sí —contestó Juancho.

—A las ocho comenzamos a agitar. Hay que arrastrar a toda la gente hacia la plaza, ahora viene el Negro con el megáfono; acá traemos unos comunicados que sacó la Coordinadora. A nosotros nos toca el sector de Agronomía, Veterinaria, Idiomas, Contaduría, Sociología y Ciencias Humanas. Yo pienso que debemos empezar por Agronomía y venimos arrastrando a la gente.

—¿Quién agita en Derecho?

—La gente de Medicina, lo mismo que en las Ingenierías. Economía tiene su propio comité. Parece que la vaina va bien.

—¿Quién va a agitar con nosotros? No vamos a hacerlo los cinco únicamente.

—Claro que no. Los comités de carrera se irán uniendo a la agitación.

Ismael entró cargando el megáfono, se acercó a la mesa en la que estaba el grupo y se lo entregó.

—El amigo ese de ustedes, que llaman el Negro, llegó esta mañana a la pieza a entregarles esto. Como no los encontró me pidió

el favor que se lo trajera, no puede venir, se le presentó un problema, que hablan por la noche.

—Gracias, hermano —contestó el Mono.

—Bien, nos vemos.

—¿Qué le pasaría? —preguntó el Santandereano.

—Quién sabe —dijo Antonio—. Nos vamos, el día promete ser largo.

La agitación comenzó a desarrollarse en todas las facultades. Los grupos pequeños que la iniciaron se fueron haciendo cada vez más grandes, la gente iba respondiendo poco a poco a los esfuerzos. Una inmensa masa de estudiantes comenzó a concentrarse en la plaza «Che». Las delegaciones de las distintas carreras portaban pancartas y bombardeaban todos los rincones de consignas. Pronto la plaza estuvo llena. Desde la plataforma en que se levantaba el pedestal que antes sostenía la estatua de Santander un estudiante del comité de la salud saludó a la multitud. Como si se tratara de una síntesis expuso los problemas generales de la Universidad y fue articulando los particulares. La concentración iba tomando cada vez más fuerza. La exposición frecuentemente se veía interrumpida por las consignas.

«Un compromiso histórico tiene que cumplir el movimiento estudiantil de la Nacional en este día, una lección de combate tiene que dar a las generaciones venideras. La lucha es por la vida y el estudio. Estamos plenamente convencidos que solo cambiando el sistema habrá salud para el pueblo, educación, empleo, vivienda y bienestar general. Entendemos que es una lucha larga que no estamos empezando, sino continuando; que cumplimos nuestro compromiso con el cambio social como sector que somos y que marchamos al ritmo que nos impone la lucha de clases», decía el orador mientras comenzaban a impacientarse los primeros caminantes.

«¡Marcha! ¡Marcha!», empezó a escucharse desde distintos puntos de la concentración y a ese llamado se fueron sumando cientos de voces. Los organizadores le fueron dando forma a la marcha, la madeja fue desenrollándose en dos filas, la cabeza cogió hacia la calle Veintiséis conforme a lo planificado. En una inmensa pancarta que portaban los estudiantes de la salud se leía:

«Universidad Nacional de Colombia: La salud no se mendiga, se arranca al calor de la lucha popular. Solo cambiando el sistema habrá salud para el pueblo. ¡Facultad de Medicina presente!».

Los estudiantes comenzaron a regarse a todo lo largo de la Veintiséis; cuando los primeros alcanzaban la Caracas, hasta ahora los últimos comenzaban a marchar. Dos colas interminables abarcaban cuadras y cuadras. El tráfico se alteró, lentamente se fueron formando nudos. Más de diez mil estudiantes, uno detrás de otro, iban despertando la simpatía popular. Los más hábiles con la palabra se encaramaban en las cabinas de los buses o abordaban los carros informando a la gente. Los colores de los semáforos perdieron su razón de ser. Desde los altos edificios, los oficinistas saludaban la marcha con pañuelos; el respaldo popular era evidente. Las fuerzas del orden se movían presurosas por las vías paralelas, a la expectativa. Las motos de los ubicadores revoloteaban de un lugar a otro. La Coordinadora mantenía el orden. La marcha avanzaba incontenible entre consignas y aplausos. El pacto de los anarquistas se cumplía a medias, algunos dejaban caer grapas que los otros recogían para guardar en los bolsillos. Al llegar a la calle Veintitrés con carrera Décima la marcha se desvió hasta la Séptima para ir por allí directamente a la Gobernación.

De las gargantas comenzó a salir la voz con más fuerza. Las consignas se hicieron más violentas, un mundo de expectativa general y de exigencia se juntaron para darle a esa vía principal una atmósfera de reclamo justo. Cordones de policía vieron pasar la marcha

sin inmutarse ante su presencia. Dos intervenciones de información y denuncia recogieron el sentir general del estudiantado frente a las súper protegidas instalaciones de la Gobernación. Todas las voces en un solo grito de protesta hacían vibrar los ventanales del inmueble, detrás de los cuales los empleados y burócratas observaban temerosos el desarrollo de los acontecimientos. Lentamente la marcha, para tranquilidad de muchos, comenzó a escurrirse por la Jiménez hacia la Décima y por esta al hospital.

Algunos estudiantes fueron desertando a lo largo del recorrido, pero el grueso que llegó al hospital y entró en él por la puerta principal, era considerable. Una pregunta rondaba la cabeza y la boca de los organizadores: «¿y ahora qué?». Después de hacer consenso sobre algunas propuestas uno de los organizadores habló: «Nadie puede poner en duda el triunfo que representa para el movimiento estudiantil la marcha que acabamos de realizar, menos cuando, dando muestra de disciplina y entereza, hemos enarbolado la bandera de la defensa de los intereses de nuestro pueblo y hemos sentido su respaldo incondicional. Es, pues, el momento oportuno de crear comisiones para que se desplacen a los barrios, fábricas, colegios y universidades a informar y denunciar la situación por la que atraviesa el principal centro asistencial de Bogotá, es la hora de buscar apoyo y preparar el camino de nuevas jornadas».

Los estudiantes iniciaron nuevamente su retiro del hospital. Grupos pequeños se fueron a cumplir la tarea mientras la mayoría se incorporaba a la rutina cotidiana. Por ahora, la primera batalla se había ganado, pero la incertidumbre general de ¿qué hacer? agobiaba a los que espontáneamente dirigían.

ZENÓN

—Ayer lo estuve buscando en la facultad —le dijo Manuel al Negro.

—No fui a la Universidad, estuve en uno de los barrios levantando lavaderos. Fíjese, hermano, que hay una compañera que no aguantaba el dolor de cintura, ella se gana la vida lavando ropa a estudiantes y por ahí a empleados que viven solos. Un día que fuimos a recoger unas mudas, la encontramos así como medio llevada del verraco. El loco con el que yo iba le dijo: «Mire, señora, lo que usted necesita es mandar a levantar el lavadero un poquito, porque está trabajando muy agachada, si quiere consígase una docena de bloques que aquí el Negro pone el cemento y la arena, yo el trabajo, y le construimos un lavadero anatómico y quién dijo miedo». El sábado siguiente cuando fuimos por la ropa la señora tenía el material listo. El loquito se fue quitando el saco y manos a la obra. En dos horas levantamos el lavadero y adiós dolor de cintura. La viejita nos pagó haciéndonos propaganda entre las vecinas, la moda fue levantar lavaderos, total a eso me he estado dedicando estos días.

—Bueno, hermano, tenemos un problema serio que es necesario solucionar. ¿Usted conoce al Mono Darío?

—No.

—Es un compañero que desde hace bastante viene trabajando con la «empresa», pero antes de hacerlo militó con la Anapo. Resulta que con la aparición de la gente que tomó la espada de la Quinta, que parece salieron de ese sector, lo anda buscando la repre. La compañera me dijo que el servicio de inteligencia del Ejército lo fue a preguntar a la casa. El hombre anda realizando una tarea en Bucaramanga. El problema que tenemos es que Darío vive en una casa de inquilinato en San Cristóbal Sur y tiene unas armas guardadas ahí, que debemos sacar antes de que lo allanen.

—¿Por qué no las saca la compañera?

—Primero porque cree qué están vigilando y segundo porque está enferma, una infección en los riñones que casi la tiene paralizada.

—En concreto, ¿qué propone?

—Que usted y el compañero Zenón recojan las armas y las lleven a un lugar seguro.

—Listo, ¿cuándo hay que hacerlo?

—Esta noche.

—¿En qué las vamos a movilizar?

—A pie. No hay vehículo disponible y el sector no se presta para hacerlo en carro.

—¡A pie!... Bueno, pues si no hay otra forma, qué le vamos a hacer. El otro problema es que yo no conozco a Zenón, he oído hablar de él pero nada más.

—Es un compañero que llegó hace poco del campo con paludismo. De los viejos militantes de la organización que aún quedan, un poco extraño pero buen tipo.

—¿Cómo hago para comunicarme con él?

—Tome esta revista, vaya a las siete de la noche al SENA de la Caracas y párese frente a la puerta. Colóquese la revista debajo del

brazo derecho y espere que le pregunte si por ahí pasa un bus que vaya a San Cristóbal Sur, contéstele que tiene que subir a la Décima, ese es el compa.

—Está bien.

—Bueno hermano, no se le olvide la vaina del sábado en el barrio.

—No, tranquilo.

El Negro regresó a la Universidad por la tarde, se cambió de ropa y fue a comer a la cafetería temprano. Después de charlar con Manuel le había entrado la angustia que le producía ese tipo de tarea, el miedito ese de no saber qué pueda ocurrir, no es fácil cargar armas como están las cosas. Muchas requisas se están realizando en estos días y más en un barrio como ese, pensaba el Negro. Trataba de darse confianza, pero de todas formas el estómago siguió produciéndole gases y la vejiga hinchándose. A las siete en punto se cuadró frente a la puerta del SENA con la lejana esperanza de que el compañero Zenón no se apareciera, pero no fue así.

—Dígame una cosa joven, ¿el bus que va para San Fernando pasa por acá?

La pregunta tomó forma en su mente antes de producir repuesta alguna. ¿San Fernando? ¿Se habría equivocado Manuel? Ambos eran santos, pero uno era Fernando y el otro era Cristóbal... Tartamudeó un poco antes de contestar como ganando tiempo.

—¿San Fernando? —preguntó como para confirmar que la respuesta que podía dar era la misma, pero si se equivocaba de persona le resultaría fatal... Optó por variarla un poco para esperar por si algún otro aparecía.

—Sí señor, creo que hay uno que va por toda la avenida Caracas hasta la calle Sesenta y ocho.

—Gracias —dijo el señor y caminó unos metros para pararse a esperar el bus; el Negro se quedó mirándolo—. Ese puede ser —dijo. Le calculó unos cuarenta y cinco años y le vio pinta de campesino.

Miró a todas partes y no vio a nadie con intención de acercársele. Esperó otro momento, lo volvió a mirar, pensó que definitivamente ese era. Se sintió culpable por haber cambiado la contraseña, pero pensó que a él tampoco le habían dado la clave correcta. De pronto, Manuel le había dicho San Femando y él había escuchado San Cristóbal. Malparidez esta de no estar en lo que se está, maldijo.

—Perdón joven —escuchó de repente. ¿Usted no sabe si por acá pasan los buses que van para San Cristóbal Sur?

Volteó la cara y se encontró con un rostro cansado y enfermo, pero más joven de lo que se imaginaba.

—No señor, tiene que subir a la Décima —se apresuró a decir.

No le vio cara de campesino, más bien lo encontró parecido a uno de los obreros de la fábrica de calzado del barrio.

—Mi nombre es Zenón —continuó el recién aparecido.

—A mí me dicen el Negro.

—Debe cambiarse ese apodo por un nombre de guerra —sugirió Zenón.

—Sí, claro —dijo el Negro.

—¿No le gusta Cristóbal? —preguntó Zenón.

—Creo que me gusta más Fernando —respondió el Negro mientras veía al viejito encaramarse en el bus.

—Lo bueno que tiene el bautizo de guerra es que usted puede escoger el nombre que más le agrade.

—Es cierto.

—Me retardé un poco, apenas me estoy acostumbrando a desplazarme solo. La ciudad hay veces que resulta más complicada que el campo —dijo Zenón mientras se encaminaba a tomar el bus en la Décima.

—Debe sucederle lo mismo a uno allá —comentó el Negro.

—La tareíta que nos encomendaron parece sencilla, vamos a ver cómo resulta. ¿Conoce el sector?

—Sí, he estado en ese barrio varias veces, pero en otro plan.

—Visitando la novia me imagino.

—No, de paseo únicamente, compañero. ¿No cree que estando usted recién llegado del campo no le debían encomendar estas tareas?

—A mí no me la encomendaron, yo me ofrecí.

—¡Ah! De todas formas, pienso que no es prudente.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque no es su medio natural.

—Sí, es posible, pero como voy a tener que pasar unos meses en esta ciudad lo mejor es que me vaya acostumbrando.

Se subieron a un bus que marchaba repleto de pasajeros, el Negro pagó los pasajes y le hizo señas a Zenón para que se fuera corriendo hacia atrás. El recorrido fue lento y angustioso. Pisones, empujones y manoseos se repartían a diestra y siniestra. Al fin llegaron. Al bajarse del bus Zenón sacó un papel dentro del bolsillo de la camisa y lo miró.

—Esta es la dirección —le dijo al Negro mientras le entregaba el papel.

—Es a unas tres cuadras de acá.

Caminaron despacio por las empinadas calles. Zenón comenzó a toser, sacó un pañuelo y se cubrió la boca. El Negro guardó silencio, se puso a observar las placas colocadas sobre las puertas, buscó el número hasta encontrarlo.

—Es aquí —dijo.

Zenón miró alrededor, vio un grupo de niños jugando con una pelota de caucho en el único pedazo plano que tenía la calle y una tienda en la que, en torno de una mesa de madera llena de cerveza, departían dos hombres y una mujer, aparentemente inofensivos. Un par de matronas sentadas en la entrada de una casa los miraban con curiosidad, una mujer bajaba con un niño pequeño de la

mano con rumbo desconocido. La calle estaba a medio alumbrar, lo que daba a los cuadros anteriores un aspecto extraño.

—Golpee —dijo Zenón.

—¿Por quién pregunto?

—Por Lucía.

El Negro descargó los nudillos de los dedos tres veces sobre la puerta y esperó respuesta, al no hallarla insistió de nuevo. Sintió que alguien se acercaba desde el interior de la casa.

—¿Quién es? —preguntó una voz infantil detrás de la puerta.

—Yo. ¿Está Lucía? —interrogó Zenón.

—No, ella no está.

—¿No sabe si se demora?

—No, señor.

—¿Hace mucho salió?

—No, hace poquito.

—¿Qué hacemos? —preguntó Zenón al Negro dando muestras de preocupación.

—Demos una vuelta y regresamos, a lo mejor salió por acá cerca a comprar algo. Manuel me dijo que está enferma. Venga, vamos a esa tiendita a tomar gaseosa.

—Sí, vamos.

Atravesaron la calle y entraron en la tienda. El trío de la mesa no les prestó atención. Desde un radio salía la música de un tango. Un hombre gordo con pinta de militar retirado los atendió.

—Dos gaseosas y un cigarrillo... ¿Fuma? —preguntó el Negro.

—No, gracias.

—¿Qué gaseosa toman?

—Una limonada para mí —dijo el Negro.

—A mí también —dijo Zenón.

El tendero se las despachó en seguida. El Negro sacó un billete y pagó. Se sentaron en una mesa desde la que se podía ver la puerta de

la casa de Lucía. Permanecieron en silencio escuchando la conversación de los de la mesa vecina.

—Mi sargento es un verraco —dijo uno—, él sí sabe cómo tratar a esa gente.

—Y le apuesto a que el televisor que tiene es de contrabando —repuso el otro. Ambos soltaron la carcajada, que acompañó la mujer con una risita nerviosa.

Zenón miró al Negro. Este contestó la mirada con un gesto de desagrado. Dejaron pasar algunos minutos, luego salieron.

—¿Qué cree? —preguntó el Negro.

—Pueden estar tomando nada más, pero también pueden estar vigilando. ¿Qué propone?

—No sé. Sin saber a qué hora llegue y ahora esto.

Caminaron hasta la esquina. Se pararon un instante mientras alguno de los dos decía algo. El Negro prendió un cigarrillo. Le dio paso a una mujer que llevaba un niño de la mano. Zenón se quedó mirándola, de pronto exclamó:

—¡Lucía! —ella volteó al instante.

—Sí —dijo.

—Manuel nos manda en su ayuda.

—Gracias a Dios. Los estoy esperando desde ayer.

—Manuel es a quien tiene que darle las gracias —dijo el Negro.

Ella no entendió. Caminaron hacia la casa, Zenón le comentó lo de la gente de la tienda. «Son unos vecinos» dijo ella, «pero de todas formas hay que tener cuidado». Sacó la llave y abrió el portón. La casa estaba en construcción. Era más un lote que una casa, solo la fachada le daba ese aspecto. En el interior tres piezas se acomodaban al fondo. Una enramada servía de cocina a uno de los lados. Enseguida una cortina cubría la puerta de lo que parecía ser un baño. Caminaron hasta una de las piezas atravesando un patio grande lleno de basura. Ella quitó el candado de la puerta y prendió

la luz. Una cama doble no muy bien arreglada se pegaba a una de las paredes. Un baúl grande de madera estacionado al lado de la cama hacía las veces de mesita de noche; una mesa y un par de asientos, todo lo que había. Al entrar el Negro sintió húmeda la atmósfera, miró las paredes pintadas con caliza y las vio mohosas.

—¿Qué es lo que tenemos que llevar? —preguntó Zenón. Lucía abrió el baúl y puso sobre la mesa tres escopetas recortadas calibre 12, seis revólveres y dos cajas de munición. Luego sacó de debajo de la cama dos tulas con prendas de uso privativo de las Fuerzas Armadas. Zenón miró las armas y la munición.

—Así como está esto no sirve para nada. No hay un solo cartucho para las escopetas, los revólveres no tienen parque y la munición que hay es para nueve milímetros. Si nos paran nos tocará agarrarlos a golpes.

El Negro lo miró preocupado. Lucía sacó otra tula y empacó las armas y la munición. Los cañones de las escopetas a pesar de estar recortados quedaban por fuera, ella los cubrió con una camiseta. El Negro tomó las dos tulas de ropa. Zenón se colgó al hombro la de los aparatos, salieron de la pieza rumbo a la puerta; al llegar, una mujer gorda de aspecto grotesco les impidió el paso.

—No, hijueputas, ustedes no se van a ir de aquí y me van a dejar con los problemas. Eso le pasa a uno por arrendarle a ladrones. Ustedes se esperan hasta que llegue la policía, ya la mandé llamar.

El Negro se puso pálido, miró a Zenón y a Lucía.

—Mire, señora —dijo Zenón—, solo vinimos a recoger unas cosas que son de nosotros y ya nos vamos.

—¡Sí, malparidos, ustedes creen que a mí me salieron las tetas de repente! De aquí no se van hasta que llegue la policía, ¡ladrones hijueputas!

—Doña Lucrecia —interrumpió Lucía—, ellos solo vinieron a llevarse unas cosas que les pertenecen.

—¡Usted no diga nada, puta desvergonzada! ¡Alcahueta! ¡A usted la conozco y a ese tetrahijueputa de su marido!

La palidez del Negro iba en aumento. Zenón tomó a la señora por un brazo y la hizo a un lado con fuerza. Lucía abrió la puerta en medio de la ráfaga de madrazos de la mujer. El Negro salió a la calle, mientras Zenón trataba de soltarse de la vieja que ahora lo abrazaba como un pulpo. Lucía lo ayudaba; cuando lo logró saltó a la calle donde el Negro lo esperaba. Lucía trató de frenar el empuje y la furia de la vieja impidiéndole salir. «¡Váyanse! ¡Váyanse!», les gritaba.

Los dos comenzaron a bajar rápido. Al llegar a la esquina el sonido de las sirenas de las radiopatrullas se fue haciendo cada vez más nítido, siguieron andando para alejarse de la casa. Al voltear una cuadra los vieron pasar por la carrera, se regresaron y siguieron por la que iban. Al finalizar la calle se encontraron con un potrero que conducía a la quebrada San Cristóbal. Una jauría de perros se les abalanzó. Trataron de espantarlos con las tulas, pero los ladridos llamaron la atención de la gente que adentro de las modestas casas se preparaba para dormir. Las cortinas se corrían una tras otra, dándole paso a rostros que en la penumbra de la calle resultaban fantasmagóricos. El ruido de las sirenas se hizo nuevamente cercano, Zenón y el Negro se fueron internando lentamente en el potrero, sin otra alternativa. Los perros retomaron al silencio mientras las radiopatrullas recorrían afanosas las calles.

El tropel es una guerra a muerte
a la mediocridad, a la pereza
a la cultura del desgano
y la negligencia

MENTIRAS

Orlando saludó a Gloria con el beso acostumbrado. Sintió instantáneamente la frialdad con que ella lo recibió. Se dio cuenta de que el tiempo que se proponía pasar con ella vendría cargado de reproches y señalamientos, pero guardaba la esperanza de que un diálogo reflexivo y autocrítico fortaleciera la unión; ya otras veces había ocurrido lo mismo y esta actitud había funcionado. Sin embargo, no sabía cómo clasificar este nuevo incidente. La evidencia del hecho era tal, que cualquier intento de justificación tendía al cinismo. Por alguna parte había que empezar la conversación y lo hizo por lo cotidiano, pero encontró monosílabos y frases breves y cortantes como respuesta.

—Me imagino que no hay forma de iniciar esta charla que no sea la de ir directamente al grano —le dijo.

—Te imaginas bien —respondió Gloria.

—La verdad es que no tengo cómo justificar mi actitud, sé que he obrado mal y estoy arrepentido. Sé que no es suficiente reconocer la falta y darse golpes de pecho, pero es lo único que puedo hacer.

—No, además puedes prometer no volverlo a hacer, como hiciste la vez pasada y jurármelo por la causa y por el pueblo que tanto amas.

—Eres dura...

—Soy sincera y la sinceridad siempre es dura para los deshonestos. A mí, en última instancia, no me preocupa tu comportamiento, pues en estos años que hemos andado juntos he aprendido a conocerte. Guardaba la esperanza de que cambiaras, que asumieras un comportamiento diferente ante las compañeras, que encontraras en mí la suficiente fuerza como para no buscar por fuera de nuestra relación la forma de llenar vacíos, pero no, todos los esfuerzos de mi honestidad contigo resultaron infructuosos, no tuviste ni el valor ni la entereza suficiente para decirme con toda claridad: «Compañera, usted no es la persona que yo busco».

—Gloria...

—No, déjame hablar que yo llevo seis años escuchándote mentiras, oyéndote hablar de amor al pueblo y a su causa, del hombre nuevo, de seguir el ejemplo de Camilo y el Che, de todas esas cosas grandes detrás de las cuales escondes tu catadura de farsante, de egoísta, de individualista.

—Eres injusta...

—Sí, claro que soy injusta. Haberte atado a mi vida por tantos años es un acto de injusticia, pero no contigo, sino conmigo misma. ¡No haber sido capaz de cortar de raíz este mal desde el principio es lo peor que pude haber hecho! ¡Tan sacrificado! No tienes un solo minuto de descanso. Toda tu vida entregada al servicio de la causa de los pueblos. Tanta entrega y tanta bondad no podían ser ciertas, aún me parece verme a mí misma reprochándome el no estar mejor preparada para poder colaborarte... Claro, compañero, ¡ve a cumplir con tus tareas que lo nuestro puede esperar, y sentirme orgullosa de verte marchar sonriente al sacrificio! ¿Cuál sacrificio? A sacrificar una compañera en cualquier lecho vecino, y una sufriendo para que le fuera bien. ¿No te parece compa que es mucha injusticia? Compañero, no despiertas amor, sino lástima. Oír hablar de la doble

explotación de la mujer en tus labios causa náuseas. ¿Con qué careta haces tus conquistas? ¿Mostrándote como un sacrificado o como un héroe? Eres tan machista como los burgueses, menosprecias la mujer tanto o más que ellos...

Orlando bajó la cabeza, sintió que una corriente de agua fresca le inundaba los ojos, trató de evitar que se desbordara, pero no lo consiguió. Quiso hablar y no pudo. Gloria continuó a marcha forzada su desahogo, le reprochó uno a uno sus comportamientos, le hizo sentir cada frase en lo más hondo de su ser.

—¿Qué le vas a decir ahora? Que te diste cuenta de que no la amabas y que fue solo hasta después de haberla poseído... ¿Vas a hacer lo mismo que hiciste con las otras? ¿La vas a poner a renegar de las organizaciones y sus militantes? No, compañero, no hagas más daño del que ya has hecho. Por mí no te preocupes, yo ya maduré lo suficiente como para soportar una crisis más... Dedícate a ella, algo tuvo que llamarte la atención y yo lo entiendo. Nunca esperé que compartieras tu vida conmigo por siempre, pero sí esperaba un mínimo de fidelidad. No de fidelidad cristiana, de esas que decretan en las iglesias el día del matrimonio. No, de esa no, de la que nace en el trayecto de la relación por una identificación en los trabajos y en los criterios. La fidelidad de militancia capaz de superar cualquier tentación. No porque sea mala, sino porque no es necesaria. ¿Entiendes? No, no creo que lo entiendas. Es demasiado sencillo para que lo hagas, compa. No tengo necesidad de perdonarte porque no se trata de eso, no alcanzas a saber cuánto te quiero... Y mira que aún te digo te quiero, de pronto sí soy injusta... Pero no puedo continuar con esto, lo siento. Te deseo suerte, mucha suerte y más a ellas.

Gloria se agachó un poco y le dejó un beso en los labios, le vio la cara húmeda y notó que sus ojos también se humedecían. Comenzó a caminar despacio hacia el interior de residencias. Orlando la sintió

alejarse. Pasaron unos minutos antes de que resolviera emprender el viaje hacia las «Camilo», se acomodó la bufanda y metió las manos entre la chaqueta. Desde la ventana de la pieza, Gloria lo vio pasar.

LA TOMA

Dos marchas más se realizaron después de la del lunes, pero la asistencia fue mermándose poco a poco. Los estudiantes de la coordinación, sumidos en profundas discusiones políticas, no le encontraban solución a los problemas o lo hacían en términos estratégicos. «Solo habrá salud para el pueblo cuando cambien el sistema». Era una verdad indiscutible pero inconquistable en el grado de desarrollo en que se encontraba la lucha de clases en el país. Todo se redujo a cambiar el sistema y al tratamiento táctico de la lucha. Quien no se inscribiera en ese proyecto resultaba reformista.

La desmovilización se vino a pasos acelerados, sin embargo, se persistía. Ese viernes a las diez de la mañana dos columnas de estudiantes marchaban sobre la calle Veintiséis. Serían unos mil doscientos estudiantes. Los marxistas libertarios lo hacían en bloque compacto con consignas propias y desentonada arrogancia. «Contra el poder burgués, poder obrero», gritaban. «Contra violencia reaccionaria, violencia revolucionaria». Gruesas bufandas tapaban sus rostros y por entre ellas salían las consignas cada vez con más agresividad. Los estudiantes llegaron hasta la calle Veintitrés con carrera Décima. Allí los esperaba un cordón de policía. Detrás de los escudos

de protección, escondiendo sus rostros entre los cascos y aferrados a sus bolillos, parecían levantarse como una muralla insalvable. La marcha se detuvo como a unos cincuenta metros. El silencio de los militares era contrarrestado por la fuerza cada vez mayor de las consignas. Armados hasta los dientes de buena voluntad, sudorosos de miedo y rebeldía, los estudiantes avanzaron algunos metros. Los uniformados permanecieron estáticos. Detrás del cordón de policía dos carros-jaula esperaban hambrientos. Como un susurro empezó a circular una orientación entre las filas estudiantiles: «En caso de que la policía arremeta, formar grupos pequeños y hacer en distintos puntos mítines relámpagos». La bestialidad de las fieras no se hizo esperar. Dos estallidos de lanzagases generaron una estampida de estudiantes en todos los sentidos. Grupos pequeños trataron de frenar la arremetida cubriendo la retirada de sus compañeros. Como si hubiese nacido de repente, la piedra comenzó a precipitarse por todas partes en forma de lluvia. Cuatro o cinco bombas molotov explotaron entre los uniformados. Los porteros y celadores de los edificios y almacenes se apresuraron a cerrar las puertas para impedir que se refugiaran los estudiantes, que de repente se sintieron cercados por carros, motos y escuadrones de policía. Rápidamente la carrera Décima quedó vacía. Los manifestantes fueron distribuyéndose por las calles, unos hacia la avenida Caracas, otros hacia la Séptima. Veinte minutos más tarde florecieron en distintos puntos de la ciudad gritos de protesta.

Los acontecimientos de esa mañana precipitaron los sucesos en el hospital. Los estudiantes del área de la salud, después de una reunión en la que discutieron la situación en que se encontraba el movimiento, para presionar resolvieron tomarse simbólicamente el hospital.

Ese día en la tarde los estudiantes de la Coordinadora se reunían en el auditorio Camilo Torres, para discutir los mecanismos a través

de los cuales podían colaborar con los compañeros que en el hospital resistían un cerco de la policía. Las condiciones habían cambiado sustancialmente, el gran apoyo de masa con que se contaba al comienzo del movimiento se había perdido. Solo quedaban los estudiantes del sector de la salud y un grupo de activistas políticos de las diferentes organizaciones. El enfrentamiento entre los diversos sectores se agudizó. Los inculpamientos se comenzaron a dar y los términos en que se hacían no eran los más fraternos.

—El guerrillerismo y el foquismo son los culpables de la deserción estudiantil. Ese radicalismo a ultranza es el que nos ha marginado de las masas —intervenía uno de los miembros de la Coordinadora en medio de chillidos y epítetos.

—Lógico es que cualquier movimiento bombardeado por el revisionismo mamerto que tenga que soportar no solo la arremetida de la represión, sino además la del oportunismo, tiene que estar condenado al fracaso. No hay que temerle tanto a los enemigos externos del movimiento, a los cuales uno les conoce la catadura reaccionaria y puede trazar formas de comportamiento para neutralizar, sino a aquellos que se mueven al interior del movimiento y están dispuestos a ejercer prácticas de antropofagia política, a violar todos los acuerdos y a asumir las posiciones más extrañas que se puedan dar, para presentarse después como los pronosticadores de desastres que han ayudado a crear. Aquellos son a los que hay que temer —intervenía furiosamente otro de los asistentes, despertando voces de protesta y aplausos.

—Yo creo, compañeros —exclamó una voz desde la parte superior del auditorio—, que este tipo de discusión no nos va a llevar a ningún lado. En estos momentos los compañeros de la salud tienen problemas en concreto por solucionar y nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, debemos colaborar. Darnos golpes de pecho y maldecirnos los unos a los otros no va a mejorar la situación, hay

que buscar una forma concreta de prestarle ayuda a los compañeros. Un compromiso que tienen ellos con el movimiento es garantizar que los pacientes hospitalizados gocen de la mejor atención posible, porque de lo contrario, cualquier incidente que se presente con alguno de ellos puede ser achacado fácilmente al movimiento. El otro problema es cómo se van a sostener si la policía tiene bloqueada la vía de acceso al hospital y la entrada de comida resulta imposible. Un grupo de compañeros tenemos una tarea de riesgo, nos gustaría coordinarla directamente con los que la van a realizar y el servicio de cooperación que es el encargado de facilitar la comida.

—¿Quiénes la van a realizar? —preguntó alguien desde el auditorio.

—Usted, compañero, si quiere, y todos los que deseen participar, pero después de que se ha escogido el grupo nadie más.

—¿En qué consiste la tarea, compañero?

—En llevarles comida.

—Sí, eso lo sabemos, pero, ¿cómo?

—Eso se discute con los compañeros que van a participar... Aun cuando nosotros creemos que es algo que no se debe plantear acá, lo hacemos teniendo en cuenta que después no se vaya a decir que se están realizando cosas a espaldas de la Coordinadora.

La discusión cambió de rumbo. Se hizo una división del trabajo conforme a las tareas que la Coordinadora debía realizar. Se conformaron brigadas para que agitaran el problema en los barrios. Se crearon comisiones para que investigaran sobre la situación, el número y paradero de los detenidos resultantes de los acontecimientos de esa mañana, para que conversaran con las directivas de la Universidad y colaboraran con los estudiantes que se encontraban en el hospital. Al finalizar la reunión cada grupo salió con la intención de cumplir su cometido.

—Oiga, Mono, ahora explíqueme, ¿cómo es que vamos a hacer para introducirles comida a los del hospital? —le preguntó el

Santandereano mientras caminaban hacia residencias después de haber comido en la cafetería.

—No tengo ni la menor idea, hermanito.

—Bueno, pero usted dijo que había una propuesta en concreto.

—Sí, pero no la hay.

—Cómo así, hermano... ¿Ahora qué vamos a hacer?

—Tranquilo que algo se nos va a ocurrir. Esta noche nos damos una vuelta por el hospital y buscamos el roto.

—Usted es la cagada, Mono, con la gente no se puede jugar.

—¡Ah! Fresco... Cuando a mí se me mete algo en la cabeza lo saco adelante a como dé lugar.

A las nueve de la noche el Mono y el Santandereano recorrían las calles cercanas al hospital. Había más policía que gente y acercarse resultaba imposible. La carrera Décima, de la Primera hacia el sur, había sido cerrada. Todas las puertas de acceso al hospital estaban controladas por la policía. Sobre los tejados y partes altas de la edificación se veían grupos de estudiantes vigilando. Algunos pisos se encontraban iluminados, pero no se notaba ningún movimiento extraño. Así como se veían las cosas resultaba imposible poderse comunicar con los estudiantes que permanecían dentro.

—A ver, mago, ¿cómo vamos a entrar? —insistía el Santandereano.

—Tiene que haber una forma...

—Claro, vaya, pídale permiso al coronel.

—Deje de ser pesimista. Por qué no mira más bien si se le ocurre algo.

—¡Ya! Tengo una idea... Fabricamos una catapulta y en lugar de piedras, les mandamos papa, yuca, carne...

—No hermano, pilas hay que buscar la forma.

—Cavemos un túnel entonces.

—¡Eh! Qué verraco, cuándo va a coger seriedad. Démonos una vuelta por detrás del hospital a ver qué hay.

—Eso sin ir por allá yo le digo qué hay.

—Miremos a ver...

—Una «tarea de riesgo» güevón, ¿se creyó James Bond o qué?

—Mire, Santandereano, coma mierda que ya me tiene aburrido con su cantaleta, si no quiere acompañarme váyase y no me joda.

—¡Ah! Fuera de eso se enverraca...

Bajaron por entre las calles del barrio Santa Bárbara hasta la Caracas, de ahí siguieron al sur hasta la calle Tercera y volvieron a buscar la Décima. Se fueron metiendo lentamente al barrio Policarpa y para su extrañeza no encontraron policía, al menos uniformada.

—¡Mierda! Esto es una república independiente —dijo el Santandereano.

—Sí, pero no es la entrada al hospital y eso es lo que me preocupa ahora. Venga compremos unos cigarrillos en aquella tienda.

Al entrar en la tienda el Santandereano se encontró con un rostro conocido.

—Qué hubo, hermano, ¿usted qué hace por acá? —le preguntó el conocido.

—Acompañando a este toche a visitar a la novia —respondió el Santandereano para salir del paso.

—¿Y no es como muy cuento traerse un amigo a ese tipo de visitas?

—Es para que me entretenga a los cuñados —se apresuró a contestar el Mono.

—¡A las cuñadas toche! Venga compa lo presento.

—Pedro —dijo uno.

—Ramón —contestó el Mono.

—¿Y usted qué hace por acá? —interrogó el Santandereano a Pedro.

—Yo vivo allí en la esquina.

—¡Ah! Qué bien, ¿y tiene hermanas?

—No, pero tengo unos hermanos simpatiquísimos y todos solteros.

—Oiga, hermano, ¿en cuál esquina es que vive usted? —preguntó el Mono.

—No es en la esquina, es una casa antes.

—¿Por esta misma cuadra?

—Sí, ¿por qué?

—No, es que acaba de ocurrírseme una idea.

—¿Sí, y de qué se trata?

—Resulta que yo tengo una novia feísima y quiero deshacerme de ella, como usted tiene tanto hermano soltero pensé que alguno estaría interesado en casarse con ella.

—¡No joda! Respete...

El tendero soltó la risa, el Mono le dio dos palmaditas en el hombro a Pedro y lo invitó a salir del establecimiento. El Santandereano se quedó comprando los cigarrillos.

—Dígame una cosa, compa. ¿El patio de su casa comunica con el hospital?

—Sí, da a un potrero interior.

—¿Usted con quién vive?

—Con los viejos.

—¿Son buena gente?

—Invasores, maestro —respondió Pedro con orgullo.

—Bueno hermano, mire, como usted sabe el hospital está tomado por los compañeros del sector de la salud, las posibilidades de entrarles comida son muy escasas porque hay un cerco de policía que lo impide. Si lo pudiéramos hacer a través de su casa sería la verraquera.

—Habría que hablar con los viejos. Aunque la cosa no es tan sencilla... A pesar de que no hay policía uniformada, de la otra no falta,

y no estoy muy seguro, pero creo que de día tienen parqueado un escuadrón a unos cien metros de la casa, sobre la Décima.

—Usted consiga el permiso de los viejos que yo me encargo del resto.

—Bueno, voy a conversar con ellos a ver qué dicen.

—Vaya hermano, convénzalos.

—Vamos a ver qué se puede hacer. Espéreme ahí en la tienda que ya regreso.

—Suerte.

El Mono regresó nuevamente a la tienda, pidió una cerveza y le ofreció otra a su compañero.

—¿Está contento o qué? —preguntó el Santandereano.

—Tengo la solución a tiro de as —le dijo el Mono.

—Ya era hora.

El tropel es una expedición
de la ternura para derrotar la antipatía
y la desconfianza de la gente,
es un llamado a la solidaridad
consigo mismo

EL NEGRO

Debajo de uno de los puentes de la quebrada de San Cristóbal, con el agua hasta la cintura, el Negro y Zenón esperaban; hacía ya una hora que las sirenas habían dejado de sonar. Dos intentos de salir habían hecho pero el movimiento de carros y personas se los había impedido. Zenón trataba de ahogar las explosiones de tos que por momentos lo afectaban. El Negro lo miraba y pensaba en la suerte que habría corrido Lucía.

—¿Cree que hicimos bien en dejarla sola? —le preguntó a Zenón en voz baja.

—No, pero no había otra alternativa. ¿Quién se hubiera aguantado la cantaleta de la vieja por toda la calle? Es una compañera valiente.

—Sí, lo es...

—¿No la conocía?

—No, es la primera vez que la veo.

—¿Qué hora será?

—No tengo ni la menor idea. ¿Hasta cuándo vamos a estar acá?

—Hasta que usted diga.

—¿Yo?

—Claro, usted es el que conoce el terreno.

El peso de la responsabilidad descargada sobre el Negro lo hizo acongojar. No podían estar mucho tiempo ahí. El frío ya había empezado a entumecerlo y muy seguramente la humedad iba a dejar huella mucho más profunda en Zenón, que estaba enfermo.

—Bien —dijo—, entonces, vámonos.

—¿Ya?

—Sí, ahora, de todas formas, tenemos que hacerlo. Subimos este pedacito hasta la carretera y bajamos por ella a buscar las calles del barrio La María. No podemos subir porque ahí está la estación de policía. Yo voy primero, usted sígame a unos cuarenta metros. Si me llegan a parar, mire a ver qué hace, no se vaya a dejar coger. Sigo pensando que estas tareas no son para compañeros como usted. Vamos.

El Negro llegó a la carretera y cogió en la dirección señalada. Aligeró el paso para sacarle una distancia prudente a Zenón. Recorrieron trescientos metros antes de llegar a la primera calle. De pronto escuchó el ruido de un carro y volteó a mirar a Zenón que se hacía a un costado con la intención de simular que orinaba. El auto pasó veloz, el Negro continuó el recorrido hasta llegar a un paradero de buses, ahí paró a esperar a su compañero.

—Creo que ahora podemos andar juntos —le dijo.

—¿Para dónde vamos? —preguntó Zenón.

—A buscar un sitio donde guardar todo esto —contestó.

Atravesaron las calles cuidando tomar las vías principales. Al llegar a la Décima se encontraron con un retén de policía. Al verlo, el Negro le hizo señas a su compañero para que tomaran el camino contrario. Zenón lo detuvo.

—No, ya nos vieron, lo mejor es ir en el sentido en que están ellos, para no despertar sospechas. Paran los carros solamente, a lo mejor podemos pasar sin problemas.

El Negro sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Está seguro?

—Claro.

—Bueno, si usted lo dice. ¿Tiene papeles?

—¿Quién necesita papeles cargando esto?

—También es cierto.

Comenzaron a caminar lentamente; con las manos en la nuca los pasajeros se sometían a las requisas. El Negro sintió que el corazón adquiría velocidad a medida que se acercaban, y que a cada paso la respiración se le hacía más difícil. Escuchó el ruido de un automotor a sus espaldas, giró e instantáneamente le hizo el pare. El bus se detuvo y él y Zenón se montaron de prisa. El calor le regresó al organismo.

A las seis de la mañana llegó el Negro a residencias, la ropa se le había secado sobre el cuerpo y se sentía entumecido. Al entrar a la pieza se desvistió rápidamente. Sus compañeros no se habían levantado y se le hizo extraño. Miró el calendario pegado a la pared y se dio cuenta que era sábado. Se metió entre las cobijas con la intención de dormir algunas horas, pero cuando apenas estaba tratando de conciliar el sueño escuchó unos golpes en la puerta. Se levantó y fue a mirar de quién se trataba. Al abrir se encontró con la figura fresca y recién bañada del Mono, que fuera de costumbre lucía elegante.

—¿Qué hubo hermano, todavía durmiendo? —saludó el Mono.

—No hermanito, acabé de llegar —repuso el Negro.

—Bueno, pues péguese un baño, póngase bien elegante y camine, me acompaña a llevarle el desayuno a los del hospital.

—¿A los del hospital?

—Sí, a los compañeros que se tomaron La Hortúa.

—¿Por eso es que la Décima está militarizada?

—¿Por qué más?

—Oiga hermano... ¿No hay nadie más para que lo acompañe?

—Sí, pero es que además lo necesito para otras vainas. Queremos que nos ayude a sacar una propaganda y que nos oriente en un trabajito que vamos a hacer.

—Ya veo. Bueno, voy a bañarme. Prepare tinto.

ISMAEL

Ismael vio que Gloria le hacía señas para que se acercara hasta donde se encontraba reunida con otras compañeras. Habían pasado ya casi quince días desde la última vez que estuvieron conversando. En aquella ocasión comentaron la novela de Nikolás Ostrovski, *Nacidos de la tempestad*. Aun cuando a Ismael lo había entusiasmado el relato, no lo fue tanto como Gloria esperaba. «Me llamó la atención más la vida del autor que la novela». Ella hizo una mueca de disgusto: «Parece no conmoverte nada» le reprochó, y él trató de ignorarlo. Todos los días parecía que entre más esfuerzos hacían por acercarse, más se alejaban. No obstante, la relación se sostenía. Ismael poco a poco se hacía a una idea diferente de Gloria, y en ella ocurría lo mismo con respecto a Ismael.

—¡Hola! —saludó Gloria.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—No me quejo.

—Te traje otro libro a ver si con este sí logro entusiasmarte.

—No alcanzo a comprender muy bien a qué estás jugando. No sé si a derrotar mi insensibilidad reaccionaria o tu incapacidad para ganarme a una causa que no alcanza a convencerme.

—¡Vaya! ¡Vaya! Qué geniecito. Apuesto a que en estos días no has dormido muy bien.

—Pues, mira que sí.

—Bueno, entonces, ¿a qué se debe que vengas con ganas de pelear?

—No tengo ganas de pelear con nadie. Solo que me cansé de que hagas las veces de mi conciencia.

—Si eso te incomoda, la solución es muy sencilla, no te vuelvo a molestar.

—¿Por qué no nos tomamos un tinto y conversamos más despacio? De todas formas, hay algunas cosas que me gustaría conversar contigo.

—Si lo hacemos en buenos términos no tengo inconveniente.

—Vamos entonces, busquemos algún lugar donde podamos charlar sin interferencias.

Buscaron una cafetería cerca de la Universidad. Ismael cambió el tono de la voz e hizo desaparecer el tono de agresividad. Gloria le comentó un par de cosas sobre su vida académica a las que él no les puso suficiente atención. Se sentaron uno frente al otro en un rincón de la cafetería. Ismael pidió los tintos y ella solicitó que le trajeran un cigarrillo.

—Creo que le debo una excusa por mi comportamiento grosero de hace rato.

—No tienes por qué hacerlo. La que debe excusarse soy yo, por mi actitud egoísta con respecto a ti. Me gusta que te hayas enojado porque te hace más sincero.

—Creo que estoy dando pie para que malinterpretes. No es que yo no me interese por las cosas que tú me planteas. Lo que pasa

es que a veces mi ego no resiste que seas tú y no yo el que te esté abriendo los ojos. Yo alcanzo a comprender muchas de las cosas que expones y me identifico con ellas, aunque no lo haga en términos absolutos, y bueno, la relación que yo pensaba establecer contigo no es la que se está dando, entre otras porque tú tampoco eres la Gloria que yo imaginé... Esa, creo, es la razón de que las cosas estén marchando así...

—Un momentico, vamos por partes... ¿Cómo es eso de que yo no soy la Gloria que tú imaginaste?

—Cuando uno conoce una persona de lejos se hace a una idea de ella, que la mayoría de veces no corresponde a la real. Más cuando esa persona le simpatiza, uno le llena de todo ese conjunto de cualidades que desearía tuviese. La idealiza a tal grado que se llega a enamorar, no de la que es, sino de la que uno ha creado.

—Sigo sin entender.

—Hace algún tiempo me conformaba con verte de lejos, espiarte por ahí en las cafeterías, en los salones de clase, en la biblioteca, o esperar que llegaras a residencias a quedarte. Eso para mí era suficiente. No necesitaba conversar contigo, ni tocarte para sentirme bien. Encontraba en esa imagen lejana e inalcanzable la fuerza suficiente para vivir al día. De pronto puedes llegar a pensar que te resulta absurda una actitud así... pero para mí resulta natural. Un poco infantil quizás, no puedo imaginar ahora viéndote pasar y deseándote buena noche o dándome valor para un día cualquiera abordarte en una conversación. No, no creo que lo vuelva a hacer...

—Pero no has contestado a mi pregunta, ¿cuál era la idea que tenías de mí?

—Creo que ya no importa. De todas formas, pienso que nunca sabré hasta dónde se parece la Gloria ideal a la real. Porque los términos en que construía la primera son diferentes a los que me ha mostrado la segunda.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que te desilusioné?

—No, claro que no. ¿Cómo puedes hacerlo si nunca fue tu intención ilusionarme?

—Te propongo un trato de amigos, más para llenar mi curiosidad femenina que para cualquier otra cosa. Por qué no me dices cómo me veías de lejos y yo te digo cómo te veo de cerca. Para mí es importante saber qué imagen proyecto a los demás.

—¿Por vanidad o por seguridad?

—Por ambas cosas, ¿te parece extraño? De todas formas, soy mujer.

—Tratándose de ti... creí que te importaba el hecho de considerarte de la generación de mujeres nuevas.

—No pertenezco a esa generación, sino a la de transición que puede darse el lujo de tener rezagos pequeño-burgueses todavía.

—¿Como la curiosidad?

—Por ejemplo. Lo mío es solo una propuesta y si no quieres acogerte a ella no tienes que hacerlo.

—Te enojas.

—No.

—Hace algún tiempo conocí accidentalmente a una muchacha. La vi por primera vez en uno de los teléfonos públicos de la Universidad. Hacía fila para llamar no sé a dónde. Me quedé mirándola largo rato. Me llamó la atención la forma descomplicada de vestirse y una mirada profundamente triste de la que era propietaria. Me impresionó tanto que desde ese día la perseguí por todas partes. No sé cómo dejé que naciera dentro de mí un sentimiento de atracción tal que me arrastrara a una experiencia platónica de amor. Sin hablarle, sin relacionarme con ella, la llené de todo ese conjunto de cualidades que debía tener mi mujer ideal. La vi inmensamente tierna, noble, solidaria, comprensiva, cariñosa y leal. Establecí un romance con ella que en medio de todas las limitaciones me parecía

lindo. Un día, por esas cosas que tiene la vida, tuve la oportunidad de relacionarme con ella y me encontré con que no era la que yo había imaginado. La relación fue aproximándose a la realidad.

—¿Qué encontraste en ella?

—No sé, era más fría, menos tierna. De una solidaridad distinta. No podría hablar de su nobleza ni lealtad. Su comprensión apuntaba en otro sentido, quería ser menos de alguien y más de todos.

—¿Eso te parece malo?

—Ya no sé... Cuando uno quiere a una persona para compartir con ella sus cosas, la quiere para uno. No resulta fácil dejar que ella haga cosas que son distintas a las que uno desea. Yo sé que eso no está bien, que es incorrecto, pero así es uno...

—¿Qué pasó con ella?

—La verdad no sé. Pienso que debo dejarla de ver un tiempo. Tratar de hacerme a la idea de que no existe, que solo fue un sueño hermoso. Quizás en otras condiciones...

—¿Crees que es necesario? ¿Qué pasa si ella te necesita y tú no estás a su lado?

—Eso no va a ocurrir.

—¿Por qué no? Todavía te sigues creyendo Dios. A veces las personas necesitan tiempo para darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Vives tan en tu mundo, no tomas en cuenta sino tus propias necesidades. ¿No será que la juzgas mal? Ella no deja de valer porque tenga intereses diferentes a los tuyos, como tú no dejas de tener un gran valor para ella.

—¿Como cuadro político?

—También como persona.

—Ahora sí que no sé qué pensar.

—Mira, te traigo esto, es un regalito de ella, léelo, te ayudará a comprenderla.

—¿Un libro?

—Una novela, *La madre* de Máximo Gorki.
—Dile que gracias.
—Díselo tú.
—Gracias.

El tropel es la posibilidad
de construir un proyecto histórico
de vida sin esquemas, sin modelos,
nacido de las carencias de todos
y de cada cual

OMAIRA

Omaira entró a la pieza, miró todos los objetos que se encontraban a su alrededor, la cama era sencilla, pero se veía cómoda y resistente, un cubrecama de lana tejido en una gama de colores azules de distintos tonos la cubría. Sobre él, hacia la parte de la cabecera, dos cojines descansaban plácidamente. A cada uno de los costados de la cama una mesita de noche con una lámpara encima le daba cierta sobriedad a la habitación. En una de las esquinas un chifonier de madera esperaba pacientemente el momento de entrar en servicio. La pieza sin ventanas parecía un poco oscura.

—Esto es lo que tengo para ofrecerte —le dijo Manuel.

—Es mucho más de lo que yo esperaba —murmuró ella.

—Hay otras cositas que no sé cómo acomodar: la mesa de estudio, dos sillitas y un escaparate que puede servirnos de biblioteca por el momento. Si quieres darle otro orden a la pieza está bien, yo de eso no sé mucho.

—No, así está bien.

Omaira se sentó en la cama, miró la pared y la vio adornada con algunos cuadros con rostros extraños y fantasmagóricos.

—El cubrelecho es un obsequio de mamá, es costumbre suya darle uno a cada hijo que se casa, ella misma los teje.

—Es muy lindo. ¿De quién son los cuadros?

—Son bobadas mías. Una forma de matar el tiempo.

—¿Por qué solo rostros y en color negro?

—No sé pintar nada más... y me gusta ese color. Es triste, pero hermoso.

—Como los cuadros.

—¿Te gustan?

—Me impresionan.

—¿Por qué?

—Tienen acumulada mucha soledad, mucha angustia.

—¿Lo crees?

—Lo siento. No sabía que pintaras.

—Tampoco yo sabía que tú escribieras.

—Lo hago muy de vez en cuando. Ven, siéntate acá a mi lado.

—Quiero que sepas que soy el hombre más feliz del mundo.

—Y yo la mujer.

—Había esperado mucho este momento.

—No tanto como yo. Te quiero, Manuel, más aún, te amo.

—Estuve conversando con mamá, le conté lo que pensaba hacer, me dijo que le gustaría conocerte. Es una buena vieja, se van a llevar bien, es una suegra fuera de serie. Siempre está de parte de las nueras.

—¿Ganable?

—Colabora con los hijos en lo que puede, pero no le gusta que se metan en nada, está de acuerdo con que las cosas cambien, pero no está de acuerdo con que sus hijos participen en el proceso.

—Lo mismo pasa con mis padres.

—Yo pienso que a los viejos no hay que joderlos tanto. Es suficiente con que se neutralicen, de todas formas, la familia es el primer refugio y la primera ayuda que uno recibe cuando tiene problemas.

—Algunos se podrían ganar.

—Claro, algunos, pero si hay un trabajo difícil de realizar es precisamente el que se ejecuta al interior del hogar.

—Hay viejos que son muy buena gente, pero son muy cerrados a la banda.

—China, tengo que salir. Vengo más tardecita, si ves que me demoro duérmete.

—¿Dormirme? Esta noche tenemos que estrenar la cama. Hay que aprovechar antes que doña barriga empiece a crecer. Además, hoy comienza nuestra luna de miel.

—Cuídate. Regreso pronto.

Manuel salió. Omaira se dio a la tarea de desempacar las cosas que traía y acomodarlas en el chifonier. Se percató de que su compañero no había traído nada aún. Escuchó una voz que la llamaba detrás de la puerta con un «¡señora, señora!». Sonrió, era la primera vez que la llamaban así. Abrió y ante su vista apareció una joven de unos veinte años que vistiendo sencillamente portaba un pocillo en la mano.

—Pensé que le gustaría tomarse un agua aromática. Mi nombre es Martha, vivo acá con mi madre y ahora con ustedes.

—Mucho gusto Martha, pasa, pasa. Me llamo Omaira, soy la compañera de Manuel.

—Si, él ya nos había hablado de usted. Teníamos muchas ganas de conocerla. Manuel es un muchacho muy querido, en este barrio lo conoce y lo aprecia todo el mundo.

—Eso me alegra mucho. Mira, estaba hasta ahora desempacando mis cosas.

—¿Quiere que le ayude?

—No es mucho lo que hay que hacer... cuéntame mejor tú qué haces.

—Ahora estoy trabajando en una fábrica, antes estudiaba, pero me tocó dejar de hacerlo después que mataron a mi hermano. Él era el que mantenía la casa, ahora soy yo. No somos sino dos, pero mi madre está muy enferma y hay que cuidarla bastante. Manuel me ha ayudado mucho. A veces la lleva donde el médico, es una doctora amiga de él muy buena persona. Le hace la consulta y le consigue las drogas.

—Ah... ¿Tú conoces a Manuel hace mucho?

—Unos cinco años, yo tenía catorce cuando él vino al barrio. Estábamos construyendo el alcantarillado y él nos colaboró con otro amigo. A ese no lo volví a ver porque se fue para Santander. Manuel también se perdía a veces. Para un diciembre vino muy enfermo. Mamá lo estuvo cuidando como lo hacía cuando se enfermaba mi hermano, lo quiere como a un hijo.

—¿Y tú?

—Yo también lo quiero... como a un hermano.

—¿Cómo mataron a tu hermano?

—No tengo ni idea, creo que fue a golpes. El rostro le quedó irreconocible, la policía dijo que fue una venganza, quién sabe.

—¿Qué hacía él?

—Trabajaba en una empresa de grasas y aceites, era buen hijo y buen hermano. Después que murió papá, él tomó las riendas de la casa. No se le veía tomar, ni fumar, lo hacía muy de vez en cuando. Se pensaba casar en esos días que lo mataron, nosotros llegamos a pensar que lo había hecho. Se perdió un viernes por la tarde y lo encontraron el lunes, lo sacaron del río Tunjuelito.

—¿Cómo lo reconocieron?

—Por la historia dental, las manos las tenía quemadas. Mamá supo desde un principio que se trataba de él.

—Intuición, pienso...

—Es triste, ¿no? Creo que nos vamos a llevar bien.

—¿Hasta qué curso estudiaste?

—Hasta quinto de bachillerato.

—¿Por qué no terminas?

—Ya no sería capaz, estoy muy vieja.

—¿Vieja con diecinueve años? La vida para ti apenas empieza. Te propongo un trato: hacemos en estos meses un repaso de lo básico. Te pones a estudiar de noche y yo te ayudo en lo que pueda.

—No puedo por los turnos, cada tres semanas tengo uno que empieza a las diez de la noche y termina a las seis de la mañana, y hay otro que va de las dos de la tarde a las diez de la noche, así me resulta imposible.

—Ya veo. Qué tal si te preparas para validar tu bachillerato, sería el sexto nada más. Estudiamos en las horas que puedas y lo que quieras. Yo me encargo de conseguir los libros, mandamos a hacer un tablero y yo te explico lo que no entiendas. ¿Está bien?

—Usted se parece a Manuel, quiere ayudarlo a uno a salir adelante a como dé lugar. No le dejan alternativa. Está bien, voy a estudiar, pero no soy muy buena que digamos.

—Ya verás que tampoco eres tan mala como piensas.

—Bueno, ya cansé bastante por hoy, voy a dejarla dormir.

—No hay afán, si quieres quédate otro rato, hazlo.

—No, ya está bien, mañana tengo que madrugar, a las cinco tengo que estar saliendo. Que descanse. Me agradó conocerla Omaira... Omaira, ¿de qué?

—De Manuel, apenas de Manuel.

LA BODA

A las nueve de la mañana llegaron dos carros a la casa de Pedro en el barrio Policarpa. De uno de ellos se bajó una pareja que al parecer venía de casarse en una iglesia cercana. El ajuar de la novia llamó la atención de los vecinos del barrio, un vestido blanco lleno de encajes se extendía a todo lo largo de su cuerpo. Un velo de seda fina le cubría el rostro y portaba un ramo de rosas y azahares, por el que se peleaban las muchachas que descendieron del carro acompañante.

—¡Carolina, a mí, a mí! —gritaban unas tras otras.

El tendero se quedó mirando el cuadro. Contempló al novio y se dio cuenta que se trataba de Pedro. «No puede ser», se dijo, «ese es mucho pendejo, se dejó convencer». Penetró de nuevo en la tienda a esconder una carcajada. «Tiene que ser muy fea desde que no se deja ver la cara», pensó. Los padres de Pedro salieron a recibirlos, vestían sus mejores ropas. La madre besó a la novia, cosa que imitó el padre, luego entraron en la residencia. El bloque de policía que estaba estacionado sobre la Décima contemplaba la escena con igual curiosidad con que lo hacían los vecinos.

—Lo mejor que tiene el matrimonio es que por la noche se convierte en un entierro —le decía un policía maliciosamente a su compañero.

De uno de los carros sacaron un equipo de sonido y lo instalaron dentro de la casa. La música bailable abarcó todos los rincones y se proyectó sobre la calle. El Danubio Azul se encargó de inaugurar la fiesta, pronto empezaron a llegar invitados cargados de grandes regalos, los novios melosa y agradecidamente los recibían en la puerta y los invitaban a pasar. El Mono y el Negro se encargaban al interior de hacerle llegar la comida a los del hospital.

—¿Ese regalo qué trae?

—La carne.

—¿Por qué sabe?

—Por la tarjeta: «De la familia Toro, con el deseo de que la felicidad los acompañe».

—Pásela a ver. ¿Y ese?

—Papa y mazorca.

—¿Qué dice?

—«De papá y mamá para sus queridos hijos».

—Acá llega el arroz y la leche: «De Gladys Ariza y Yolanda Vaca para su entrañable amiga Carolina».

En el patio de la casa se colocó sobre el muro una escalera que daba comunicación con el hospital. El primer regalo lo llevaron el Negro y el Santandereano, luego seis estudiantes de los que participaban de la toma se encargaban de ir a recogerlos. La fiesta se prolongó desde ese sábado hasta el día siguiente a las cuatro de la tarde, cuando un grupo de estudiantes bailaba mientras otros se introducían al hospital para visitar a sus compañeros. La gente se turnó para bailar y conversar. Nuevas parejas portando regalos llegaban a distintas horas del día para alegrar la fiesta. Dos botellas de aguardiente y cinco canastas de Coca Cola fue todo el consumo que hubo.

El aguardiente se lo tomó la policía que amablemente se ofreció a evitar que los borrachitos armaran problemas.

El tropel es el escenario
en el que se defiende la cultura
y se combate la civilización
es la nave en que se viaja
hacia lo incierto,
hacia lo desconocido,
hacia lo oscuro,
hacia lo nuevo

LA FIEBRE

Como si la tierra se hubiese abierto de repente y por entre una de sus mil bocas se hubiese devorado a Gloria, Ismael no la volvió a encontrar en ninguna parte. Espió cada rincón, recorrió hasta el infinito los caminos conocidos e hizo incursiones en los desconocidos acumulando angustias. La creyó ver en cada mujer de espaldas, dibujada en las figuras caprichosas que forman las nubes en el cielo o en las que construye el cuncho de tinto en el fondo del pocillo. Comenzó a sentir que cada paso que daba sobre el calorífero piso de la pieza lo narcotizaba, que muy a su pesar la calma inquebrantable de la que había disfrutado desde siempre iba convirtiendo su mundo interno en una tempestad.

Un desaliento comenzó a escalar su organismo desde la punta de los pies hasta amenazar de muerte su fecundidad. Alcanzó a notar cómo una corriente fría que transitaba por la espalda se fue convirtiendo poco a poco en un huracán de maldiciones que le formaba un nudo en la garganta impidiéndole pedir auxilio. Se dio cuenta entonces que él tenía qué enfrentar su lucha solo.

«Respiro mas no logro oxigenar mi podredumbre. Ella se fermenta hasta podrirse, es mi génesis. Un proceso largo de

bienaventuranzas y cataclismos se aproxima. Llevo tanto tiempo jactándome de mi impotencia que me he convertido en un cínico. Me siento grotesco como una novia vestida de luto. Soy capaz de sentirme lástima cuando me veo reflejado en los ojos de los crédulos, pero no de sentirme compasión. Construyo de verdades relativas mi necrópolis como un necio menesteroso que languidece ante dos palabras de amor y un suspiro; no me someto, sin embargo, me niego a ser obediente y me engrandezco, aun cuando despierte antipatía y aversión: dos condiciones que se requieren para ser extraño; me reclamo, me exijo, me pido, me suplico ser diferente aunque tenga que buscar la orilla para hacer el recorrido; me descompongo y nadie soporta mi olor, les recuerdo el suyo y viceversa. Mermo el paso y dejo que todos se vayan adelante porque los espera el precipicio, cuando estén en las fauces de la putrefacción y sus rostros comiencen a correrse, lo primero que va a aflorar en ellos es mi sonrisa, y no sé si de venganza o recompensa sentiré una satisfacción con sabor a humanidad chamuscada. Es el precio de mis doscientas muertes diarias, de la pérdida de mi vigor, de mi colección de callos y cicatrices, del cultivo jamás disfrutado de mis angustias antepasadas, de la resurrección de los vivos. Por eso me niego a ser amortajado, porque amortajar es tajar el amor, es amor muerto y yo no puedo morir cuando apenas nazco».

Como si su vida hubiese —del rincón profundo y catastrófico de las tempestades— extraído la peor de todas, se convulsionaba a un ritmo acelerado de contradicciones. Ya no podía asegurar que ella existiera, creía que era uno de esos fantasmas juguetones y locos que rondaban la casa de su imaginación. No obstante, muy a su pesar, su ausencia corporal estaba presente en todas partes. Su aroma flotaba en el aire de la habitación y como tinta indeleble se pegaba a las cobijas. Estaba convencido de su existencia, pero nunca antes cosa alguna o persona alguna había dejado en él huella más profunda

sin proponérselo. Era la hora de despedirse y debía hacerlo no solamente de ella, sino de él mismo.

El Mono abrió la puerta de la pieza y al entrar vio a Ismael tirado bocabajo sobre la cama, trató de hacer el menor ruido posible para no despertarlo. Por un momento le dio la impresión de que sollozaba, se le aproximó un poco y le preguntó: «Ismael, hermano, ¿le pasa algo?, ¿se siente mal?». Ismael no respondió. El Mono desde su cama se sentó a contemplarlo, luego se dio media vuelta y se recostó, cogió un libro que tenía sobre la mesita de noche y comenzó a leer. Al rato sintió que Ismael se incorporaba, no le dijo nada, lo vio coger la toalla y salir de la pieza. Cuando Ismael regresó se sentó encima de la mesa de concreto a secarse la cabeza, saludó al Mono y se quedó mirando a través de la ventana.

—A propósito, Ismael, tengo una notica que le envió Gloria— le dijo el Mono mientras se incorporaba a buscarla entre los libros que había encima de la mesa.

—Tome a ver si esto lo alegra. A usted lo va a terminar matando la tristeza —comentó luego.

Ismael tomó la nota despacio; mil ideas distintas pasaron por su mente sobre el contenido de la misma, pero se encontró con lo que menos esperaba:

«¡Hola! ¿Cómo estás? Te extraño. Quisiera que nos viéramos un día de estos en alguna parte. ¿Te gusta la idea? Cumple la cita, tráeme tu mejor sonrisa; yo te estoy esperando con el mejor de mis abrazos, yo».

—¿Cuándo se la dio? —preguntó Ismael.

—Esta mañana en el hospital, también le envía un beso, pero ese me lo guardo en pago de mi servicio como mensajero —repuso el Mono mientras le guiñaba el ojo.

Ismael sonrió.

—Eso es hermano, levante el ánimo.

—¿Cómo la vio?

—Linda.

—Digo de estado de ánimo.

—Bien hermano, comparado con el suyo. Ella puede desgastarse en las distintas actividades de la Universidad sin perder su entusiasmo y belleza, y usted aquí, se deteriora pensando en ella.

¿Quiere que le dé mi opinión sobre esto que le está pasando? Claro, si no se enverraca como la última vez que tocamos temas de estos. Porque si es así prefiero callar.

—No, tranquilo, ¡hable!

—Usted es un buen tipo, hermano, pero le falta vida, usted es de esas especies de hombres sanos que están a punto de extinguirse: nobles, sinceros, putamente inocentes y sanos. En cambio, ella es una mujer, una mujer madura de verdad en sus determinaciones, es dueña de sus comportamientos, sentimental, sincera, honesta y solidaria. Tal vez por eso es que lo tiene así. Es demasiada mujer para usted, y esto se lo digo para que se enverraque, pero no conmigo, sino con usted mismo... Apúrese hermano o la va a perder.

—Así que cree que soy muy poco hombre para ella...

—No, eso no fue lo que dije, dije que era demasiado mujer para usted, que no es lo mismo. Eso no quiere decir que no la pueda conquistar más cuando ella le está ayudando...

—¿Ayudando?

—¿Ve? ¿Por qué no entra en ella, si hace rato le abrió la puerta?

¿En qué mundo vive que no se percata de lo que sucede a su lado? ¿Qué está esperando, que ella se le declare?

—Tal vez tenga razón, es la primera vez que me pasa algo así —repuso Ismael mientras se dirigía hacia la cama. Tal vez tenga razón —dijo de nuevo, y se acostó a dormir.

EL HOSPITAL

Sobre la acera del hospital materno infantiL, un coronel alto y barrigón, apresuradamente empacado en un uniforme dos tallas menos, miraba a través de sus anteojos los movimientos que los estudiantes realizaban al interior del San Juan de Dios. La noche transcurría lentamente. Un aire frío y pegajoso iba crispando los músculos y los nervios de los dos grupos. Los radios de las patrullas llevaban y traían de los cuarteles mensajes en clave. La avenida Décima fue poco a poco quedando desierta. Al interior del hospital los estudiantes de medicina rotaban los turnos de servicio en los distintos pabellones, mientras los otros grupos del área de la salud repartían los de vigilancia. Los escasos cigarrillos hacían extensos recorridos estacionándose de boca en boca. El silencio de la noche fue apoderándose de todo. Las horas pasaron tranquilas unas tras otras, hasta casi la medianoche cuando el desplazamiento de tropas en distintos sentidos inquietó a los tomistas. A través de un altoparlante, el coronel se dirigió a los estudiantes:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Todos los estudiantes que se encuentran en el hospital, tienen diez minutos para desalojar pacíficamente, de lo contrario nos veremos obligados a hacerlo por la fuerza!

La agitación comenzó a correr por los pasillos del hospital en la medida que los avisos se repetían. Se trató de organizar la resistencia, pero la mayoría estaba convencida de que la policía no allanaría el edificio. Era imposible que lo hiciera. ¿En qué país del mundo se había visto algo así? En ninguno y Colombia no iba a ser la excepción. La gente se tranquilizó con esta idea, pero —por si acaso— se previeron salidas de emergencia. Ninguna resistencia fuera de la de obstaculizar las entradas se podía hacer y eso fue lo que los estudiantes hicieron mientras los minutos transcurrían.

Cuando el minuto décimo tocó a su fin, una estampida de bestias se precipitó sobre el hospital a una sola señal del coronel. Ante la incredulidad de los estudiantes que buscaban apresuradamente eludir la acción agresiva de los agentes, utilizando las salidas previstas y camuflándose como pacientes, se cometieron todo tipo de atropellos contra el inmueble: ventanas enteras volaron en pedazos, se derribaron puertas, se golpeó con saña cuanta persona se iba apareciendo en el camino sin discriminar en forma alguna; en cuestión de minutos el fantasma de la salud con su bata blanca había sido reducido a la impotencia por el espectro de la muerte; las botas y los fusiles golpeaban con fiereza la humanidad indefensa de los que se negaron a retirarse del hospital; decenas de estudiantes salían a empellones de la edificación. Algunos, con fracturas y heridas producidas por los golpes, trataban de controlar el dolor y frenar las hemorragias. Mientras eran conducidos a las estaciones de policía en una de las jaulas, un estudiante comenzó a agitar en voz baja: «Si nos matan, que nos maten. La salud nos la peleamos»; pronto otros estudiantes se sumaron a corear la consigna y el volumen fue haciéndose cada vez mayor ante la mirada inquisidora de los agentes que no atinaban a comprender la actitud de los estudiantes. Al llegar a la Estación Cien, los detenidos fueron bajados de las jaulas a

bolillo y formados en el patio central; fue entonces cuando se dieron cuenta que entre los desalojados había también mujeres.

—Su nombre —le preguntó el oficial de servicio a una de ellas que trataba de contener la hemorragia que le producía la herida en la cabeza.

—Gloria —respondió ella.

—Su nombre completo señorita, o es que es hija natural —inquirió el oficial.

—Pregunte completo teniente, o es que usted es bobo natural —repuso ella, y todos los detenidos aplaudieron la respuesta de su compañera con una estruendosa carcajada.

TERCERA PARTE

No hay tropel sin tropelero

EL NIDO

—Deja, yo la lavo —le dijo Manuel a Omaira después de la comida cuando ella recogía la loza.

—Esto es cosa de mujeres —repuso ella sonriendo— ¿dónde te la dejo? O mejor te propongo algo, tú la refriegas y yo te la ayudo a enjuagar mientras me cuentas cómo te fue hoy.

—Sabes que me gusta esta vida que llevo contigo. Me reconforta, le da sentido a mi existencia.

—¡Huy! ¡Huy! Tampoco es para tanto, tu vida adquiere sentido en otras partes y haciendo otras cosas, esto es apenas un complemento...

—¿De verdad piensas eso?

—¿Por qué no habría de pensarlo?

—Porque tú eres una parte importante de mi vida.

—Bien dicho, una parte, la más pequeña...

—Tonta, cuando te pones en esa tónica te desconozco. Salieron de la pieza, fueron hasta la pequeña cocina que habían acondicionado en uno de los extremos de la casa y arreglaron la loza. De regreso al cuarto Manuel se detuvo un momento en la pieza de Doña Gertrudis para ver cómo seguía, en esos días el frío había sido intenso y los dolores de su artritis se habían incrementado. El olor a

droga y a menjunjes caseros le llegó apenas abrió la puerta, se apresuró a cerrarla para que el calorcito que le proporcionaba un calentador eléctrico que le había regalado no se escapara.

—Hola, vieja —la saludó—, ¿cómo sigue?

—Mejorcita, hijo —respondió ella—, este reverberito es una maravilla, lo mantiene a uno calientico a toda hora.

—Me alegra verla tan entusiasmada y repuestica. Mire que he estado pensando estos días que hasta debía conseguirse un marido bien simpático que reemplace el calentador...

—Usted y sus ocurrencias...

—¿Y Martha?

—Está trabajando el turno de amanecida, viera lo contenta que está con la llegada de Omaira a la casa... Se han hecho muy buenas amigas.

—Eso me alegra mucho, Martha necesita de alguien que la oriente y Omaira de quien la acompañe... Oiga vieja, voy a ausentarme unos días de la ciudad, tres o cuatro cuando más, le recomiendo la muchacha, trate de que no se afane por mi ausencia y que se cuide.

—Vaya tranquilo que ella está en buenas manos y cuídese usted mijo que es el que va a salir, que mi Dios me lo acompañe...

Manuel salió del cuarto de la vieja y se dirigió a su habitación. Omaira ya se había acostado cuando él entró. Ella abrió los ojos y se quedó mirándolo, no le dijo nada. Él comentó, mientras se desvestía, lo del viaje; ella apenas murmuró un «cuídate» en voz entrecortada y triste que él alcanzó a sentir.

—Bueno, ¿qué te pasa? —preguntó.

—Nada —contestó ella.

— ¿Y entonces por qué ese estado de ánimo?

—Cosas de mujer casada, pienso yo.

—Explícate.

—No sé, estos días que hemos estado acá viviendo juntos me han traído más alegría... pero también más angustia. Te tengo más cerca, es cierto, sin embargo, en lugar de tranquilizarme me afano más. Nunca me dices lo que vas a hacer y yo te lo agradezco, no sé cómo me sentiría sabiéndolo. Hace unas noches llegaste sobresaltado y yo pensé: algo pasó, algo salió mal... Al otro día miré el periódico, dos muertos...

—No fueron nuestros.

—Sí, pero fueron de todas formas dos los muertos.

—Eran ellos o nosotros y la gente nos necesita más a nosotros que a ellos.

—Yo no sé a quién necesite la gente... yo te necesito a ti.

—Vamos, china, esas cosas pasan, no dejan de incomodar, pero pasan.

—¿Cómo haces para tomar las cosas tan tranquilamente? ¿No te afana la muerte? ¿No tienes miedo?

—Claro que me preocupa y siento miedo, solo que no puedo comenzar a morir desde ahora, no puedo facilitarles el trabajo... Hay algo que me preocupa más que la muerte y es morir sin haber contribuido en nada a cambiar esto, por eso trato de avanzar, de crear cosas, de organizar... La vida es muy corta, china, hay que vivirla intensamente y así te invito a hacerlo... Si cuando lleguemos a los treinta y cinco años nos damos cuenta que hemos vivido lo suficiente como para que la muerte no nos espante, entonces vas a ver que la vida adquiere sentido.

—Te quiero, Manuel.

—Yo también te quiero y te quiero más que a la muerte.

—¿Me das un beso?

—Mil. Es el único presupuesto que tengo para amarte. «Cuídate» fue lo último que dijo ella antes de perderse en el tierno oasis de sus caricias.

LA CÁRCEL

Tres días después del allanamiento, los estudiantes detenidos fueron trasladados a las instalaciones de la Cárcel Distrital.

Las directivas universitarias y los estudiantes se movían para lograr la libertad de los presos. Las autoridades establecieron un orden jerárquico de responsabilidades que dificultaban las diligencias que se realizaban. Dos semanas después comenzaban a salir libres los primeros detenidos. Cuatro estudiantes fueron condenados como responsables de la toma, entre ellos una mujer: Gloria.

—La van a trasladar al Buen Pastor en esta semana —le dijo el Santandereano a Ismael—, allá puede ir a visitarla.

Ese fin de semana Ismael se puso a hacer cola a la entrada de la cárcel, era la primera vez que haría una visita a un lugar así, había conseguido la boleta en un juzgado a nombre de otra detenida. «Es más fácil y corre menos riesgo», le había dicho el Mono. Cuando abrieron la puerta la gente se apresuró a entrar. Uno a uno fue pasando la requisa. Después de una puerta grande de metal observó a mano derecha una caseta de guardia y a mano izquierda las instalaciones de la cárcel. El jardín interior le daba al recinto un buen aspecto. Esa fue su primera impresión, pero cuando después de pasar la exhaustiva requisa entró

a las instalaciones y respiró el aire del cautiverio, le dio por pensar que esos jardines eran iguales a los de los cementerios: carecían de alegría. Llevaba dos paquetes de cigarrillos, «Pielroja, hermano, no le lleve ningún otro», unos libros y algunas frutas, todo cargado por sus inmensas ganas de verla. Hacía veinte días que no tenía más noticias de ella que las que llevaban los compañeros de pieza y ahora sentía un deseo especial de encontrarla que se mezclaba con la angustia de no saber cómo habría de recibirlo. Entró al patio en que el Mono le había dicho que se encontraba, comenzó a preguntar por el nombre de la reclusa de quien tenía la boleta de visita hasta que dio con ella. Era una mujer delgada con el rostro marcado por una profunda mella de nostalgia y desespero reprimidos, con unos ojos grandes e inexpresivos que dejaban denotar una mirada siempre ausente.

—¿Qué se le ofrece señor? —preguntó ella mientras centraba los ojos en los paquetes que cargaba Ismael.

—Mire, yo quisiera conversar con usted un momento sobre un asunto que me interesa.

—Sí, dígame...

—Hay una muchacha acá que trajeron esta semana... es estudiante.

—Ah, sí, está arriba... ¿se la llamo?

—Sí, si usted fuera tan amable.

—Ya vengo. ¿Quién le digo que la busca?

—Un amigo... dígale que un amigo.

—Bueno. Señor...

—¿Sí?

—Me regala una manzanita de esas... No es para mí, es para mi niña.

Ismael le pasó un paquete que ella se apresuró a coger.

—Gracias, señor, ya le mando la muchacha —dijo y desapareció. Ismael contempló cada rincón del patio, miró cada rostro sin detenerse más de lo necesario, sintió que el ritmo de la respiración le cambiaba y una sensación extraña se apoderaba de él. Los segundos

se le hicieron horas, de pronto la vio aparecer por donde se había ido la mujer. Al verlo, ella no pudo contenerse y dejó escapar en un grito de alegría su nombre. ¡Ismael!, exclamó, y echó a correr hacia él que la contemplaba sin saber en dónde colocar las cosas que tenía en las manos para brindarle el abrigo de sus brazos. Como pudo se trenzó en el abrazo que ella le ofrecía. La sintió pegarse a su cuerpo con ganas, como queriendo meterse en él y disfrutó una cadena de besos que se desgranó sobre su cuello.

—Hola, china —le dijo—, ¿cómo estás?

—Ahora, bien... hace unos minutos, pensando en ti.

—Te he extrañado... Te quiero...

—¡Viva! ¡Viva! Al fin lo dijiste, pensé que no lo harías nunca.

Yo también te quiero, así como eres... si cambias te dejo de querer —exclamó ella y se acercó de nuevo para cobijarlo con un abrazo y un beso que le produjo una sensación de placer indefinible a Ismael y que reconfortó y le dio seguridad a Gloria.

—Mira, te traje esto, «llévale Pielroja» me dijeron ellos, frutas y libros de pasta blanda, los compañeros de pieza te los mandan.

¡Ah! y una notica, la tengo acá entre los papeles —Ismael la buscó en la cartera y se la entregó.

Gloria la abrió y la leyó: «Compita, te extraño, no puedo visitarte, tu sabes por qué, pero lo que necesites mándamelo a pedir, yo te lo envío. Orlando». Hizo una mueca de desprecio y se la pasó a Ismael para que la leyera.

—No quiero que me vuelvas a traer notas de nadie, con que vengas cuando puedas y me brindes tus palabras puedo vivir, no necesito nada más... Te necesito a ti, ¿claro?

—Claro —dijo él sin alcanzar a comprender lo que ocurría. Después, cuando se fundieron en un beso de despedida y sintió esa sensación tan extrañamente agradable e indefinible que ella le producía, comprendió lo que pasaba.

El tropel es un compromiso con la patria
para derrotar el miedo,
defender sus recursos,
su independencia y soberanía...
y buscar el bien general
y la felicidad...

LA COMIDA

Dos semanas después de que el movimiento de la salud hubiera alcanzado su cúspide con la toma y el posterior allanamiento del hospital, los ánimos estudiantiles comenzaron a dispersarse, cada grupo político emprendió el bombardeo a los demás descargando responsabilidades. Un pequeño grupo de activistas se convirtió en comité de ayuda y defensa de los presos, estableció los jueves como día de solidaridad con ellos.

—¿Cómo le ha ido en las visitas al Buen Pastor? —preguntó el Mono a Ismael, a la entrada de la cafetería central una mañana a la hora del desayuno.

—Bien —respondió él.

—¿Cómo se encuentra la china?

—Bien —contestó de nuevo.

—¿No está muy deprimida?

—No —dijo, mostrando incomodidad con el tema.

Las respuestas monosilábicas de Ismael alejaron al Mono de la conversación que intentaba establecer con él.

—¿Qué lee? —preguntó para desviarlo hacia otro tema.

—Una novelita de Soto Aparicio.

—¡Ah! Ya veo, ¿y qué tal?

—Me gusta, es sobre la violencia. Quisiera complementar esto con unas lecturas de historia.

—Juancho tiene unos buenos libros sobre ese tema, ¿por qué no se los pide prestados?

—Sí, voy a decirle.

—Bueno, hermano, nos vemos por la noche. Hoy llega Javier, hay que esperarlo en la pieza porque no tiene llaves, ¿puede hacerlo?

—Sí, claro.

—Nos hablamos entonces.

El Mono tomó el camino que conduce a la facultad de Derecho, atravesando el umbral de la puerta recorrió el extenso pasillo hasta llegar al fondo. Giró a la izquierda y se introdujo en la biblioteca, pasó por entre las mesas de estudio, se acercó al mostrador, pidió un libro y se sentó a estudiar. Estuvo allí casi toda la mañana. Antes del mediodía Juancho entró en el recinto, acompañado de una joven. El Mono reconoció en ella la que semanas atrás le había mostrado en la cafetería. Ella tomó puesto en otra mesa, sacó del bolso un libro y se puso a leer. Juancho vino a conversar con él.

—¿Qué hubo, hermano?

—Qué hubo —contestó el Mono.

—¿Ya se dio cuenta qué está pasando en la cafetería?

—No. ¿Qué?

—La gente de cooperación está haciendo agite por la calidad de la comida. Sacaron un poco de carne podrida, la colocaron en la plazoleta de la entrada y ahí están comenzando a llegar los chulos.

—Eso me parece bien, esa hijueputa comida está muy mala, la mayoría de la gente está enferma.

—¿Por qué no nos craneamos un mitin a la hora del almuerzo? Armamos un mierdero bien verraco. A ver si el conjunto de la gente reacciona.

—Esperemos a ver cómo se presentan las condiciones, reúna la gente, busque al Negro y al Santandereano, yo voy a Ingeniería a traer compañeros. Nos vemos más tarde haciendo cola.

—Está bien.

—Oiga... lo felicito.

—¿Por qué?

—La china —le respondió el Mono señalando la mesa en que ella se encontraba—, cerca no se ve tan mal —agregó.

—Güevón, me la encontré en la puerta, no sé ni quién es —comentó sonriendo Juancho.

—Pues ahí está, la biblioteca sola, usted solo y yo me voy... Hermano, si no es hoy, no es nunca —le dijo el Mono incorporándose.

—¿Y el mitin? —preguntó Juancho inquieto.

—¿Luego es que se va a tirar todo el día? Es de entrada por salida, dos minutos.

El Mono fue a entregar el libro, mientras Juancho se quedaba sumido en la indecisión. Caminó hasta donde ella se hallaba. Al sentir que alguien la observaba, ella levantó la cara y se encontró con la mirada de Juancho que apenas atinó a decir «¡Hola!». «¡Hola!» respondió ella y se quedó esperando que le dijera algo.

—Pasaba por aquí —dijo él— y al verla a usted me pregunté: ¿será posible que mi Dios esté dejando escapar los ángeles del cielo para que vengan a estudiar Derecho? Y me contesté, tiene que ser posible porque de lo contrario esto sería una aparición y usted se ve como muy de carne y hueso, entonces se me ocurrió la estupenda idea de invitarla a tomar tinto. ¿Qué dice?

—Que usted es muy ingenioso y que me gustaría mucho, pero resulta que acabo de llegar, y tengo un parcial a las dos y no he terminado de estudiar.

—¡Ah! Ya. Bueno, será en otra oportunidad.

Ella aceptó con la cabeza y le regaló una sonrisa. Juancho salió a alcanzar al Mono que acababa de abandonar la biblioteca.

—Bueno, amigo, listo, nos quedamos de encontrar esta noche, vamos a ir ver una película muy buena que están presentando en la Cinemateca Distrital —le comentó.

—La están reparando —repuso el Mono y volteó a mirarlo para darle a entender que no le creía.

A la hora toda la gente se había reunido en la cafetería. El Mono orientó la actividad a realizarse. Cuando recibieron las bandejas se sentaron, distribuidos estratégicamente entre todas las mesas. De un momento a otro, en el centro de la cafetería uno de los del grupo se paró sobre la mesa con la bandeja en la mano. El ruido estruendoso de las cucharas al golpear las bandejas metálicas fue recogiendo todas las miradas sobre el sitio en que se hallaba, poco a poco el silencio fue retomando las amplias instalaciones de la cafetería. Cuando el que se encontraba sobre la mesa vio el momento oportuno, comenzó a hablar.

«No sé, compañeros —dijo— con qué los alimentan a ustedes en sus hogares, pero muy seguramente es con mierda, porque se necesita tener un apetito de hiena para comerse esta porquería... no tener dignidad para hacerlo». El Negro, que se encontraba a unos diez metros, cogió el pedazo de papa que tenía en la bandeja y la lanzó de tal manera que le pasara por encima de la cabeza y fuera a dar a otra mesa, los otros hicieron lo mismo y de pronto la cafetería se vio convertida en un campo de batalla en donde las comidas servían de proyectiles. En ese momento, ante la imposibilidad en que se vieron los estudiantes de cooperación de controlar lo que estaba sucediendo, se comenzó a gritar «abajos» al servicio de cafetería y a rechazar la mala calidad de la comida.

—Esa no es forma, compa —le decía uno de los miembros de cooperación al Mono, que buscaba refugiarse de la lluvia de alimentos.

—Estoy de acuerdo, pero quién iba a pensar que toda la gente estuviera dispuesta a renunciar a la comida para tirarla... ¡Nadie! Es la mamera que tienen de comer siempre la misma lavaza lo que los impulsa... se están desahogando.

—¿Por qué más bien no van y se desahogan en la torre administrativa con el rector?

—Eso dígaselo a ellos, no a mí.

—Dígaselo usted que fue el que empezó este mierdero.

—¡Ah! ¡Mejor dicho no me joda! ¿Ahora va a hacer de policía o qué? Si la gente se está comportando así, es porque se le da la puta gana y estuvo. Es una actitud espontánea.

—Es una actitud anarquista.

—Tómelo como quiera, la protesta está hecha.

Durante una semana la alimentación mejoró, pero luego comenzó a bajar nuevamente de calidad. «El presupuesto, es el presupuesto», dijeron.

Antonio se enfureció cuando supo lo de la cafetería. «Esa no es la forma compañeros, ustedes siempre siguen el camino más fácil, prefieren hacer cosas extravagantes a organizar la gente. No se trata de luchar por una comida, se trata de defender el presupuesto de la Universidad y eso no se consigue voleando papa, sino trabajando». En la noche se discutió sobre la participación del estudiante en el proceso de cambio social; la pelea estuvo tan acalorada que los ánimos del grupo antagonizaron.

«Lo que pasa, hermano, es que usted se nos está mamertiando», le dijo el Santandereano a Antonio.

«Pues si plantearse el problema de la organización es mamertiarse... me mamertié y listo», le respondió.

Después de aquella noche nadie volvió a saber de él, hasta la tarde en que llegó el Negro con el periódico bajo el brazo a avisarles que lo habían matado.

CLARA

—Tranquila, mija —le dijo doña Gertrudis a Omaira —ya verá cómo aparece en estos días.

—Sí señora, lo que pasa es que uno no deja de afanarse —le contó ella.

—Y es natural... pero confiando en Dios, todo sale bien.

Manuel había viajado hacía dos semanas con la intención de regresar a los diez días y aún no regresaba. Omaira sentía la angustia de no saber cómo le estaba yendo. Desde que estaban viviendo juntos, él había salido varias veces, pero siempre regresaba para las fechas previstas, ahora cinco días habían transcurrido sin que él diera señales de vida. Su vientre crecía al mismo ritmo de sus angustias. Unos golpecitos en la puerta de entrada de la casa la rescataron de sus pensamientos.

—Deje, yo voy —le dijo Martha—, estese usted sentadita ahí que yo abro.

La muchacha atravesó el zaguán y llegó a la puerta. Una joven apareció ante ella.

—Dígame una cosa, aquí vive una joven Omaira... no sé el apellido. Está casada con un muchacho Manuel.

—¿Quién la busca?

—Una amiga, Clara.

—Voy a ver si está, espere un momentico. Martha regresó hasta donde Omaira se encontraba.

—La busca una joven que dice llamarse Clara —le dijo.

—¡Clara! —exclamó Omaira y salió corriendo hacia la puerta.

Las dos amigas expresaron en un abrazo su sentimiento de fraternidad y agrado de verse.

—Sigue, sigue —le dijo Omaira— entra a conocer tu casa. Clara fue hasta la habitación que su amiga compartía con Manuel y allí se sentaron a conversar.

—¿Cómo va este matrimonio de hecho? —preguntó Clara.

—Bien... bien —se apresuró a contestar Omaira.

—Eso me alegra mucho. ¿Y tu maternidad?

—Sin problemas, yo pienso que va a ser un caminante porque todo el día se la pasa dando pasitos en mi estómago —agregó Omaira sonriendo.

—Con que se parezca al papá es suficiente —apuntó Clara.

—Oye, ¿quién te dijo que vivíamos acá?

—Manuel.

—¿Manuel? ¿Cuándo?

—Hace un par de días. Me pidió que viniera a visitarte.

—¿Está en Bogotá?

—No... O sí y no.

—¿Cómo así?, explícate.

—Es mejor que te lo explique él cuando regrese. Te manda a decir que no te afanes, que este fin de semana va a estar contigo, que le des de su parte un beso a Camilo... que lo cuides mucho.

—¿Está bien?

—Claro. Oye, eres muy afortunada, primero por tener un compañero como Manuel y segundo por tener un amigo como Álvaro. Mira, te envía este regalo y un beso.

—Álvaro... ¿Cómo está él?

—Terminando las diligencias de grado. Hace poco empezó a trabajar con una compañía de ingenieros, creo que le va bien. Ya no volvió a residencias, está viviendo en un apartamento en la Cuarenta y dos con Dieciséis, cerca de la Universidad.

—Ah, me alegra mucho. Dale mis saludos y mi aprecio si lo ves. Dile que no lo he dejado de querer. ¿Y tú cómo estás?

—Caminando sobre las ruedas, sin afanes.

—¿Y el niño?

—Bien, creciendo, todos los días más inquieto, pero más lindo.

—¿Cómo te encontraste con Manuel?

—No me lo encontré, estuve con él hasta el martes... Bueno, no me vayas a preguntar de eso porque no te voy a contestar. ¿Cómo va tu práctica en el hospital?

—Bien —respondió ella y dejó que la conversación tomara otro rumbo mientras su pensamiento buscaba afanosamente la explicación que Clara se negaba a darle.

El tropelero es un militante de la vida,
que no soporta los dogmas ni las sectas,
que no renuncia a la utopía
de soñar amaneceres
preñados de abundancia
y de alegría

LA MILITANCIA

El Negro reunió al grupo en la pieza, comenzó diciéndoles que algunos compañeros se estaban preparando para salir de la Universidad, que bien que mal el trabajo que les había correspondido desarrollar históricamente en defensa de la Universidad estaba hecho. Que le preocupaba que una vez que partieran muchos de ellos, el sector se quedaba sin activistas, que se establecía la necesidad que se creara una política de formación de cuadros que en cuestión de meses pudiera transmitir la experiencia adquirida en todos esos años de lucha para que las nuevas generaciones de estudiantes no tuvieran que hacer el mismo recorrido.

—La consigna es reproducirse —dijo el Negro—, de lo contrario el recorrido en la Universidad para los activistas será cíclico y esto nunca va a avanzar, se utilizarán los mismos métodos y se harán las mismas prácticas sin que ellas se renueven...

—Mire, compa —interrumpió Simón—, yo creo que usted tiene la razón en algunas cosas, pero que peca de romántico en otras. Por ejemplo, eso de construir una fábrica de cuadros que ensamble activistas en corto tiempo es una utopía, aquí la gente no viene

a estudiar para ser activista del movimiento estudiantil, sino para ser profesional.

—Yo no he dicho lo contrario, pero eso no quiere decir que nosotros no podamos orientar a los compañeros que van apareciendo en forma silvestre y conducirlos por el camino de un activismo enriquecido con experiencias de generaciones anteriores. Antonio tenía razón, si a nosotros nos tocó la edad de piedra, a otros tiene que tocarles la edad de la organización.

—Hablando de piedra, compa —intervino Reinaldo—, el Mono le manda a decir que si se pueden ver mañana a las ocho en el cafetín de Artes, parece que tiene algo para proponemos.

—Es sobre el problema de La Casona, un desalojo que se produjo la semana pasada en el centro de la ciudad, veintitrés familias lanzadas a la calle por la fuerza; anteayer murió un niño de pulmonía, muchos parece que están enfermos de tuberculosis, en otros términos, ciento treinta personas llevadas del putas.

—Sí, por ahí estuve leyendo algo sobre eso. ¿Y qué es lo que propone el Mono?

—Un mitin incendiario.

—¿En dónde?

—En las oficinas de la firma constructora que adelantó el desalojo.

—Ah... ¿Ustedes qué piensan al respecto?

—Yo creo que está bien —se apresuró a decir Reinaldo—, es una buena oportunidad para vincularnos a los sectores populares y decirle a la gente que está botada en la calle, que no está sola. Es una forma de solidaridad...

—Ya tenemos listas algunas molotov y material para preparar otras —dijo Simón.

—Esta noche le vamos a dejar cerca del sitio, ya le estuvimos dando la vuelta, la vaina no es tan difícil. Es un trabajo de denuncia,

van a participar unas seis brigadas de la Nacional y unas dos de la Distrital, son como setenta personas en total —repuso Juancho.

—Mejor dicho, todos están de acuerdo —dijo el Negro. Todos movieron afirmativamente la cabeza.

—Pues bien, echémoslo adelante, pero que ese trabajo vaya acompañado de un comunicado en el que se le explique a la opinión pública por qué se hace.

—Ya está listo —dijo Reinaldo mientras se ponía de pie para buscarlo en el bolsillo de atrás del pantalón con el fin de pasárselo al Negro.

—Se han vuelto ustedes muy eficientes —comentó él.

—Hacemos lo posible por ganarnos la militancia —intervino Reinaldo.

—De eso quería hablarles precisamente. Después de la muerte del compañero Antonio, yo he tenido que asumir la responsabilidad de coordinar y orientar la actividad de algunos compañeros en la Universidad, pero los meses que me quedan acá son pocos y no va a quedar nadie que los guíe a no ser que ustedes pasen de la simpatía a la militancia, que es tanto como pasar de la anarquía al trabajo coherente y disciplinado. No queremos sacar a nadie de la Universidad para que se vaya a pelear a algún frente distinto al que le es natural, los queremos en la Universidad y únicamente el tiempo indispensable para salir como profesionales. Los queremos organizando y educando, cumpliendo tareas de agitación y denuncia, nada más. La preparación militar que se les ha de dar es únicamente con el fin de que se puedan desempeñar de urgencia en alguna tarea de la organización y no para que abusen de ella. La pelea en la Universidad es gremial y política, no militar. Otro es, y debe ser, el escenario para dar ese tipo de lucha.

La charla se prolongó toda la noche, cada uno expresó sus impresiones acerca del significado de la militancia, la importancia que en

ese momento revestía para el país ese tipo de lucha y el papel que el movimiento estudiantil de activistas estaba llamado desempeñar en ella. En la madrugada se fueron a dormir.

El Negro entró a las siete y media de la mañana al cafetín de Artes, se acercó al mostrador y pidió un tinto, buscó una mesa desocupada cerca de la ventana y se puso a leer. Al rato vio entrar al Mono, quien después de localizarlo fue a buscar un tinto al mostrador, desde allá le hizo señas preguntándole si quería que le llevara tinto, el Negro respondió afirmativamente.

—¿Cómo vamos? —preguntó el Mono al llegar a la mesa.

—Bien, ¿y ustedes?

—Marchando al ritmo que los acontecimientos nos lo exigen.

—Hacen bien... Ir adelante siempre es una vaina, ir atrás es una desgracia.

—¿Qué acordó el grupo?

—Participamos.

—Eso está mejor. A ustedes se les tiene mucha confianza. La gente sabe de dónde reciben orientación y se siente segura.

—¿Cómo así? Nosotros no recibimos más orientación que la que nos señala nuestro compromiso con el sector y nuestra claridad política.

—Para qué más —comentó el Mono maliciosamente.

—Mire, compa, eso de estar jugando a ubicar la gente no es bueno, crea mucha desconfianza.

—Esa no es mi intención.

—Pues bien, siendo así, tratemos de coordinar el trabajo que es lo único que nos une.

—Mire, compa, además de lo de esta tarde, que ya es un hecho, pensamos adelantar la lucha contra la farsa electoral, golpeando algunos directorios políticos, son tareítas relámpago a la manera de lo que vamos a hacer hoy.

—Esperemos a que pase esto y conversamos.

—Está bien. ¿Cuadraron medidas de seguridad?

—Por nosotros no se preocupe.

—Bueno, nos vemos mañana acá mismo para evaluar, ¿está bien?

—Listo.

El Mono salió del cafetín, mientras el Negro tomaba nuevamente riendas de la lectura.

A las cinco y media de la tarde un movimiento extraño de gente comenzó a concentrase en la calle Treinta y cuatro con carrera Trece, cerca de las oficinas de la empresa constructora. Algunos se confundían con la gente que esperaba bus en el paradero de la esquina. Pronto la calle se fue llenando de jóvenes que miraban con nerviosismo e insistencia las instalaciones de la empresa, esperando que alguien diera la orden para empezar a golpear. El Negro miró el reloj, se dio cuenta que habían transcurrido cinco minutos después de la hora señalada y comenzó a impacientarse. Juancho, Simón y la demás gente del grupo que se habían localizado estratégicamente sobre la calle comenzaron a mirarlo esperando orientación, él les hizo señas de que esperaran. Un radiopatrulla se fue aproximando lentamente al lugar ante la mirada angustiosa de todos; algunos caminaron hasta la esquina de la Treinta y cuatro y bajaron un poco para mezclarse con la gente que esperaba la hora de entrada al cine en el teatro Teusaquillo. El radiopatrulla se detuvo un momento en el cruce de la calle con la carrera, la gente comenzó a desplazarse en sentido contrario. El Negro vio cómo se alejaban del lugar, miró el reloj de nuevo y les dio la orden de retirarse a los del grupo. Poco a poco fue encaminándose hacia la Caracas, atravesó la avenida y comenzó a bajar la calle rumbo a residencias.

—¿Qué pasó? —le preguntó el Negro al Mono al otro día cuando se encontraron en Artes.

—Estaba militarizado.

—Yo no vi sino un radiopatrulla.

—Tenían un escuadrón en el sótano de un edificio cercano y un gran número de efectivos de civil a la redonda, la patrulla tenía por objeto provocar a la gente.

—Usted piensa que hubieran arriesgado una patrulla para provocar, por lo menos sesenta bombas le hubieran caído encima.

—Sí, pero ese no era el objetivo de la acción. Como las condiciones no eran favorables se suspendió.

—Nadie dio la orden para que se disolviera la gente.

—Tampoco se dio para que se actuara.

—Esa falta de determinación pudo haber generado un problema grave. Si por algún motivo no se van a hacer las cosas se le da orientación a la gente para que se retire del lugar.

—Ese problema debe solucionarlo el responsable de cada grupo.

—Mire, Mono, así no trabajamos nosotros, la responsabilidad es de quien organiza, fueron ustedes los que propusieron la tarea, son ustedes los que responden por la seguridad de la gente. Qué tal si nosotros decidimos echar la tarea adelante porque para nosotros ofrece las condiciones de seguridad suficientes... ¿Qué cree que hubiera pasado?

—Es posible que mucha gente hubiera caído.

—¿Y a quién se le hubiera echado la culpa?

—A ustedes.

—No. A ustedes que fueron los que organizaron y coordinaron todo. Afortunadamente no se produjo ninguna dificultad, además de las que representa hacer el camino de regreso en bus con las bombas en los bolsos a esa hora. Hay algo que me inquieta... Si nos estaban esperando era porque sabían. Total, mire a ver qué grupo está infiltrado, nosotros por el momento nos aislamos del trabajo.

—No exagere, Negro. Sí, pudo filtrarse la información, pero también pudo ser que esperaban una protesta de la gente desalojada.

—Bien, mientras se averigua eso, nosotros nos hacemos a un lado. Estamos interesados en coordinar el trabajo de denuncia de la farsa electoral o participar en él, pero a nuestro modo.

—¿Cómo proponen que deba hacerse?

—Nucleemos una Coordinadora de brigadas, un delegado responsable por cada una, que reciba y dé la información de lo que se acuerde y se comprometa a sacar adelante las tareas con las directrices que la Coordinadora señale.

—Hagamos un consenso. A mí me parece bien, deje yo hablo con los demás grupos.

—Impulse una reunión de responsables.

—¿En dónde?

—En el camino se arreglan las cargas. Tenga la gente lista y yo les digo dónde.

—¿Para cuándo?

—Para el lunes.

—Está bien.

GLORIA

Ismael se sentó en uno de los costados de la cárcel a conversar con Gloria, ocho largas semanas de reclusión habían transcurrido. Cada vez que iba a visitarla, lo recibía con mayor entusiasmo, le contaba en detalle las cosas que hacía durante la semana y dejaba notar una moral alta y firme. No volvió a hablar de política, todo intento que realizaba para que hablaran sobre temas que a él le habían comenzado a interesar, ella los evadía de tal forma que a Ismael le apenaba insistir en la conversación.

—Algún día voy a escribir una novela —le dijo Gloria aquella tarde—, la cárcel termina convirtiéndose en una gran escuela; cuando uno es capaz de asimilarla como debe ser, acá se piensa mucho sobre lo que ocurre afuera, lo que le permite a uno racionalizar mejor las experiencias. También se aprende bastante de la vida de la gente, las reclusas cuentan historias que uno apenas alcanza a creer por la sinceridad con que lo hacen y el sentimiento que le ponen... Uno a veces idealiza la pobreza, pero cuando tiene la oportunidad de conversar con ellas se da cuenta que no cabe en la imaginación... No es sentir dolor del hambre solamente, es padecer la angustia que ese dolor produce lo que la hace intolerable, lo que

desquicia. El dolor físico es soportable cuando se desconoce la causa que lo produce, pero cuando se sabe que el dolor de estómago de mis hijos es causado por la falta de alimento, eso enloquece, el pensamiento se sale de los cánones establecidos por la sociedad para buscarle solución al problema que esta no ha sido capaz de dar. En la insatisfacción de las necesidades está la cuna de la delincuencia...

Ismael la sintió hablar con entereza, con sentimiento, como si las palabras le salieran del alma y la razón se las aprobara. Había tanta fuerza en ella que él apenas alcanzaba a escapársele al entusiasmo con que expresaba las cosas para contemplarla. Cada fin de semana había cumplido puntualmente la cita que la vida le había colocado en esa cárcel para buscar en ella la necesidad de sentimiento que tuvo desde siempre. No se sentía obligado a hacerlo, algo más grande que la obligación lo llevaba allí: la necesidad de verla, de experimentar esa sensación extraña que le producía oírla hablar como si la vida misma lo estuviera haciendo.

—Hemos organizado con otras compañeras un grupo de estudio y de trabajo que nos va a proporcionar muchas y muy buenas experiencias. Te voy a encargar un poco de material que vamos a necesitar, hemos reunido la plata entre todas... Bueno, si no es mucho inconveniente.

—Ninguno. Me gusta verte con tanto dinamismo. No sé cómo me comportaría en una situación semejante.

—Bien, seguramente lo harías muy bien. Sabes que en estos días me puse en tu lugar, es una situación difícil la tuya, uno termina por encontrarle sentido a la estadía acá, así no la tenga, pero me preguntaba qué es lo que te mueve a ti a venir cada fin de semana a visitarme.

—Una sola cosa...

—¿Qué?

—Tú.

—No seas tonto. Hay miles de mujeres que podrían darte más de lo que yo te doy y sin causarte tantos problemas.

—Ninguna lo haría como tú. Para mí venir a visitarte no es un problema, es la satisfacción de una necesidad...

—Definitivamente eres especial. Dime una cosa: ¿realmente existes o eres apenas un sueño? Porque si es así, no quiero despertar nunca.

—Las cosas que se te ocurren, yo no soy tan bueno como aparento, más bien soy un poco malo, un lobo vestido de oveja.

—Solidaridad silvestre la llamamos nosotros.

—¿Nosotros? ¿Quiénes somos nosotros?

—Los que miramos el mundo en forma diferente... No sabría cómo explicártelo... Digamos que los que empujan el carro del cambio.

—¿Qué es lo que tienen ustedes de especial que no tengamos nosotros?

—Nada.

—¿Y entonces?

—Y entonces me consigues el material y lo traes el martes, yo estoy pendiente de que me lo hagan llegar...

—Esa manera tuya de esquivar la conversación de ciertos temas...

—Esa manera tuya de mirarme...

—¿Qué tiene de raro?

—De raro nada, de tierno mucho.

—Te quiero...

—No te creo.

—No importa. Te quiero sin que me creas.

El tropelero es un guerrero nómada
un colonizador de desiertos de apatía
un unificador de voluntades distintas
que sabe que organizar es la más dura
y larga de todas las batallas,
pero la más necesaria

CACERÍA AL MIEDO

—Hijueputa, hermano, ahora sí nos jodimos, cerraron la cafetería —le dijo Javier a Juancho al entrar a la pieza.

—Cómo así, hermano, si apenas está empezando el semestre.

—Ahí tiene para que vea, la presupuestitis aguda, la eterna enfermedad de la Universidad. Ahora resultaron con el cuento de que cada comida le sale a la Universidad por ciento cincuenta pesos, como quien dice, con lo que uno vive un mes, viviría un día, si tuviera que pagar a ese precio la alimentación.

—La comida es muy mala para que cueste eso. Si la administración tiene que invertir quinientos pesos diarios por estudiante va a tener que ir a los barrios populares a que las amas de casa le enseñen cómo con menos de quinientos pesos diarios alimentan una familia hasta de diez miembros y con una comida que muy a duras penas puede igualar la de la cafetería. Sin ir tan lejos, para que no se les ensucien los zapatos, que vayan a los restaurantes populares y pregunten cómo hacen para vender almuerzos a ochenta pesos, como negocio.

—Sí, el gobierno tiene cagada la Universidad recortando a diario el presupuesto y el problema se agrava cuando se le suma una

administración inepta a cada dependencia. Ese hijueputa administrador de cafetería es capaz de quebrar una máquina de billetes.

—Bueno, hermano, pero con echar madrazos no vamos a solucionar nada. Hay que pensar en algo, porque el problema lo tenemos que afrontar los de provincia. De dónde diablos voy a sacar para comer mañana: ¡trescientos pesos! Hace más de tres meses que no veo reunido tanto billete.

—Mañana armamos el mierdero. Mitin en la torre a la hora del desayuno.

Unos golpes en la puerta llaman la atención de ambos.

—¿Quién? —preguntó Javier.

—Compañeros hay asamblea de residentes en el *hall* de Gorgona para sentar una posición por el cierre de cafetería —dijo alguien a través de la puerta.

—Bien, hermano, ya bajamos —contestó Javier y luego se dirigió a Juancho— vamos a ver qué pasa.

—Claro, hermano, me tocaron donde me duele, usted no sabe de lo que soy capaz de hacer con hambre.

—Tomémonos un tinto y bajamos.

—Listo.

A las once de la mañana una nutrida manifestación de estudiantes se concentraba frente a las instalaciones de la torre administrativa. Las puertas de la edificación comenzaron a cerrarse, la presión de los estudiantes sobre las puertas de vidrio inquietó a los celadores. El rector se negaba a salir a dar una explicación y aceptaba solamente recibir una comisión. Las consignas se agitaban cada vez con mayor fuerza, los ánimos de los estudiantes se encendían haciendo la atmósfera pesada. Los oradores se fueron sucediendo uno tras otro hasta casi la una de la tarde, cuando los empleados del edificio les hicieron saber a los estudiantes que el rector había abandonado el edificio por el sótano. Tres días seguidos se realizaron mítines,

dos comisiones de estudiantes trataron de hablar con el rector, pero ninguna solución se le dio al problema.

—Hermano, la gente está mamando hambre, a punta de tinto y gaseosa no se sostiene nadie, tenemos que hacer algo —le comentó el Santandereano a Juancho en el cafetín de Gorgona.

—Todos los restaurantes que hay a cinco kilómetros a la redonda no atienden estudiantes, se han producido muchos «palos» en estos tres días —dijo Juancho.

—Hablemos con el Negro y el Mono, de pronto ellos proponen.

—Listo, vaya usted a buscar al Mono a la pieza que yo me traigo al Negro. Nos vemos acá en diez minutos.

Al rato los cuatro estaban reunidos en las escaleras que dan acceso al *hall* del edificio. Cada uno dio sus impresiones sobre la situación de hambre que se estaba viviendo en residencias y todos estuvieron de acuerdo en adelantar una tarea que le pudiera brindar comida a los residentes.

—¿Qué propone usted, Mono? —preguntó el Negro.

—No sé, creo que sería salir a cazar, buscar un camión de leche o comestibles...

—¿Secuestrar un camión? —inquirió el Santandereano.

—No —repuso el Negro—, retenerlo para rescatar los alimentos.

—Es la misma vaina.

—No, no es lo mismo, los que secuestran son los delincuentes, nosotros recuperamos.

—De todas formas, esa vaina nos queda grande a nosotros —intervino Juancho.

—No, si se planifica bien —comentó el Negro y agregó—: claro, cuando se va de cacería se corren riesgos mayores que cuando se hace un estudio detallado de los objetivos, pero sí es posible hacer algunas cosas buenas.

—¿Por qué no miramos las posibilidades y tomamos una determinación? —dijo el Mono a Juancho y al Santandereano, quienes se mostraban vacilantes.

—No, pues si ustedes piensan que la vaina no es tan difícil, díganos qué hay que hacer, que por lo menos yo meto —dijo Juancho.

—No es que la vaina no sea difícil —aclaró el Negro—, lo que estamos diciendo es que no es imposible.

—¿Con qué respaldamos la acción? —preguntó el Santandereano.

—¿Cómo así? —inquirió el Negro.

—Sí, ¿con qué armas?

El Negro miró al Mono y sonrió.

—¿Quién necesita armas? —dijo—, lo único que necesitamos es coraje.

—Bien, ¿y cuántos participaríamos en eso? —preguntó el Santandereano.

—Los cuatro —dijo el Mono.

—¡¿Los cuatro?! —exclamó Juancho.

—Los cuatro —dijo el Negro.

—Me gusta eso... me gusta —dijo el Santandereano y a él se sumó Juancho.

A las cinco y media de la mañana Juancho se puso de pie; había estado meditando toda la noche sobre lo que se pensaba hacer, una sensación de preocupación había venido a instalarse en su interior formándole un nudo en el estómago. Es miedo, se dijo, es físico miedo, ya antes había experimentado ese estado de ánimo en los enfrentamientos con la policía, pero ahora se hacía presente con mayor intensidad y mucho antes de que las cosas ocurrieran. Fue hasta el baño y se duchó, el golpe frío del chorro del agua le hizo estremecer. Regresó al cuarto y se vistió a la carrera, miró el reloj antes de salir, se dio cuenta que tenía el tiempo preciso para llegar al lugar de la cita.

—¿Para dónde vas tan temprano? —le preguntó Javier sacando la cabeza de dentro de las cobijas.

—A buscar el desayuno —le respondió él y salió.

Aprovechó la bajada de las escaleras para calentarse, atravesó la puerta del edificio y cogió el camino hasta Gorgona. Sentado en las escaleras del *hall* lo esperaba el Santandereano.

—¿Qué hubo, hermano, no han llegado aún ellos? —saludó Juancho.

—Van adelante —respondió el Santandereano, poniéndose de pie.

—Bien, vamos entonces.

Juancho se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta después de haberse acomodado el gorro de lana y la bufanda. Caminó al lado de su compañero hasta un momento antes de llegar a la calle Veintiséis; cuando se hizo a un lado de la calle para orinar, sintió ganas de hacer la necesidad completa, pero se aguantó, ya era muy tarde para devolverse. Alcanzó al Santandereano que se había estacionado en la esquina de Inravisión a esperarlo.

—¿Para dónde vamos? —preguntó.

—Hacia el centro —le respondió el Santandereano y comenzó a atravesar la calle.

Cogieron un bus que los condujo por toda la avenida Veintiséis hasta la Treinta y cuatro, se bajaron frente al Concejo de Bogotá. El Mono y el Negro los esperaban en un paradero de buses cerca de la bomba. Cuando se encontraron, el Negro recogió a Juancho y el Mono al Santandereano para explicarles lo que iban a hacer.

—Hijueputa, hermano, ¿dónde consigo un baño?, estoy que me cago —le dijo Juancho al Negro.

—Yo estoy igual Juancho, no se preocupe que eso es el miedo

—le comentó el Negro sonriendo—, tranquilícese y verá que le pasa la cagada.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a caminar por esta calle a ver si vemos un repartidor de leche, nos movemos así como estamos repartidos y sin separarnos mucho. El Mono da la orden cuando tenga el repartidor a la mano.

—Listo.

Estuvieron caminando más de cuarenta y cinco minutos y no vieron nada. Las calles se comenzaron a llenar de gente que salía apresuradamente de sus residencias hacia el trabajo, llegaron nuevamente al punto de partida.

«Tomemos tinto», dijo el Mono y los convidó para que entraran a una tienda pequeña que se localizaba sobre la calle. Una mujer de años les alcanzó los tintos hasta la única mesa que había. Desde allí se veía la calle, el semáforo del cruce y la bomba. Estuvieron conversando unos minutos, de pronto Juancho llevó apresuradamente la mano al bolsillo, sacó un billete de veinte pesos y lo puso sobre la mesa.

—¡Ahí está! —exclamó y salió corriendo hacia la calle; los tres voltearon a mirar, un furgón se había estacionado frente a la tienda esperando que el semáforo le diera paso.

Juancho se acercó a la portezuela hacia el lado del conductor, saltó sobre el estribo del carro y le colocó al chofer la mano cubierta por un periódico a la altura de la nuca.

—Córrase o le pego un tiro —le dijo amenazante; el chofer trató de voltear a mirar, pero sintió que la puerta del otro extremo se abría y un par de jóvenes se subían afanosamente al carro. Se corrió despacio.

—Tranquilo, hombre, no se asuste que no le va a pasar nada —le dijo el Negro. Juancho abrió la portezuela y se acomodó al volante, el semáforo cambió a verde y el carro continuó su camino. Ahora llevaba cuatro estudiantes a bordo y un chofer asustado suplicando que no le fueran a hacer nada.

—Ya le dije que no le vamos a hacer nada, hombre, somos buena gente —trató de tranquilizarlo el Mono.

—¿Qué lleva ahí atrás? —le preguntó el Santandereano.

—Jugos y bocadillos —respondió el chofer.

—¿Para dónde va eso? —interrogó de nuevo.

—Para Colsubsidio.

—Bien, pues hoy Colsubsidio va a hacer una donación —le dijo el Negro. Le pidió a Juancho que condujera el vehículo a un sitio donde se pudiera dejar al conductor sin problemas: «Cinco en la cabina somos muchos».

Nunca había conducido Juancho con mayor prudencia; no se pasó ningún semáforo, respetó todas las señales de tránsito y se preocupó porque la velocidad fuera moderada. Después de deshacerse del conductor, el furgón se estacionó en toda la entrada de residencias. Los cuatro se bajaron con el rostro cubierto, abrieron el depósito del camión y apareció ante sus ojos el más hermoso cargamento de jugos naturales y lonjas de bocadillo que hambriento alguno haya visto. El Mono y Juancho fueron a armar el escándalo por los pasillos para que la gente bajara a recoger los jugos, el Negro y el Santandereano apartaron en bolsas lo que iban a dejar para ellos y se prepararon a recibir la avalancha de estudiantes que desde todos los pisos se apresuraban a bajar en busca de su ración. La estampida los hizo a un lado, en minutos el camión quedó completamente vacío.

—Tome, esto es para usted —le dijo el Mono a Juancho cuando regresó—, de verdad se lo ha ganado.

—Ahora sí va a tener qué cagar —le dijo el Negro y todos soltaron la carcajada.

LA FARSA

El Mono se sentó sobre la cama, se quedó contemplando las botellas de aguardiente vacías que había encima de la mesa, se puso a contarlas mentalmente: «Veinticinco, un buen número», pensó. Miró el pote de gasolina que acababa de traer, hizo cálculos y concluyó que estaba a medida. Las botellitas quedarían repletas con el ácido sulfúrico que estaba esperando trajera el Negro. Fue hasta el closet, buscó en uno de los cajones la libra de clorato que tenía guardada allí hacía dos semanas, buscó el tarro de azúcar, el papel higiénico y una cuchara, terminó por acomodarse a un costado de la mesa. Comenzó a recortar el papel en pedazos iguales que fue colocando en forma ordenada, con la cuchara repartió sobre cada uno una mezcla de azúcar y clorato, después dobló cuidadosamente cada paquete y lo aseguró con cinta pegante. Estaba por terminar cuando escuchó unos golpes en la puerta, se aproximó a ella y preguntó quién era. «Yo», respondió el Negro. «Yo, ¿quién es?», inquirió el Mono. «El Negro, hermano, abra». La puerta se abrió y apareció el Negro con un galón en la mano. «Casi no vuelve», le dijo el Mono. «Casi no consigo la leche», le comentó mientras se apresuraba a entrar.

—Bien, ya tengo casi todo listo. Faltaba el ácido.

—No es muy bueno, pero yo creo que funciona. Me lo vendieron unos locos que cargan baterías.

—¿Por qué no lo buscó en los depósitos de San Victorino?

—Están pidiendo explicaciones sobre el uso.

—Probémoslo a ver. Ahí está el tinto en el termo, sírvase si quiere.

El Mono buscó una tapa de betún y sobre ella esparció con cuidado un poco de clorato con azúcar, tomó el gotero que estaba cerca de las botellas, destapó el ácido que acababa de traer el Negro, fue hasta la ventana, colocó sobre la silla la tapa y dejó que el gotero descargara un par de gotas de ácido sobre su contenido; una pequeña fogata se encendió y extinguió inmediatamente.

—Sí, sirve —le comentó al Negro.

—No es tan puro como el del depósito, pero es bueno.

—Hermano, hay material listo para veinticinco bombas. ¿Cuántas elaboramos?

—Dos docenas. Cada uno de a dos.

—¿Cómo así? ¿Cuánta gente va a participar?

—Su grupo y el mío, ninguno más con nosotros. No quiero que nos pase lo mismo de la Treinta y cuatro.

—¿Y las demás brigadas?

—Ellas van a golpear otros directorios.

—Eso está bien. ¿A qué hora se va a hacer?

—Después se lo digo, prepare su grupo para cualquier hora.

—¡Ah! Hermano, ¿cuántos son ustedes?

—Ocho más o menos.

—No quiero si no seis.

—¿Por qué?

—Por seguridad, seis de ustedes y seis de nosotros. Doce son suficientes.

—¿Y el sitio?

—Igual que la hora, terminemos de preparar esto para que se lleve el material y lo distribuya. Que todo el mundo esté listo.

—Una última pregunta, ¿el directorio es liberal o conservador?

—¿A quién le importa eso? Ambos partidos son la misma mierda. No ha oído «que nos gobiernen los godos o mande el liberalismo, para tirarse a los pobres todos resultan lo mismo».

—También es cierto.

Con cuidado repartieron la gasolina y el ácido entre las botellas, les colocaron los corchos y cubrieron con parafina para evitar cualquier escape de líquido.

—No le ponga «las galletas», entrégueselas a cada uno para que lo haga, es un peligro andar con ellas listas —le dijo el Negro.

—Sí, claro —respondió el Mono mientras localizaba cada botella en un compartimiento especialmente adaptado para transportarlas en una caja de cartón.

—Oiga, ¿de quién es este apartamento? —preguntó el Negro.

—De mi compañera.

—¿Es estudiante?

—No.

—Bueno hermano, nos vemos a las cinco de la tarde en *El Tiempo*. Tenga la gente cerca, pero no les diga nada. De ahí nos movilizamos en bus hasta el lugar.

—¡¿En bus?!

—Sí, ¿por qué?

—No, pues para qué nos vamos a encontrar en el centro si nos toca salir de ahí para otro lugar. A esa hora el tránsito comienza a complicarse. ¿Por qué más bien no nos vemos cerca del lugar? ¡Es menos riesgoso!

—No, a las cinco en *El Tiempo*, todavía no se ha hecho el sorteo de sitios y es precisamente para que sea menos riesgoso.

—Bueno, ustedes sabrán qué hacen.

—Esté seguro de eso.

—Nos vemos entonces.

Grupos pequeños de estudiantes comenzaron a desplazarse por la ciudad hacia las cinco de la tarde, la tarea que se habían impuesto era la denuncia de la farsa electoral. Lo iban a hacer en los principales centros de actividad de los directorios políticos incluyendo las sedes. Piedras, bombas y comunicados marchaban con ellos. La Coordinadora de brigadas había distribuido los sitios con anterioridad, pero había dado orientación para que los que participaran en la tarea los conocieran solo hasta el último momento.

El Negro bajó por la Séptima desde la Diecinueve hasta la Trece, se vino contemplando el reloj de *El Tiempo*. Caminó de tal forma que sobre las cinco en punto estuviese en la esquina del edificio. Se paró un momento en el Parque Santander a observar una función callejera de teatro, aún le quedaban diez minutos. Vio entre la gente rostros conocidos observándolo con mirada cómplice, uno de ellos se acercó a conversar con él y aprovechó para darle instrucción con el fin de que se encargara de hacerla circular, luego apresuró el paso para cumplir la cita. Cuando llegó a la esquina del Banco de la República vio al Mono parado frente a la caseta de comestibles y revistas, atravesó la Jiménez y fue a su encuentro.

—Qué hubo, hermano —le dijo—, ¿todo listo?

—Listo.

—Vamos pues.

Cogieron la Jiménez hacia arriba, como quien se dirige a Monserrate.

—Vamos a golpear un directorio que queda en el edificio de *El Espectador* de la Jiménez con Quinta, en el cuarto piso. Dentro de diez minutos. Movilice la gente, que esperen mi orden —le dijo el Negro en el recorrido hasta la plazoleta del Rosario.

El Mono se separó para notificar a su grupo mientras el Negro continuaba subiendo. Al llegar a la Quinta miró el objetivo, observó

las posibilidades de retirada y se dio cuenta que necesitaba regresar una cuadra para coger la carrera en contravía. «Cuando se retiren caminando háganlo siempre en contravía, se les dificulta más a los radiopatrullas la persecución», le había escuchado decir una vez a Manuel. Se regresó unos veinte metros y se paró frente a la vitrina de una librería a observar los libros de exhibición. Estuvo allí unos minutos, volvió a subir, atravesó la carrera Quinta y se paró frente al edificio. «Ese es un buen objetivo, se golpea el directorio y de paso se le informa a la prensa». Sacó de dentro del bolso un tubo de PVC de unas pulgadas de ancho y unos veinticinco centímetros de largo, miró a todas partes y vio la gente acomodándose, cada cual comenzó a sacar las bombas de los bolsos. Todo estaba listo. Acomodó el tubo de PVC sobre el piso y entre las piernas, las separó un poco con el fin de que se sostuviera solo, metió la mano al bolsillo de la camisa y extrajo un dispositivo del tamaño de un cigarrillo, lo miró un momento, luego buscó la mirada del Mono y le dio la señal con la cabeza.

—¡Abajo la farsa electoral! —comenzó a agitar el grupo.

—¡Un pueblo con hambre no vota: se une, se organiza, se arma y lucha!

Las bombas comenzaron una tras otra a precipitarse sobre los ventanales del edificio. Al mismo tiempo que se agitaban las consignas, la gente del lugar se movía sorprendida ante la acción de los estudiantes.

El Negro introdujo el dispositivo en el tubo de PVC y emprendió la retirada, atravesó la Jiménez y se paró unos segundos a mirar que nadie se quedara. La explosión del lanzavolantes estremeció los ventanales cercanos, decenas de comunicados se apresuraban a caer sobre el piso, mientras el Negro le tomaba la mano a una compañera y se retiraba en contravía como cualquier pareja.

El tropelero es un analista,
un politólogo, un estratega,
un conspirador permanente
que le madruga a los acontecimientos
para evitar la tragedia de la muerte

HERIDAS

Unos golpes en la puerta llamaron la atención de Martha, que se encontraba estudiando sobre la mesa del comedor. Doña Gertrudis ya se había acostado y Omaira estaba leyendo en su pieza. La insistencia del llamado la obligó a pararse inmediatamente, se preguntó quién sería a esa hora, pues Manuel tenía llaves y era el único de los que vivían en la casa que no se hallaba presente. Se acercó al portón y preguntó de quién se trataba.

—¿Está doña Omaira? Es de parte de Manuel, abra la puerta. Martha abrió la puerta y se encontró con el rostro pálido y barbado de un joven.

—Traemos a Manuel —le dijo el extraño.

—¿Qué le pasó? —preguntó Martha afanada, mientras caminaba hacia el carro que estaba estacionado frente a la puerta.

—Nada grave —le dijo el joven.

La portezuela del carro se abrió y Manuel, pálido y ojeroso, comenzó a salir del vehículo.

—Hola, china, ¿cómo está? —la saludó Manuel.

—Bien. ¿Qué le pasó? —le preguntó Martha, mientras le miraba la pierna derecha en la que a la altura del muslo una venda empapada de sangre cubría una herida.

—Un resbalón, nada de importancia, entremos —le dijo Manuel y se introdujo en la vivienda rápidamente ayudado por Martha.

—¡Cuídese! —le dijo el joven mientras se aprestaba a partir en el carro.

Martha cerró la puerta y llevó a Manuel hasta el interior de la casa.

—Espere —le dijo él—, cuénteme cómo está Omaira, no quiero que se asuste.

—Bien, lo ha estado esperando muy afanada, pero está bien.

—Vamos a ver cómo recibe esto —murmuró Manuel.

Al llegar a la puerta de la habitación golpeó suavemente, Omaira levantó la cabeza del libro que se encontraba leyendo. «Siga», dijo.

Nuevamente se oyeron los golpes. «¿Quién?», preguntó ella.

—El hombre que más te ama —contestó Manuel.

De un solo salto Omaira estuvo frente a la puerta; al abrirla se encontró con Manuel que le extendía los brazos. Al verlo Omaira transformó el rostro, al resorte de la alegría se le atravesó el freno de la incertidumbre.

—¿Qué te pasó? —le preguntó.

—Lo mejor del mundo —contestó sonriendo—, me pegaron un tiro —agregó.

Omaira se apresuró a acomodarlo sobre la cama, Manuel no le quitaba la mirada de encima.

—Te ves muy bien —le dijo—, muy linda.

—Muestra, déjame ver... ¿Quién te colocó esta venda?

—Antes dame un beso.

—Pero, Manuel —dijo ella disgustada—, ¿qué es lo que está pasando, te estás volviendo loco? ¡Te estás desangrando! —gritó.

—No grites, porque me voy. No me estoy desangrando y lo único que quiero es que me des un beso y no te afanes, eres enfermera, ¿no? Pues no quiero tus servicios profesionales... De ti me alivia el cariño, dame un beso.

Omaira se acercó y lo besó, Manuel le tomó la cabeza con ambas manos y lo hizo apasionadamente.

—¿Caliento agua? —preguntó Martha.

—Sí —le dio a entender Manuel con la cabeza. Martha salió hacia la cocina.

—¿Me quieres? —preguntó Manuel.

—Mucho —contestó Omaira.

—Yo también te quiero, si alguna vez me llegan a matar lo único que pido es que un minuto antes de morir dejes en mis labios la humedad de los tuyos. Nada más... Me hirieron, no es nada grave, pienso... Sin afanes, Camilo no los resistiría, sin angustia, no quiero que me le desfigures el rostro. Mira qué puedes hacer por la herida. ¿Está bien?

—Sí, claro.

Omaira buscó las tijeras en el armario y comenzó a romper el pantalón desde la parte de abajo.

—Sentir tus manos sobre mi piel me reconforta, es el mejor analgésico del mundo —le dijo y cerró los ojos.

Omaira lo miró, él sonrió como si supiera que ella lo contemplaba. Martha entró con el platón de agua caliente y entre ambas se pusieron a buscar la herida, desmontaron la venda y fueron limpiando lentamente la pierna, la sangre comenzó a brotar de nuevo. Omaira se apresuró a tomar unos vendajes limpios con los que trató de controlar la hemorragia. Una mueca de dolor apareció en el rostro de Manuel, una de angustia en el de Omaira. Al rato una venda limpia cubría la herida y al parecer la hemorragia había cesado.

—Tienes que ir al hospital, hay que extraer la bala —le dijo Omaira.

—Y del hospital a la cárcel —replicó Manuel.

—Hay que hacer algo —insistió ella.

—Esperar —murmuró mientras le tendía las manos para que se aproximara. Omaira fue a sentarse a la cabecera de la cama, él levantó la cabeza y la acomodó sobre sus piernas. Las manos de Omaira se entretuvieron con su pelo.

—No vas a llorar —le dijo—, aquí nadie se ha muerto... Ya verás cómo todo sale bien.

Ella quiso hablar, pero no pudo; un nudo se le hacía en la garganta. El esfuerzo que realizaba por no dejar escapar las lágrimas aumentaba su angustia.

Manuel le aproximó el oído al vientre, lo dejó allí un momento, luego murmuró:

—Oye, está cantando... está cantando canciones de esperanza. «Mamá no te angusties que papá está bien la vida continúa y es para los tres».

Manuel se despertó, un frasco de suero colgaba de una estructura metálica localizada al pie de la cama, un cuarto angosto de paredes blancas cuidadosamente alumbrado apareció ante sus ojos. Sentada en una silla estaba Omaira contemplándolo, apenas vio que reaccionaba se le acercó.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien... ¿y tú?

—También... Ya todo pasó, ahora te vas a reponer, en unos días vas a estar andando de nuevo. La doctora dice que la herida no fue muy grave, un poco de terapia y como nuevo.

—¿La doctora?

—Sí, la que fue a la casa, ella te trajo acá.

—Ah...

—Es muy buena persona.

—Sí, claro. Es una buena compañera. ¿Y Camilo?

—Cantando canciones de esperanza.

ENCIERRO

Ismael entró al patio de la cárcel. Sintió que las reclusas lo miraban con extrañeza, en todas esas semanas de visita él había terminado por conocer algunas, en ocasiones había estado conversando con ellas sobre sus problemas, incluso a muchas les había conseguido asesoría jurídica en los consultorios de la Universidad. Caminó hasta el rincón en que Gloria acostumbraba a esperarlo. No la encontró. Una reclusa se le acercó.

—Ismael —le dijo—, creí que no lo volveríamos a ver por acá.

—¿Por qué habría de ocurrir eso? —preguntó él mientras miraba a todos los lados esperando ver aparecer a Gloria por alguna parte.

—No, pues como Gloria salió el miércoles, nosotras pensamos que usted ya no volvería.

—¿Salió el miércoles?

—Sí, señor.

Una mezcla de alegría y amargura se produjo en su interior. Cómo era que no lo había buscado para compartir con él la felicidad de la libertad, si él había compartido con ella la amargura del cautiverio.

Un sentimiento de congoja le fue embargando al sentirse en un medio en el que ahora no tenía sentido su presencia. Miró a todas

partes y se sintió ajeno, el aire comenzó a fallarle, le entregó a la reclusa los paquetes que traía en la mano y fue a sentarse al rincón que durante dieciséis semanas había compartido con ella. Allí estuvo dándole tantas explicaciones como fueron necesarias al comportamiento de Gloria. No lo reprochó una sola vez, no podía hacerlo aunque quisiera, era tanto el amor que le había tomado en todo ese tiempo, que se sentía incapaz de hacerle un reproche. Sus razones tendrá, pensó. Allí, en esa cárcel de mujeres, pasó las tres horas más largas de su vida.

Ismael retomó a su habitación en residencias, estuvo esperando toda la tarde que regresaran los compañeros de pieza; solo hasta ese momento se dio cuenta que esa semana los había visto muy pocas veces. Pensó que ellos eran los únicos que le podrían decir cómo encontrar a Gloria. La noche se le vino encima acompañada de una soledad creciente. Trató de estudiar y no pudo. Bajó al cafetín a buscar algo de comer, pero cuando llegó allí lo único que se motivó a pedir fue un tinto. Estuvo viendo televisión un momento y regresó al cuarto. Nadie había llegado, se recostó, cerró los ojos y se puso a meditar sobre lo que le estaba sucediendo. La madrugada lo sorprendió así, ninguno de sus tres compañeros se aparecía a darle una luz de esperanza a su incertidumbre. Cuando al día siguiente conversó con cada uno de ellos, después de buscarlos en las distintas facultades, se dio cuenta que ellos sabían menos que lo que él sabía sin saber nada. Fue entonces cuando no le quedó otra alternativa que la de esperar que ella se reportara.

El tropelero es un viajero
de la incertidumbre y el caos,
un trastocador del orden,
un anarquista de convicción y principios
que sabe que en la oscuridad
está lo nuevo

COMBUSTIBLE

A LO LARGO DE QUINCE DÍAS la coordinadora de brigadas estuvo ejecutando tareas de agitación y denuncia. El Negro adelantaba los debates de justificación política, llevaba y traía orientación a los grupos. La periódica alza de transporte fue decretada en medio del descontento general de la población, sin que hubiese otro sector distinto al estudiantil que se aprestara a rechazarla.

Las pedreas se iniciaron sobre la calle Veintiséis y la Cuarenta y cinco junto con la quema de carros oficiales y diplomáticos. Por disposición de los pequeños grupos organizados en la Coordinadora de brigadas que se oponían a que se realizaran las protestas frente a las instalaciones de la Universidad, la agitación se trasladó al centro de la ciudad y a los barrios populares. El Negro y el Mono unificaron los grupos para el desarrollo de las tareas de protesta.

—La calle Treinta y cuatro con carrera Diecinueve es un buen sitio, por ahí pasan los trole, en esa esquina hay un semáforo que los obliga a parar —le dijo el Mono a Juancho.

—¿A qué hora nos paramos a esperarlo? —preguntó este.

—Por ahí a las tres, no van muy cargados de pasajeros a esa hora, eso facilita las cosas. Pero Juancho, dígale al Negro que ustedes respaldan, nosotros hacemos el trabajo.

—Eso está como verraco, Mono, dígaselo usted allá, cuando esté a punto de darse la vaina.

Juancho se despidió del Mono. Buscó en el barrio El Recuerdo la pieza de Moncho, un amigo del Santandereano que vivía en una casa de dos plantas con otros compañeros. Al entrar al cuarto vio en un rincón botellas de gasolina cuidadosamente empacadas como bombas incendiarias.

—¿Y eso para qué es? —preguntó.

—Para lo que aparezca —le contestó Moncho.

—Eso no sirve para nada. Son muy peligrosas y muy difíciles de transportar.

—¿Y con qué se piensa quemar los buses entonces?

—Con gasolina.

—Por eso, ahí está.

—Mire Moncho, una botella de esas se rompe y uno se convierte en antorcha humana. Nosotros empacamos la gasolina en bolsas plásticas, resisten mejor el trajín del desplazamiento porque se adaptan a cualquier inconveniente, se puede correr sin peligro de que se caiga o derrame y al estrellarlas contra el objetivo parecen bombas de agua.

—¿Y cómo se le pone la mecha?

—Ese tipo de bomba se enciende con una molotov. Así es que mejor ayúdeme a empacar la gasolina en estas bolsas plásticas, colóquelas doble y ciérrelas con nudo.

Entre los dos empacaron treinta bombas y prepararon la molotov, las acomodaron en dos bolsas más grandes y las colocaron sobre la cama.

—Vamos a preparar almuerzo —le dijo Moncho—, todavía es temprano. El Santandereano quedó de venir con Javier a la una y media.

—Yo tengo que salir, pero vuelvo más o menos a esa hora, voy a verme con el Negro.

—¿Le guardo almuerzo?

—Claro, hermano, la cafetería de la U todavía está cerrada.

El Mono se encontró con el Negro faltando diez para las tres en el recorrido hacia la carrera Diecinueve. Estuvieron mirando la zona y no vieron nada que les inquietara. Sobre la hora acordada la calle comenzó a llenarse, los estudiantes se acomodaron a lado y lado de la vía.

—Nosotros hacemos el trabajo —le dijo el Mono al Negro. Este volteó a mirarlo y sonrió.

—Deje el afán, compañero, acá nadie necesita demostrarle nada a nadie. Mire la gente, ninguno va a salir corriendo. No es necesario que se metan todos, cuatro es suficiente. Hagamos las cosas con elegancia: dos de ustedes, dos de nosotros, ¿está bien?

—Sí, claro.

—Mire, hermano, trate de que la gente no se descontrole, que repartan los comunicados a los pasajeros que vayan descendiendo, que cuiden las esquinas.

—¿No vamos a voltear el bus?

—No hay necesidad, lo quemamos de pie.

—Esos buses funcionan con electricidad.

—Nosotros traemos la gasolina.

—Bien, ¿qué hacemos nosotros?

—Bájenle las tirantas.

—¿No más?

—Sí, pídale bolsas de gasolina a Juancho, no las bote, riéguelas con cuidado al interior del bus, Javier va a estar en ese trabajo. Cuidado con los pasajeros.

—¿Quién se encarga del chofer?

—Juancho. Yo le hablo a los pasajeros.

—¿Agitamos?

—Solo hasta que el bus esté ardiendo, un segundo antes de retirarnos.

—Bueno, listo. Salgamos de esto.

El Mono repartió instrucciones, le pidió a la gente que se tranquilizara y que hicieran la retirada por parejas. Cuiden a las compañeras, les dijo. «Nosotras no necesitamos que nos cuide nadie compañero, deje de ser machista», protestaron ellas. El Negro conversó con Juancho y Javier, les dijo dónde se debían acomodar y lo que debían hacer. Después habló con los demás; cuando todo estuvo listo se estacionaron a esperar el bus. Un nuevo grupo de estudiantes llegó, luego otro. El Negro fue a hablar con un conocido.

—Nos mandaron para acá —le dijo éste.

—No, hermano, no puede ser, éste lugar nos lo asignaron a nosotros.

—Mire, compa, si ya tiene todo listo hágalo, nosotros los miramos.

—Dificultan la retirada.

—Ese es un riesgo nuestro, de pronto nos necesitan.

—No se vayan a meter.

—Lo que usted diga.

Juancho observó a lo lejos el bus, le hizo señas a todos para que estuvieran listos, miró el semáforo, estaba en rojo, todo marchaba conforme a lo planeado. El bus se detuvo un momento antes de llegar al sitio donde estaba una fila de carros esperando que el semáforo les diera paso. La luz de amarillo pasó a verde, los carros comenzaron a desplazarse. El bus se fue acercando, el semáforo se mantenía en verde.

—Hijueputa, se va a pasar —alcanzó a decir Juancho, antes de ver cómo se le desprendían las tirantas y se detenía bruscamente.

—Ahí lo tienen —gritó el Mono, apareciendo por la parte de atrás del vehículo.

El Negro se encaramó al bus hasta la registradora.

—Muy buenas tardes —comenzó diciendo— les vamos a pedir a ustedes que muy lentamente, sin afanarse, se bajen del bus, lo vamos a quemar en protesta por el alza del transporte. El gobierno sigue con su política de alza de precios y... No continuó, la gente se apresuraba a bajar. El Mono y Javier afanando a los pasajeros les decían al tiempo que regaban gasolina:

—¡Pa'bajito! ¡Pa'bajito! ¡¡Pa'bajito!!

Juancho presionaba al conductor que se obstinaba en recoger el dinero.

—Vamos, güevón, que esa plata no es suya —le decía mientras lo amenazaba con la molotov.

Los comunicados comenzaron a distribuirse mientras el Negro bajaba a empellones al chofer.

—Prenda eso —le dijo a Juancho cuando todos habían descendido. La bomba se precipitó al interior del bus que de un solo fogonazo comenzó a consumirse. Las llamas alcanzaban las cuerdas de la luz y sobre la cúspide de ellas una inmensa nube de humo negro se elevaba.

—Un bonito trabajo —murmuró el que había conversado con el Negro minutos antes de que se realizara la quema.

—Una buena fotografía —dijo Javier.

Al día siguiente apareció en la página central de un diario vespertino una panorámica de Bogotá en la que se contemplaba el bus en llamas y la inmensa nube de humo bajo un titular que decía: «Protestas ayer en Bogotá por el alza del transporte».

—Para enmarcar —dijo el Negro.

DE LA EDAD DE PIEDRA A LA EDAD DE LA RAZÓN

—Todos los años por esta época los estudiantes recuerdan sus mártires y los aumentan —murmuró Manuel al observar en la prensa los resultados de los disturbios que se habían presentado en la Universidad el día anterior.

—Esa es la vida universitaria. Recordar fechas, agitar, denunciar problemas, luchar por bienestar, armar pedreas, prestar solidaridad —comentó despreocupadamente Omaira mientras se acomodaba a su lado.

—Esa es la vida que nos tocó vivir a nosotros —le aclaró Manuel—, llena de limitaciones, de carencias de todo tipo, imposibilitados de toda investigación científica; en ella la rebeldía sustituye la disciplina de estudio por la supervivencia, la inconformidad reemplaza los anhelos y las ilusiones que día a día se tornan más inalcanzables.

Los días habían ido transcurriendo lentamente. Manuel se fue recuperando en medio de los cuidados y ejercicios de terapia a los que Omaira lo sometía a diario, pero nada contribuía más a su recuperación que su inapagable deseo de volver pronto al trabajo de militancia. Extensas charlas sobre distintos temas y prolongadas horas de lectura habían contribuido a la formación de Omaira, que sentía

a cada momento con mayor propiedad su condición de madre. La maternidad que, llegó a pensar, podía convertirse en un obstáculo, fue adquiriendo al lado de Manuel cada vez mayor sentido.

—Las pedreas no se producen porque la naturaleza de los estudiantes sea agresiva, sino porque no se les ofrecen las condiciones mínimas para que desarrollen sus estudios profesionales con dignidad. Es el Estado el que crea las condiciones para que los estudiantes se manifiesten en forma violenta al negarse a darle solución a los problemas que los aquejan —expuso Manuel, tratando de justificar la actitud de los estudiantes.

—¿Crees que una pedrea arregla algo, o que lo único que produce son cierres temporales que en nada favorecen el conjunto del estudiantado? —inquirió Omaira a lo que acababa de afirmar Manuel.

—Yo creo que se está equivocado cuando se piensa que las pedreas son la razón por la que se cierra la Universidad. Las pedreas más bien son consecuencia de los cierres y no causa de ellos. El gobierno decreta un cierre cuando no es capaz de dar solución a un problema, a una crisis que afronta la Universidad.

—La verdad es que no estoy de acuerdo contigo, puede ser cierto que los cierres tengan sus causas en las crisis, pero los enfrentamientos con la policía terminan por justificarlos.

—Lo que dices es cierto en ocasiones, pero mira los dos últimos cierres, tienen como única justificación supuestos... la Universidad en completa normalidad académica y de pronto, sin ninguna explicación valedera, «cierre preventivo». ¿Por qué? Porque está próxima la llegada de un alto funcionario del gobierno norteamericano al país, porque hay crisis ministerial, porque se aproxima una contienda electoral o simplemente porque se les dio la gana... Tienes un poco de razón con lo de las pedreas, son una forma de defensa que tiene que ir superando el movimiento estudiantil. Sin duda la forma superior de lucha es la organización de masas capaz de movilizar y

alcanzar reivindicaciones propias del sector y, sobre todo en esta época, de garantizar la Universidad abierta y deliberante.

—¡Oye! ¡Oye! Cuánto has cambiado, hace unos años por estos días te estabas preparando para la pelea y no te importaba si después de ella la Universidad iba a quedar abierta o cerrada.

—Eran épocas distintas...

—¿Para quién? ¿Para nosotros o para la Universidad?

—Para todos, en ese tiempo la pelea podía darse así, ahora no, las condiciones han cambiado.

—¿En qué? Las residencias y la cafetería siguen igual, las bibliotecas se renuevan al ritmo del subdesarrollo, el servicio médico continúa recetando aspirinas, la investigación se realiza más por interés de los comprometidos que porque la impulse la Universidad y lo peor, el cáncer presupuestal se extiende sin que nadie se preocupe por detenerlo.

—Eso es cierto; sin embargo, la forma como el Estado ve a la Universidad Pública después de la década del sesenta es distinta, ella se ha convertido en una especie de «Procuraduría», cuestiona toda actitud gubernamental lejos de las limitaciones que imponen las cuotas burocráticas de poder en un periodo en que la oposición de los partidos es más nominal que real, y lo hace la mayoría de las veces con criterio científico, no politiquero. El gobierno podrá engañar a todo el mundo con sus promesas, menos a la Universidad. Ella se ha convertido en la conciencia del país, por eso ningún gobierno la soporta y cuando no la convierten en establo, la cierran como una gallera, como si físicamente se pudiera limitar el espacio en que se mueve el pensamiento crítico.

—¿Tú crees que la Universidad siempre será así, rebelde, inconforme, deliberante?

—Sí, de eso no tengo la menor duda, son los tres elementos que constituyen su vitalidad, son su agua, luz y aire. No sé cuándo

madure a la organización, pero siempre será rebelde, inconforme y pensante, no podría existir de otra forma. No tendría sentido.

—Lo de la organización es un problema bien serio, la gran diversidad de intereses políticos y sociales que se dan cita en la Universidad son la limitante más grande que se presenta. Todo esfuerzo que se realiza en tal sentido termina en un fracaso.

—Pero no es porque se den cita distintos intereses políticos y sociales, sino porque dichos intereses vienen acompañados de dogmáticos planteamientos que degeneran en un creciente sectarismo. Eso es lo que impide que gérmenes de organización se consoliden y desarrollen. Camilo tiene razón cuando afirma que en la fase agitacional de la revolución, el trabajo estudiantil ha sido de una gran eficacia, pero que en la fase de organización su aporte ha sido secundario. El mismo lenguaje estudiantil tiene que transformarse, la vieja terminología no conmueve a nadie, está profundamente desgastada, cargada de un radicalismo verbal que espanta, que desmoviliza, que es peor. Hay que revitalizar el lenguaje, hacerlo cotidiano, poético, intrascendente si se quiere, pero claro, urgentemente.

—Sabes qué pienso... Que algún día deberías sentarte a escribir sobre lo que fue tu experiencia en la Universidad. De verdad que sería un buen aporte.

—Ya habrá tiempo algún día para hacerlo, por ahora... solo tengo tiempo para ti.

—Deja de ser tonto, te lo digo en serio, siéntate a escribir.

—No es tan fácil, se requiere tiempo para reflexionar y por ahora, también te lo digo en serio, solo tengo tiempo para ti. En unos días voy a retornar al trabajo. Tengo pensado pasar más tiempo contigo, pero no sé qué me depare la historia.

—Manuel, por qué no esperas que nazca el niño, son solo tres meses... Tres meses sin angustias, con la seguridad que se siente al tenerte al lado. Nos haría mucho bien a los tres.

—Déjame ver cómo están las cosas, si no marchan mal me siento a escribir lo que quieres. ¡Ah!, te tengo una sorpresa.

—¿De qué se trata?

—Todo está listo para el grado. El muchacho este podrá acompañarnos.

—Qué bien. Y... ¿cuándo piensas retornar al trabajo?

—No te alegró mucho, ¿verdad?

—Sí, claro que sí.

—Pero no lo suficiente como para hacerte olvidar mi regreso al trabajo.

—No. ¿A eso vino Clara?

—No. Vino a visitarnos solamente.

—Yo no sabía que ella trabajara contigo.

—Yo tampoco, solo hace unos días lo supe accidentalmente. Y no trabaja conmigo, lo hace con nosotros porque tú también haces parte de esto, ¿no?

—Sí, pero mi nivel de compromiso es distinto, es contigo.

—También es con «la empresa».

—Casi que es más contigo que con ella.

—Ahora, pero vendrán otros tiempos.

—Seguramente...

El tropelero es un amante de la poesía,
del teatro, la pintura,
la danza, la música,
la literatura,
un aguerrido defensor
de la cultura

EL CRUCE

Ismael estuvo un buen rato mirando a través de la ventana, parecía como si algo muy en su interior lo atormentara. Ocho semanas había esperado ansioso noticias de Gloria y ni el menor indicio de ella. Había cogido por costumbre recorrer los sitios que suponía ella podía visitar. Dos o tres veces por semana iba a la Cinemateca Distrital con la esperanza de hallarla, pero todos sus esfuerzos resultaban infructuosos. Creyó verla en todo pelo de mujer parecido al de ella, en los mil doscientos metros de recorrido que realizaba a diario sobre la carrera Séptima, la persiguió en cada aroma semejante que pasaba por su lado, en cada mueca, sonrisa o gesto similar. Un sentimiento de soledad cada vez mayor lo acompañaba a su cuarto después de haber cumplido la rutina de la búsqueda que se había impuesto. Se paraba frente a la ventana en el mismo lugar en que ahora se encontraba y permanecía allí hasta altas horas de la noche.

—Mire, hermano —le dijo Juancho al entrar a la pieza—, a usted lo que le falta es salir de este ambiente unas semanas, por qué no aprovecha ahora que está de vacaciones y se da una vuelta por su casa... Con pararse a esperarla ella no va a llegar.

—Yo no la estoy esperando —contestó Ismael sin dejar de mirar a través de la ventana—, ya no...

—Bueno, hermano, pues emprenda viaje, una visita a los viejos y recorrer los acogedores parajes de la infancia le van a sentar muy bien.

—¿Usted cree? Si no me he ido es para que no me mate la nostalgia.

—Tiene que aprender a vivir, hermano, con ella o sin ella la vida continúa y no se puede parar a esperarla eternamente. Yo sé que ella algún día se va a aparecer, ¿pero sabe cuándo va a ser ese día? Cuando haya dejado de esperarla, no antes.

—Tal vez tenga razón.

Dos días después Ismael empacó la ropa en una maleta pequeña, metió dos libros en el bolsillo exterior, repasó mentalmente cada una de las cosas que llevaba para evitar que algo se le fuera quedar. Antes de abandonar la pieza se sentó a la mesa, buscó una hoja de papel en blanco y sobre ella escribió una nota a sus compañeros. Al salir cerró la puerta con llave y sobre ella pegó con cinta el mensaje que acababa de escribir. Descendió las escaleras, tomó la salida de residencias por la carrera Cincuenta y se marchó a buscar refugio para sus angustias al lado de los suyos.

«Compañeros: me voy a ausentar dos semanas, si algo saben de alguien, háganmelo saber. Ismael», leyó Gloria sobre la puerta del cuarto en el que esperaba encontrarlo. Experimentó la sensación más extraña, una mezcla de nostalgia, angustia y desesperanza. Habían pasado ya dos meses desde cuando recobró la libertad y apenas ahora que podía acercarse a él no lo encontraba.

Las lágrimas afloraron a sus ojos casi instantáneamente. Se sentó en una de las escalas y se quedó contemplando la nota. «Dos semanas», dos eternas semanas tan difíciles de llevar como los dos meses que hasta ahora habían transcurrido sin verlo, cargando la incertidumbre de saber si comprendería su actitud o si el silencio

cerrado de todo ese tiempo habría generado en él un sentimiento contrario al que los dos habían ido construyendo a lo largo de sus dieciséis semanas de cautiverio. Buscó en el bolso un pañuelo, secó el llanto que le humedecía la cara, sacó de allí mismo un bolígrafo, fue basta la puerta y escribió debajo de la nota de Ismael:

Voy a esperar a alguien
que llegó y se fue
y sin verme
me dejó un mensaje,
en él dice que tú y yo
somos soledad y tristeza
¿sabes?... no lo creo
y te voy a esperar
para hacértelo saber,
mientras llegas... déjame acompañar
tu soledad... con mi tristeza.
Gloria

Javier despegó la nota y la colocó en la cabecera de la cama de Ismael donde estuvo hasta su regreso tres semanas después.

—Mire, hombre, que la vaina no fue tan mala, después de todo ahora sabe que ella también lo está buscando —quiso consolarlo Javier, pero notó que la vida de Ismael había experimentado un cambio, como si todo ese tiempo en que había estado ausente lo hubiese dedicado exclusivamente a la terapia del olvido.

—Ahora no importa —dijo él—, he aprendido a esperar, ya no me angustio —murmuró mientras se acomodaba a la mesa para iniciar su reencuentro con los libros.

EL CORREO DEL TIEMPO

Bogotá, uno de todos estos días. Compañeros:

Emerge de lo más profundo de mi condición de estudiante la necesidad de plasmar acá, con la sangre y esfuerzo de sesenta años de lucha del movimiento estudiantil en el presente siglo, los hechos y acontecimientos que han llenado de gloria y desventura a los estudiantes colombianos.

Lo hago por ese interés que le nace a uno de evitar que los que son en todo tiempo compañeros de vivencia de la experiencia universitaria tengan que transitar por los mismos caminos, padecer iguales sufrimientos y llegar a idénticos desenlaces, como si la historia del movimiento estudiantil hubiese quedado apresada en el tiempo, en un espacio en que los hechos se suceden en forma recurrente.

Sepan ustedes, compañeros, que hoy mi espíritu se llena de congoja porque mi cuerpo atraviesa de regreso el umbral de la Universidad. Siete años largos han transcurrido en este territorio en el que la libertad anida llenando de luz el pensamiento de aquellos que vienen acá, no a buscar el ascensor que los suba en el edificio social, pues en esta época lo único que se adquiere son títulos de desempleo, sino un conocimiento que le permita comprometerse con su pueblo dentro de una ética que nadie

entendería, porque acá, entre la tiza y las residencias, la Universidad va dejando en nosotros la indeleble marca de la dignidad humana.

No obstante, quiero que sepan que la congoja que lleva mi espíritu no tiene su origen en la partida, de ella solo me queda nostalgia, pues mi profesión no es la de ser estudiante y vivir eternamente en este territorio, sino en el no haber cumplido a cabalidad con un sector que me enseñó a vivir con una óptica distinta del mundo. Quisiera tener con qué pagarles a ustedes que me brindaron la oportunidad de descender al nivel de los nuestros, a la universidad-vida lo que me permitió hacer contra la universidad-institución profundamente burocratizada y monopolítica, pero mi vida entera sería insignificante para hacerlo sin quedarme otra alternativa que eternamente endeudado y agradecido.

Me excuso, compañeros, que el camino que me propongo recorrer lo pienso hacer a grandes pasos, primero porque cuando se mira atrás en el libro de la historia la lectura siempre se realiza con mayor velocidad que la escritura; y segundo, porque pienso que ustedes en esta carrera de relevos están ansiosos de tomar la partida.

Digo entonces que en la llamada República Conservadora (1886-1930) el movimiento estudiantil colombiano, en general el de América Latina, recibió en la segunda y tercera década del presente siglo la influencia del movimiento de reforma universitaria de Córdoba, Argentina. Este movimiento, según cuenta la abuela, les brindó a los liberales de nuestro país la oportunidad de oponerse al régimen conservador en la lucha contra la monopolización del sistema educativo, por la autonomía universitaria y la libertad de cátedra, banderas que se siguen levantando hasta nuestros días y por sectores que no les gustaría se les considerase liberales...

La Masacre de Ciénaga y la corrupción administrativa van llenando la copa de la inconformidad popular y subiendo a la cúspide del desprestigio al gobierno conservador del nunca bien recordado presidente Miguel Abadía Méndez.

En junio de 1929 se adelantan decisivas jornadas populares de protesta contra el régimen conservador. El 8 de junio de ese año pierde la vida nuestro hermano y compañero Gonzalo Bravo Pérez quien será eternamente recordado; con su sangre se escribió la primera página de la historia del movimiento estudiantil en el presente siglo.

Pero miren ustedes las cosas que ocurren, explicables solo en el acontecer histórico como hechos políticos enmarcados en determinadas condiciones: a partir de 1930 y durante dieciséis años gobiernan el país los liberales y la Universidad se conviene en una de sus estructuras privilegiadas de poder. Los principios liberales nacidos en Córdoba son adoptados y la Universidad Nacional de Colombia se constituye en Universidad Liberal.

Omaira colocó sus dos manos sobre los hombros de Manuel y comenzó a masajearlo suavemente, este sintió una corriente de alivio circulando a través de su cuerpo. Descargó el bolígrafo sobre lo que escribía y se recostó un poco hacia atrás para disfrutar del masaje.

—¿Qué escribes? —preguntó ella.

—Una carta.

—¿Para quién?

—Para ti.

—¿Es de amor?

—Podría mi pluma escribir para ti algo distinto...

—¿La verdad?

—La verdad.

—Sí... Pero, en lugar de escribirlo, por qué no me susurras al oído todo ese poco de mentiras dulces, ¿no se te hace más romántico?

—Sí, pero, además, quiero dejar constancia escrita de cuánto te quiero.

—¿La vas a mandar a registrar en una notaría?

—¿Lo crees necesario?

—Sí.

—Entonces me acompañas a hacerlo.

—De todas formas, voy a tener que acompañarte y no es a registrar una carta de amor, sino un poema titulado Camilo y apellidado tú, la única constancia válida del amor que sientes por mí.

—¿Sabes qué es lo único que no me va a gustar de Camilo?

—No. ¿Qué?

—El apellido, no rima con Torres.

—Eso no importa, a Camilo le comenzó a rimar el apellido muchos años después de cargarlo, él hizo que rimara.

Transcurridos cinco de esos dieciséis años de gobierno liberal, al viejo López Pumarejo le dio por reorganizar la Universidad Nacional y mandar a construir la actual ciudad Universitaria. Allí, estudiantes y profesores pusieron en práctica los principios de Córdoba, mientras un grupo de intelectuales muy reducido discutía y propagaba los principios de la ideología socialista que para aquel entonces difundía el Partido Comunista recién creado y a punto de perecer en las confusas y turbulentas aguas de la Revolución en Marcha de López.

Contaba mi abuelo, un liberal gobiernista nacido en las trincheras de los Mil Días, que el problema grave del movimiento estudiantil de aquellos días era el de no lograr crear una organización real; sobrevivía gracias a pequeños grupos de intelectuales inquietos que se convertirían con el tiempo en los más ilustres voceros de la burguesía liberal.

La muerte de Gaitán en manos de la reacción liberal-conservadora recrudeció la violencia en el país y produjo el acto de insurrección popular de mayor trascendencia en el presente siglo, no solo por las características del mismo, sino por su desenlace. Durante el Bogotazo el movimiento estudiantil participó, al igual que el movimiento popular, en forma espontánea y desorganizada sumándose a los esfuerzos que inútilmente realizaban algunos destacados dirigentes liberales y comunistas por usufructuar un hecho histórico que se les había atravesado en el

camino como un rodadero o una escalera, según supieran orientar los acontecimientos (a la postre resultó ser un rodadero por el que se precipitaron cientos de cadáveres).

Con los acontecimientos del 9 de abril la violencia se propagó por todo el país, sembrando de luto los campos colombianos durante más de diez años. El 13 de junio de 1953 el general Gustavo Rojas Pinilla se vio montado en un golpe militar que derrocó al presidente Laureano Gómez y que en lo fundamental buscaba crearle al país una atmósfera de paz y concordia que ninguno de los partidos tradicionales estaba en condiciones de proporcionarle.

Para los que nacimos durante la dictadura, la Patria está por definirnos la participación histórica; somos la generación del setenta, la única que hasta hoy no le ha proporcionado nada.

Miren ustedes qué ironía: es durante la dictadura de Rojas que se realizan los primeros intentos de organización. Es durante esa época que aparece la FUC (Federación Universitaria Colombiana) cargada de salmos y oraciones y con una profunda dependencia de las instituciones eclesiásticas, y la FEC (Federación de Estudiantes de Colombia). Dos esfuerzos que se diluyen con el tiempo en la húmeda inestabilidad del sector. Veinticinco años se aprestaban a conmemorar los estudiantes de la muerte de Gonzalo Bravo Pérez, uno de iniciada la dictadura, cuando, en un amague de escaramuza con la policía, se produce en los predios de la Universidad Nacional el asesinato del compañero Uriel Gutiérrez. Al día siguiente, en la esquina de la calle Trece con la carrera Séptima, en momentos en que el movimiento estudiantil bogotano realizaba una marcha de protesta por el asesinato de Uriel, las balas asesinas del régimen ciegan la vida de ocho estudiantes más. Nueve víctimas a las que se le sumarían Ernesto Aparicio Concha y Pedro Luis Tamayo, caídos en las heroicas jornadas de 10 de mayo de 1957 en las que el movimiento estudiantil cobraría sus muertos a la dictadura y al lado de los sectores populares propiciaría la caída de Rojas.

—¿Por qué no descansas un poco? La vida no se va a acabar mañana, deja ese afán —le sugirió Omaira desde el extremo de la pieza en el que se encontraba tejiendo unos escarpines.

—No me agrada dejar las cosas a medias.

—¿Te preparo un tinto?

—No, deja, yo lo hago. Cambiar la actividad me despeja, además necesito caminar un poco, quiero ver cómo anda esta pierna.

—Te he notado preocupado últimamente, ¿te inquieta algo?

—Nada de importancia... Me incomodan las limitaciones que impone la pierna, es eso.

—Tienes que darle tiempo, el organismo reconstruye muy rápidamente al comienzo, pero luego el proceso se vuelve más lento. No te afanes que como vas, vas bien.

—Si tú lo dices...

—No es porque yo lo diga.

—Perdona... No sé qué me está pasando en estos días, he estado muy susceptible. No sé si es el encierro el que me tiene así, perdona.

—Tú sabes bien lo que te afana. Sientes que no haces nada cuando no estás en el trabajo de militancia. Crees que escribir no es importante, que es una perdedora de tiempo y eso te indispone. Toma las cosas con calma. En este momento te puedes mover, no con la misma facilidad con lo que lo hacías antes, pues eso va a tardar lo menos unos seis meses más en sanar completamente... Si no quieres escribir, sal a la calle y vuelve al trabajo, pero adáptalo a tus limitaciones.

—¿Me vas a regañar?

—No, claro que no.

—¿Quieres té?

—No, gracias.

—¿Agua?

—Tampoco.

—¿Chocolate?
—No quiero nada.
—¿A mí?
—A ti sí...
—¿Con crema o azúcar?

La contundente victoria del movimiento popular del 57 dio paso a una junta de gobierno que se encargaría de servir de puente para que la civilidad retornara al poder a través de un pacto entre los dos partidos que recibiría el nombre de Frente Nacional; paridad y alteridad fueron los dos elementos constitutivos de dicho pacto.

Las expectativas que ofrecía durante los primeros años el Frente Nacional mantuvieron al movimiento estudiantil a la espera; profesores y estudiantes aún viven fuertemente atados a los partidos tradicionales. Las asambleas que se realizan durante estos años tienen más como objetivos hacer una oposición formal y moralista, que política y real. El rechazo que dichas asambleas formulan a la UNEC (Unión Nacional de Estudiantes Colombianos) por su carácter comunista, se manifiesta en el apoyo que le extienden a la CEUC (Confederación de Estudiantes Universitarios Colombianos) creada para hacerle contrapeso a aquella y afiliada a la COSEC norteamericana.

Con el paso del tiempo y, sobre todo, con la actitud que tanto el gobierno de transición como el primer gobierno del Frente Nacional asumen, los estudiantes comienzan a variar su comportamiento. El triunfo de la Revolución Cubana expande una onda de influencia que lentamente va encontrando cabida en el movimiento estudiantil y en general en el movimiento de inconformes de América Latina, llevando a amplios sectores por el camino de la radicalización.

En 1960 en la Universidad Nacional se genera un movimiento contra la administración y el «Estatuto Orgánico» impuesto por la junta de transición. En agosto de ese año se da la primera huelga estudiantil durante el Frente Nacional; en ella se alcanza la dimisión del rector

de la Universidad y la promesa gubernamental de revisar el «Estatuto Orgánico».

La lucha por la autonomía universitaria entendida como la cogestión de la Universidad por una dirección tripartita compuesta por estudiantes, exalumnos y profesores, al igual que el nombramiento de profesores por concurso y la libertad de cátedra, serán banderas a levantar en lo sucesivo.

En 1961 los estudiantes de la Universidad de Medellín toman la iniciativa de destituir al rector e instituir la cogestión. Las instalaciones de la Universidad son ocupadas por la fuerza pública, lo que genera un movimiento de protesta en algunas universidades del país. En la U. N. la lucha adquiere connotaciones políticas, lo que obliga al Presidente a reunirse con el Ministro de Educación, los representantes de la Universidad y el Consejo Superior Estudiantil. De aquella reunión se saca un acuerdo firmado en el que el gobierno se compromete a dar solución al problema de la Universidad de Medellín, al déficit presupuestal de la Universidad Nacional, al Estatuto Orgánico y a otros tres o cuatro puntos más. No obstante, el conjunto del estudiantado rechaza dicho acuerdo a través de un plebiscito llevado a cabo en los primeros días de junio.

A partir de ese momento, las relaciones con el gobierno se hacen más tensas, los partidos tradicionales ensayan en la Nacional la creación de «escuadrones universitarios» compuestos por profesores y estudiantes con el único fin de combatir la anarquía, el comunismo y las ideologías extranjeras en la Universidad. La alianza con algunos sectores del MRL (Movimiento Revolucionario Liberal) y aun de la juventud conservadora impidió que dichos escuadrones tuviesen más importancia de la que tuvieron y evitaron el daño que estos hubiesen podido hacer.

Al finalizar agosto de 1961 la fuerza pública penetra en el recinto universitario con el pretexto de buscar huelguistas de Avianca; este hecho, que constituye a la forma de ver de los estudiantes una abierta violación del Fuero Universitario, genera violentos incidentes de protesta que se prolongaron durante varias horas.

El movimiento estudiantil sigue desde ese momento un proceso de politización acompañado de un accionar cada vez más beligerante. En junio de 1962 se produce la expulsión de diez estudiantes y el cierre temporal de la U. N. como consecuencia de los disturbios que se presentaron después de una manifestación. En julio de ese mismo año se decreta una nueva reglamentación, se prohíben las huelgas y toda organización estudiantil. Estas medidas, no obstante, son echadas atrás pues el periodo de cambio de gobierno así lo exige; se reintegran los estudiantes expulsados y se reabre la Nacional. Aparece por esta época toda la estrategia norteamericana de penetración cultural a través de las intervenciones en los programas de desarrollo de la enseñanza universitaria colombiana. Dichos programas encuentran firme oposición en el movimiento estudiantil que se enmarcará a partir de entonces en la lucha contra la penetración cultural imperialista agenciada por la Alianza para el Progreso y el BID.

Durante el año 1963 la lucha por la autonomía universitaria continúa, una nueva concepción organizativa y de participación popular madura al interior del movimiento. Después de los incidentes de junio los estudiantes se organizan alrededor de la FEUD (Federación de Estudiantes Universitarios del Distrito) y a través de ella piden la admisión del alcalde de Bogotá, se solidarizan con los trabajadores de Ecopetrol en huelga, reivindican una tarifa diferencial en el transporte urbano y avanzan en la lucha por una Universidad pública democrática. No obstante, durante este mismo año es aprobada en el Congreso la nueva ley orgánica de la Universidad Nacional que lesiona profundamente los intereses y deseos de los estudiantes. En noviembre se crea la FUN (Federación Universitaria Nacional) que jugará un papel importante en el desarrollo de la lucha del movimiento estudiantil durante esos años.

En 1964 el movimiento estudiantil se radicaliza con respecto a los años anteriores, la lucha la hace extensiva a otras regiones del país. La FUN convoca para junio de este año un paro de 24 horas, en él participan

las universidades de Barranquilla, Medellín, Bucaramanga, Manizales y Cali. Tal vez durante este año la universidad que con mayor fortaleza y radicalismo adelanta la lucha reivindicativa es la Universidad Industrial de Santander, en donde el movimiento se inicia en mayo contra el incumplimiento del rector de acuerdos pactados dos años atrás y contra la imposición de nuevas medidas académicas profundamente lesivas. Las instalaciones de la Universidad son ocupadas por la fuerza pública, grandes movilizaciones de estudiantes y de la población de Bucaramanga convierten el movimiento regional en un acontecimiento con repercusión nacional, alcanzándose con él parte de las reivindicaciones propuestas en el mes de septiembre.

El 7 de enero de 1965 se realiza la toma de Simacota por el recién creado Ejército de Liberación Nacional; profundas simpatías despertará dicha organización en universidades como la Nacional e Industrial de Santander, de donde saldrán importantes destacamentos de estudiantes a engrosar sus filas. Muchos de ellos fertilizarán con su sangre el camino de la liberación nacional y social.

Durante este año las discusiones al interior del movimiento estudiantil girarán en tomo a las reivindicaciones de orden gremial y el contenido político de dicha lucha. Dos posiciones se verán aflorar allí, que habrán de sostenerse en los años venideros: la primera plantea la reivindicación puramente gremial y corporativa lejos de toda actividad política, mientras la segunda se inclina por una decisiva participación política de la organización gremial. Esta contradicción se verá reflejada en los organismos representativos de los estudiantes; desafortunadamente la discusión le dará paso al enfrentamiento callejero con la fuerza pública ante la incapacidad de visualizar claramente líneas de comportamiento definidas históricamente para el movimiento estudiantil.

Desórdenes en Bogotá, Tunja, Medellín, llevan al gobierno del Frente Nacional a decretar el Estado de Sitio del 20 de mayo, no sin antes haberle producido al movimiento un nuevo mártir. La organización estudiantil

comienza a diluirse en profundas divisiones internas, pierde la capacidad de convocatoria y movilización y lo que es peor, sus más destacados dirigentes se desplazan hacia otros campos de batalla, unos marchan con Camilo en el Frente Unido y de allí con él a la guerrilla del ELN.

—¿Vas a salir?

—Sí, voy a caminar un rato...

—¿Quieres que te acompañe?

—No, quédate acá. Está haciendo frío esta noche.

—Es mejor que no insista, ¿verdad?

—Sí.

—Cuídate... la pierna se resiente con el frío.

—¿Qué nos está pasando Omaira? ¿Por qué nos comportamos así?

—¿Cómo?

—Como si estuviéramos creando lazos invisibles de dependencia que nos impiden movernos, como si cada uno necesitara tanto del otro que si uno llegase a faltar el otro no pudiese vivir... Y no es por ti que lo digo, sé que tengo que salir y lo hago, pero me voy con la necesidad de volver a tu lado lo más pronto posible. Ahora ocupas un lugar especial en mi pensamiento, el lugar que muy seguramente le está asignado a la ternura, al amor. Estos días de incapacidad han sido muy especiales para mí, he disfrutado de la compañía y el cariño que en muy contadas ocasiones he tenido y todo te lo debo a ti. Creo que no me he recuperado tanto física como emocionalmente. Hay noches que te contemplo mientras duermes y me digo «compañera, eres lo mejor que me ha pasado en la vida», y así lo siento...

—Bueno, bueno, bueno. ¿Qué es esto, un discurso de despedida, o el retroactivo de una declaración de amor? ¿Vas a salir? Hazlo y por favor, no te demores.

—Te amo.

—No tienes necesidad de decírmelo... yo lo siento.

El tropelero es un estudioso
de las disciplinas del conocimiento científico,
un hombre con vocación de saber
que no esconde tras el compromiso
de la militancia su mediocridad
en la academia

EN BÚSQUEDA DE LO NUEVO

El Negro reunió al grupo en una de las aulas de Sociología, les habló de la importancia que revestía para el activista ser además un estudiante destacado. «No se puede escudar uno en el activismo para no rendir académicamente», les dijo. Los motivó para que cada uno de ellos se preocupara además por su formación política y teórica: «Hay que leer los clásicos, compas, ellos le proporcionan a uno los elementos suficientes para interpretar adecuadamente la realidad entendiendo, eso sí, que la última palabra la tiene el acontecer histórico». Expuso sus puntos de vista sobre la situación de la Universidad y les señaló algunas de las tareas que en los días siguientes deberían realizarse.

—Bueno, compañeros, individualmente he hablado con cada uno de ustedes y les he planteado la necesidad de avanzar en el proceso de formación como cuadros íntegros, que nos permita ganarnos la militancia al interior de la organización. Hemos conseguido que se nos dé un curso de instrucción militar en el que se nos prepare en ese aspecto específico. Tres días en el campo con un compañero militante de la organización nos va a servir bastante, no solo por los conocimientos que él nos pueda aportar, sino por las

experiencias que nos pueda comentar. Quisiera que cada uno de ustedes reflexione sobre lo que esto significa. Estamos a las puertas de la organización, este curso significa dar un paso adentro. Ustedes deciden...

—Mire, compa, yo no sé a qué viene todo esto. Nosotros hemos estado esperando esta oportunidad durante más de tres años, nuestra simpatía ha ido más allá de lo que le corresponde, hemos sido casi que colaboradores, hemos participado en las tareas de distribución de propaganda y realización de pintas, hemos estudiado a conciencia cada uno de los materiales que nos han entregado y les hemos hecho llegar los comentarios a los mismos. Conocemos la línea de la organización y nos identificamos con ella, entonces yo personalmente no sé a qué viene todo esto.

—Lo que pasa, compa, es que acá se está definiendo su militancia y en ella en últimas se define lo que usted va a hacer con su vida, por eso uno no puede tomar la determinación a la carrera. No se trata de una resolución romántica, sino política y humana, que se debe tomar con conocimiento de causa.

—Yo estoy de acuerdo con el Negro, creo que con ser emotivos y mostrarnos incondicionales y decididos estamos dejando notar nuestra inmadurez, tomemos esta determinación con cabeza fría, miremos sus implicaciones y marchemos a ella con convicción.

—Mire, compa, yo propongo que nos reunamos en dos días, fuera de la Universidad, yo consigo el sitio y que allá discutamos y tomemos conjuntamente la determinación.

—A mí me parece bien.

—Estoy de acuerdo.

El Negro se reunió esa tarde con el Mono, estuvieron conversando varias horas sobre las perspectivas del movimiento estudiantil y entre ambos vieron la necesidad de impulsar entre los activistas

una política clara de formación de cuadros. Trataron de visualizar métodos de preparación y estudio.

—Lo más difícil, pienso yo, es crearle al estudiante conciencia de su condición de explotado, sobre todo al estudiante de base que lo único que le afana es hacerse «doctor».

—Debemos modificar el lenguaje, tratemos de escribir en forma distinta, algo que cree expectativa, que inquiete, que les llegue.

—Sí, ¿pero qué?

—Trabajémosle a un periódico raro, con caricaturas y poemas, ponga a trabajar el ingenio de la gente.

—¿Volante o mural?

—De ambos tipos.

—¿Cree que es suficiente con eso?

—No, camellémosle a la cultura, al deporte, a los grupos de investigación, a los talleres de arte, generemos organización a partir de lo que le gusta hacer a la gente.

—Eso me parece bien.

—Entonces impulsemos eso, a ver cómo nos va.

ANSIEDAD

Gloria buscó el calor de las cobijas, sacó el libro que guardaba debajo de la almohada y se puso a leer. Al rato notó que no se podía concentrar en la lectura, la imagen de Ismael se le atravesaba en el camino impidiéndole asimilar lo que leía. Cerró los ojos con el fin de ponerle orden a sus ideas, pero pronto se vio montada en una nube de recuerdos que la transportaba de un lugar a otro en el que siempre se encontraba con el rostro nostálgico de Ismael. Sin darse cuenta cómo, se vio envuelta por un sentimiento de soledad inmenso y creciente que le humedecía los ojos. Nunca le había pasado algo así; sus relaciones con Orlando habían sido en su comienzo intensas y difíciles, dulces por momentos, amargas en su final, pero jamás se habían manifestado internamente como ahora lo hacía esta que a duras penas, se podía decir, sostenía con Ismael. El vacío dejado por él parecía no encontrar nada con qué llenarse. En parte porque la situación que ahora se vivía la llenaba de un sentimiento de culpabilidad que la autoanulaba, cuánto hubiese dado por haber podido disfrutar con él estos cuatro meses de libertad que hasta ahora habían transcurrido. Sin embargo, sus esfuerzos por acercársele habían resultado inútiles. Su regreso a Bogotá obedecía más que

a su deseo de terminar los estudios, a la necesidad de buscar la ternura, el calor humano y los besos de Ismael. Lo único que había alimentado su vida con esperanza durante el cautiverio. Por él había enfrentado a su familia hasta conseguir, bajo la amenaza de venirse a Bogotá sin ninguna ayuda, que le permitieran terminar los estudios, aunque la hubiesen condicionado a que fuera en una universidad privada y a vivir en un apartamento con una prima poseedora de una forma de pensar y de concebir las cosas que no podía despertar en ella más que repudio. Habían terminado las presentaciones temporales en la brigada y gracias a los esfuerzos de la familia todo parecía haberse olvidado. No obstante, había quedado en ella, vivo y latente, el mejor de todos los recuerdos de esa época: Ismael.

Gloria notó que la puerta del apartamento se abría, escuchó la voz de su prima invitando a alguien a seguir y minutos después sintió cómo el apartamento se inundaba de música, suspiros y besos; miró la hora en su reloj y se dio cuenta que se aproximaba la medianoche.

—¿Con quién vives? —preguntó la voz de un hombre distinto a los que ella le conocía a su prima.

—Con una prima.

—¿No se molesta porque yo me quede acá esta noche contigo?

—Si lo hace a quién le importa...

—También es cierto —dijo el hombre, y no volvió a escuchar palabras.

«Me voy a ir», pensó Gloria, «no sé cuándo, pero me voy a ir de acá». Tres semanas después Gloria se trasladó a un pequeño apartamento en el barrio La Soledad. Lo arregló modestamente, pero con gusto. Les informó a los padres las razones por las que lo hacía, sin inmiscuir para nada a su prima. Allí su vida se volvió más reflexiva y menos angustiosa. Aprendió a querer a Ismael en silencio y se dedicó con entusiasmo a terminar sus estudios.

TELEVIDIOTA
CONCIEN-
TIZATE

El tropelero es un soñador,
un artesano de fantasías,
un encantador de la palabra,
un pedagogo de la ternura
que sabe que con la imaginación e inteligencia
madura la primavera en medio
de las adversidades del invierno

EL CORREO DEL TIEMPO

Profundamente debilitados la FUN y el movimiento estudiantil colombiano son presa fácil de la política represiva de Guillermo León Valencia durante sus últimos meses de gobierno y de Carlos Lleras Restrepo recién llegado a la presidencia. Este, que en el año 1964 había sido retenido por los estudiantes en la Ciudad Universitaria, ve ahora la oportunidad de cobrar este incidente impulsando medidas lesivas a los estudiantes. El 24 de octubre de 1996, mientras Carlos Lleras mostraba a Rockefeller las instalaciones de la Universidad, recibe de parte de los estudiantes manifestaciones de protesta y repudio por lo que ha sido su actitud con la Universidad. La represión del Presidente se da en forma inmediata. Las fuerzas militares ocupan la Universidad, se disuelve el Consejo Superior Estudiantil y la FUN, se arresta y se lleva a Consejo de Guerra a los principales dirigentes y se desconoce a la FUN todo derecho al diálogo con el gobierno.

Estos acontecimientos producen indignación en los estudiantes y los lleva a un proceso acelerado de radicalización, se ocupan las oficinas del rector y se desconoce al mismo. Se protesta por la ocupación militar de la Universidad y se llega a proclamar la lucha armada como la única vía de Liberación Nacional, recogiendo en gran medida las enseñanzas de Camilo.

En junio de 1967 se produce una nueva ocupación de la Universidad en donde, en un alarde de fuerza (incapacidad), son utilizados tanques de guerra; la caballería ya había tenido su derrota en esos campos de batalla.

En los dos últimos años del gobierno de Lleras, manifestaciones, incidentes y huelgas se realizan en todo el país. Entre cierres y aperturas, el movimiento estudiantil avanza en la lucha contra la penetración cultural imperialista y contra la represión gubernamental. En 1968 se producen movimientos en la Universidad Nacional en contra de la presencia de la Fundación Ford en el Departamento de Sociología de la Universidad del Valle y contra los Cuerpos de Paz. Importantes manifestaciones se realizan al año siguiente contra Nelson Rockefeller; sin embargo la lucha, que se da en forma desarticulada a nivel nacional, no logra sobrevivir a la represión del gobierno de Lleras. A partir de 1970 comienza a agitarse la bandera de la defensa de la Universidad pública y se busca extender el conflicto de esta a las universidades que hasta entonces, siendo privadas, habían dado muestras de beligerancia, entre ellas la Universidad Libre de Bogotá, La Universidad Externado de Colombia, la Universidad Santiago de Cali y la Universidad de Medellín.

Los permanentes cierres de la Universidad Nacional y las tentativas de imponer el Plan Básico van generando al interior de los profesores cierta inconformidad que los lleva a respaldar la lucha del movimiento estudiantil en la defensa de la Universidad pública.

Para 1970 el movimiento estudiantil ve surgir y desarrollarse a su interior una gran cantidad de grupos políticos que entran a disputarse la dirección del mismo. La Juventud Comunista (JUCO), organismo juvenil del Partido Comunista de Colombia; la Juventud Patriótica, organismo juvenil del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR); los Comandos Camilistas; los Núcleos Ocho de Octubre; las tendencias socialistas; los grupos maoístas; el Partido Comunista (M-L); las fracciones trotskistas; los marxistas libertarios; los anarquistas y los grupos político-militares, tienen cabida en el amplio debate político que a

partir de entonces empezará a darse al interior del movimiento y que desafortunadamente vendrá cargado de dogmas y verdades absolutas e incuestionables.

El 26 de febrero de 1971 se inicia la más grande batalla que el movimiento estudiantil le daría al régimen del Frente Nacional.

En el desarrollo de una lucha particular que adelantaba la Universidad del Valle desde comienzos del mes, y que se unía a nivel regional a otros movimientos que se realizaban en la Universidad del Cauca, la Tecnológica de Pereira y en algunos colegios de secundaria de esa zona del país, se produce la ocupación militar de la fuerza pública generándose un enfrentamiento con grupos de resistencia de los estudiantes reforzados por obreros y sectores populares de la población de Cali, que deja como saldo más de quince muertos, declaración de Estado de Sitio en todo el país y toque de queda en dicha ciudad. La mayor parte de las universidades del país se solidarizaron con los estudiantes del Valle, se realizaban manifestaciones de protesta y enfrentamientos a todo lo largo del territorio nacional. Afanosamente los activistas buscan articular el movimiento a un programa mínimo que será dado a conocer en el mes de abril, en donde se reivindica la ya tradicional autonomía universitaria, se reclama la abolición de los Consejos Superiores Universitarios, proponiendo que se reemplacen por organismos provisionales con mayoría de profesores y estudiantes; la abolición del ICFES; la financiación de la Universidad por parte del Estado; el carácter rector de la Universidad Nacional; la destitución del rector de la Universidad del Valle; la revisión de los contratos con las entidades extranjeras y algunas otras reivindicaciones que ya hacía tiempo venían levantándose como banderas de lucha.

Sin lugar a dudas, independientemente de las escasas conquistas alcanzadas, lo más importante de este conflicto fue que amplios sectores comprometidos con la educación universitaria se vieron envueltos en debates que buscaban definirle una posición clara a la política gubernamental. Esto no quiere decir que la persecución de estudiantes,

las detenciones, expulsiones, reinscripciones condicionales y la «represión académica» hubiesen cesado. Al contrario, a partir de allí se ensaya en un gran número de universidades la administración de lo que con el tiempo será conocido por los estudiantes como «rectores policías»; entre ellos no debe dejarse de destacar Luis Duque Gómez, nombrado en mayo de 1972 después del fracaso de un ensayo de cogestión.

En los últimos años del Frente Nacional, el gobierno impulsa al interior de las universidades una política de limpieza general de la inconformidad. Huelgas y ocupaciones, cierres y expulsiones se ven aflorar creando en el movimiento estudiantil desvertebramiento y dispersión. Solo los grupos políticos buscan mantener la agitación en la Universidad. No obstante, lo hacen enmarcados en dos tendencias abierta y claramente distintas: la reivindicación puramente gremial y el trabajo predominantemente político vinculado estrechamente a la lucha de clases. En las elecciones presidenciales de 1974 estas dos tendencias se inclinan en sentido contrario: la primera buscará afanosamente la participación en la lucha electoral mientras la segunda se inclina por la abstención. Dos muertos pondrá esta tendencia en dicha lucha: Yesid Castañeda y Darío Palma, asesinados por las fuerzas estatales el 18 de abril de ese año.

El ascenso al poder de Alfonso López Michelsen creó expectativas en algunos sectores. Su vinculación con el MRL en la década del sesenta llenaba de optimismo y esperanza a aquellos que pensaban que podría formular políticas favorables a la educación pública. Pero en el desarrollo de su gobierno, esas esperanzas se fueron desvaneciendo.

Los enfrentamientos, las movilizaciones, la represión y los cierres siguieron siendo la constante de la vida en la Universidad frente a la incapacidad gubernamental de darle una solución adecuada a la creciente crisis administrativa y financiera. El llamado experimento «marxista» puesto en marcha en la Universidad Nacional con la rectoría de Luis Carlos Pérez no apuntaba sino a crearle desprestigio al movimiento estudiantil señalándolo como un movimiento de rebeldía sin causa.

Hoy en día el movimiento estudiantil persiste en la política de enfrentamiento al gobierno, sin la herramienta de trabajo que le es fundamental: la organización nacional. Las luchas parciales generan cierres de universidades que, en estos años, han demostrado producir dispersión, desmovilización y apatía. Un proceso inverso al que se produjo en la década del sesenta se está dando: la despolitización. En medio del mayor escepticismo, gran parte del movimiento estudiantil ve día a día perderse la Universidad oficial en el más complejo mundo de reglamentaciones mutilantes; la mordaza de la represión se cierne sobre el territorio de la libertad.

Lejos de todo dogma político y sectarismo enceguecedor, sobre una profunda reflexión histórica, el movimiento estudiantil colombiano debe buscar las formas de organización y los mecanismos que le permitan adelantar la lucha inaplazable de la defensa de la Universidad pública. Es una obligación moral y política que tiene con nuestro pueblo.

CAMARÓN QUE SE DUERME...

Juancho y el Santandereano llevaron del mostrador a la mesa los dos tintos que acababan de pedir en el cafetín de medicina. Estuvieron sentados allí un buen rato sin decir palabra, cada uno dejaba transcurrir el tiempo entreteniéndose con lo que tenía al alcance, se les veía nerviosos, angustiados como si estuvieran tomando respiración después de un gran esfuerzo.

—No le vaya a comentar nada al Negro —dijo Juancho interrumpiendo el silencio que guardaban.

—No, hermano, ¿cómo cree? —repuso inmediatamente el Santandereano.

—No es por nada especial, lo que pasa es que no me gusta que él se entere de esas cosas que a la larga son intrascendentes y secundarias.

—¿Realmente lo crees así?

—Sí. Ellas constituyen un elemento fundamental en las personas comunes y corrientes, pero no en uno que es o pretende ser distinto.

—Nosotros somos personas comunes y corrientes y el hecho que pretendamos ser distintos no implica que ese tipo de cosas no tenga en nosotros cabida.

—Tal vez tenga razón, pero de todas formas pienso que él no se debe enterar, por lo menos ahora.

—Juancho, hermano, nosotros nos hemos levantado con una concepción equivocada de la relación con la mujer, por no subestimarla hemos abandonado todo contacto sentimental con ella. Tenemos la idea que amar en particular a una compañera implica mayores cosas que las que realmente demanda. Hemos reprimido innecesariamente nuestros sentimientos y nuestro organismo cayendo en un puritanismo que nos distorsiona.

—De pronto, sin embargo, no sé por qué no me gustó lo que hicimos, es como si hubiera perdido de repente la sensación de agrado que trae consigo la conquista. Está bien, se sostiene la relación y la parte física se satisface, pero queda el vacío emocional.

—¿Qué es lo que realmente no le agradó, que fueron ellas y no nosotros los que hubiésemos tomado la iniciativa?

—Quizá fue eso, pero también el hecho que la primera cita se tenga la primera relación, me hizo perder todo entusiasmo.

—Si lo que se pretende es ser sinceros, yo no tengo cargos de conciencia, creo que hay cosas que se dan así, de repente, y que no tienen otra explicación que ellas mismas. En cuanto al Negro, no tenemos por qué justificarle con detalles el haber faltado a la práctica, no pudimos llegar y eso es todo.

—Es una falla... De todas formas, es una falla.

—Lo que realmente le tiene molesto es no haber ido a la práctica por estar con una mujer. ¿No es eso?

—Sí, creo que sí, para mí esa práctica era importante.

—Para todos, pero ya habrá otra oportunidad.

—¿Y si no la hay?

—La buscamos.

El tropelero es una grieta
en el muro de la ignominia
abriendo camino al porvenir;
un patriota de tiempo completo
y dedicación exclusiva

ADIÓS A LA U

Octubre llegó cargado de protestas, manifestaciones y asambleas. Se daban casi a diario, y la mayoría de las veces culminaban con enfrentamientos que la fuerza pública provocaba con su presencia en los predios de la Universidad. La lucha incesante de los estudiantes por la reapertura de la cafetería generaba movilizaciones que no encontraban otra respuesta de la administración y las autoridades gubernamentales que el atropello y la persecución. Cientos de policías como hordas salvajes penetraban en la Universidad golpeando cuanto hallaban a su paso. Fracturas, contusiones, detenidos, angustia y llanto, rabia y mayor rebeldía quedaban como resultado de cada incursión.

En la madrugada del 16 de octubre se escucharon unos golpes violentos en la puerta de la habitación que ocupaban Juancho, Javier e Ismael.

—¿Quién es? —preguntó Ismael antes de abrir la puerta.

—¡El Ejército de Colombia! —respondió una voz desde el exterior. Ismael fue hasta el interruptor y prendió la luz. Vio a Javier metido entre las cobijas con la cabeza por fuera a la espera de lo que pudiese suceder. Este le hizo una señal para que abriera.

Juancho no había ido a quedarse. Tras la puerta aparecieron dos soldados armados con G-3.

—Sigan, pero no hay tinto todavía —les dijo Ismael sonriendo. Los soldados requisaron la pieza y los closets.

—¿De quién son los afiches? —preguntó uno de los soldados al observar la imagen del Che pegada a la pared.

—Ya estaba acá cuando llegamos —se apresuró a contestar Javier, que todavía permanecía en la cama.

—Párese y empaquen que se van, hay orden de desalojar las residencias.

—¿Las revistas también las encontraron cuando llegaron? —preguntó el otro soldado mostrándoles los ejemplares de *Alternativa* y *Bohemia* que Juancho coleccionaba.

Ninguno de los dos supo qué contestar, pero el soldado tampoco dio mayor importancia. Se vistieron rápidamente y comenzaron a empacar la ropa. Luego sacaron dos cajas de cartón de debajo de la mesa de estudio y en ellas metieron los libros. En una maleta, Ismael empacó lo que pudo de Juancho; se dio cuenta que la grabadora pequeña del Mono la tenía uno de los soldados en la mano y quiso reclamarla.

—Me permite la guardo —le dijo y se quedó a la espera.

—Sigo pensando —murmuró el soldado— que uno de ustedes dos es comunista, mi teniente se va a poner muy contento cuando le informe cuál es. ¿Quién es el dueño de esta grabadora?

Ismael y Javier se miraron sorprendidos.

—Claro que yo estoy dispuesto a olvidar que he visto «huellas de comunismo» en esta pieza —dijo señalando el afiche y las revistas.

—Sí, yo entiendo... Y la verdad es que yo nunca había visto esa grabadora, no sé cómo pudo llegar hasta acá —contó Javier.

—Bueno, como no es de nadie yo me la llevo —dijo agradecido el soldado.

Una extensa cola se fue formando sobre la salida de la carrera Cincuenta; cada estudiante pasó por una exhaustiva requisa y un lento y cauteloso proceso de identificación. Las residencias poco a poco se fueron quedando vacías. A la una de la tarde salieron los últimos estudiantes y entre ellos Ismael, que no tenía más para identificarse que un viejo reporte de notas y su horario de clase.

—¿Cuál es su número de cédula? —le preguntó un oficial que portaba una lista de todos los estudiantes matriculados en las distintas facultades.

—19.727.645, del Líbano.

—¿Tolimense?

—No, señor.

—Bien, siga.

Ismael atravesó la malla cargando como pudo las dos maletas y la caja de libros. No vio a nadie conocido que pudiera ayudarlo. Caminó unos cincuenta metros y se sentó a pensar qué rumbo podría coger. Sacó la cartera y contó el dinero que tenía, contaba con suficiente para tomar taxi, pero no sabía para dónde, se alejó unos veinte metros más y se sentó de nuevo. Conocía dos o tres casas donde le podrían guardar las cosas mientras conseguía dónde ubicarse, pero no era suficiente, necesitaba de alguien que le diera posada por unos días. De pronto sintió que un carro particular se detenía junto a él, manejaba una mujer.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —le dijo una voz que él conocía. Una sensación de alegría y confusión se apoderó de él.

—Gloria... —murmuró suavemente.

—Sube —continuó ella.

—No, gracias... Eres muy amable —repuso mientras se incorporaba con la intención de seguir.

—Ismael... por favor... déjame explicarte.

—No tienes nada que explicar.

—Sí, claro que tengo que darte explicaciones, pero por favor sube.

—No, sigue tu camino, que yo sigo el mío, bastante daño nos hemos hecho ya.

Gloria descendió del vehículo y fue hasta él.

—No sé cómo decírtelo, pero te necesito. Te quiero, por favor ven conmigo. Déjame explicarte.

Ismael se quedó mirándola a los ojos y vio aparecer el llanto en ellos.

—Te amo —dijo ella y se abrazó a él con fuerza.

El apartamento de Gloria dio la bienvenida a Ismael y esa noche del 16 de octubre se despojó de todo su pudor para cantar con Gloria «gracias a la vida».

CAMILO VIVE

Ahogando el llanto, Clara esperó a Álvaro cerca de su apartamento. Lo estuvo espiando casi dos horas antes de que él hiciera su aparición. Cuando este se paró frente a la puerta con la intención de abrirla se le acercó suavemente sin que se diera cuenta.

—Álvaro —dijo, y él inmediatamente se dio la vuelta; se quedó observándola y se le hizo extraño que ella se presentara a esa hora de la noche y en un estado de angustia y desesperanza que se le notaba a simple vista.

—¿Qué pasa, china? —le preguntó.

—Mataron a Manuel —exclamó, y dejó que el torrente de lágrimas se precipitara.

—¡¿A Manuel?! —inquirió él sorprendido.

—Sí... —alcanzó a murmurar ella en medio de sollozos. Álvaro se apresuró a abrir la puerta y la invitó a seguir.

—Entra, entra. Tranquilízate...

La condujo hasta una pequeña sala y la hizo sentar. Trató de calmarla, buscó en la cocina un vaso con agua y se lo hizo tomar, luego encendió un cigarrillo y se lo alcanzó.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. Hace tres días estaba desaparecido, esta mañana lo encontramos en el anfiteatro, la familia lo reconoció... Casi lo despedazan para matarlo.

—Omaira... ¿ya sabe?

—No, por eso he venido hasta acá, hemos pensado que la persona adecuada para hacérselo saber eres tú. Ella te tiene mucho aprecio y sabe que no andas metido en nada, por lo tanto no te va a hacer escándalo... Es decir, no es que le temamos, lo que pasa es que no sabemos cómo pueda reaccionar, acaba de salir de la maternidad y espera que Manuel llegue a conocer a su hijo, para ambos ese momento era el más importante.

—Claro, yo quisiera, pero la verdad es que me están pidiendo más de lo que puedo dar, me están pidiendo que destruya a la mujer que quiero...

—Tienes que hacerlo. Si no hoy, mañana, pasado, dentro de diez días, pero no hay nadie más que tú para que lo haga. Ve a visitarla, hazlo con el pretexto de conocer el niño, mide su estado de ánimo y cuando lo creas oportuno, díselo. Ella es una mujer valiente, le va a doler pero sabrá enfrentarlo.

—Déjame pensarlo. No es tan fácil llegar con una noticia de esas.

—Nadie te está afanando.

—¿Dónde lo van a velar?

—En la Funeraria Gaviria. Esta noche...

—¿Qué pasa esta noche?

—Nada, lo vamos a visitar... a dejarle su bandera.

—¿Vas a ir?

—No.

—Quédate acá, hay suficiente espacio.

—No. No puedo, tengo trabajo.

—¿Cuándo nos volvemos a ver?

—Ya habrá un día, por ahora no.

—Suerte.

—Gracias, y por favor dale de nuestra parte la bienvenida al niño. Dile que es una suerte para él tener el mejor padre del mundo así no lo pueda disfrutar...

Álvaro llegó al hospital muy de mañana. Compró en la puerta la prensa y la estuvo ojeando hasta que llegó la hora de entrada, cogió directamente hasta la habitación que ocupaba Omaira. Las piernas le temblaban, un sentimiento creciente de angustia se fue apoderando de él. No había podido dormir en toda la noche y muy seguramente en su organismo estaban las huellas del desvelo. Respiró profundo y entró en la habitación. Se encontró con la mirada de Omaira que se hallaba en la cama de frente a la puerta.

—Hola, china, ¿cómo estás? —dijo y se acercó hasta ella para darle un beso en la frente.

—Bien, ¿y tú? —contestó ella.

—Con unas ganas inmensas de conocer a tu hijo.

—Ahí lo tienes... La misma planta del padre —dijo con voz quedada; a Álvaro le pareció nostálgica.

—Ya veo —fue lo único que se le ocurrió comentar; tomó el niño en los brazos y lo pulsó. —Es una hermosa criatura —agregó.

—Lo es —murmuró ella.

—A mí se me parece más a ti.

—Los niños, cuando pequeños, se parecen a todo el mundo, cuando crecen se parecen a ellos.

Álvaro buscó con qué llenar el tiempo de conversación, pero pronto se vio sin qué decir; los ojos de Omaira lo perseguían por toda parte como si intuyera que le llevara alguna noticia de Manuel.

—¿Sabes algo de Manuel? Y por favor, no me engañes...

—¿Por qué dices eso?

—Sé que algo malo pasó, Manuel no ha venido a ver el niño y para él este momento era el más importante de su vida.

—China...

—Ayer sentí una sensación extraña, estaba dormida y me dio la impresión de que alguien se acercaba y me besaba los labios, pensé en él y abrí los ojos. No había nadie, pero tenía la certeza de que alguien estaba en la pieza observándonos a mí y al niño.

—Madre, Manuel...

—Algún día en una conversación me dijo: «Si me llegan a matar quiero que un segundo antes de morir dejes tu humedad en mis labios para vivir en ti eternamente», y no sé por qué cuando sentí ese beso vino a mi mente inmediatamente ese recuerdo, y entonces sentí que alguien lloraba y no era yo... ¿Entiendes lo que te quiero decir? Mira, el niño no se parece a mí... es Manuel. No tienes que decirme nada, yo lo sé, lo que no saben ellos, y nunca lo podrán entender, es que «a quien combate por la vida, no lo mata ni la muerte».

CONTENIDO

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE CONMEMORACIÓN 7

Primera parte

MANUEL 17
PROBLEMAS 29
ADIÓS A LAS LEYES 35
SEMILLA 39
A PESAR DE TODO 45
CAFETINES 49
LA CUIDAD 55
EL BARRIO 57
DESEO 61

Segunda parte

ESPERA 71
SOLO HUMO 75
DUDA 81
LO MÁS IMPORTANTE 87
SECTAS 93

EL COMPAÑERITO 97
HUMO Y FRÍO 101
LEER, SOLO UN PRETEXTO 105
PARTIR 109
DESEO Y COMPROMISO 115
ZENÓN 123
MENTIRAS 133
LA TOMA 137
EL NEGRO 147
ISMAEL 151
OMAIRA 159
LA BODA 165
LA FIEBRE 169
EL HOSPITAL 173

Tercera parte

EL NIDO 179
LA CÁRCEL 183
LA COMIDA 187
CLARA 193
LA MILITANCIA 197
GLORIA 205
CACERÍA AL MIEDO 209
LA FARSA 217
HERIDAS 223
ENCIERRO 227
COMBUSTIBLE 231
DE LA EDAD DE PIEDRA A LA EDAD DE LA RAZÓN 237
EL CRUCE 243
EL CORREO DEL TIEMPO 247
EN BÚSQUEDA DE LO NUEVO 259

ANSIEDAD 263
EL CORREO DEL TIEMPO 267
CAMARÓN QUE SE DUERME 273
ADIÓS A LA U 277
CAMILO VIVE 281

AL CALOR DEL TROPEL
La Universidad Nacional,
crónica de una década

Fue editado por Instituto de Investigación Sociojurídica «Gerardo Molina» - Unijus, de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. El texto de las páginas interiores fue compuesto en caracteres de la familia tipográfica Petrona, diseñada por Ringo R. Seeber. Se usó papel Ivory de 70 gramos y en la carátula papel ROYAL SUNDANCE®BRILLIANT WHITE Felt de 297 gramos. El tiraje de esta edición fue de 300 ejemplares. El libro se terminó de imprimir en Bogotá, en los talleres de Panamericana Formas e Impresos en el 2023.